



GWENDOLEN HOPE

SANGUE
DEL MIO
SANGUE

LA HISTORIA DE LA FAMILIA CARUSO

Sangue del mio sangue
La historia de la familia Caruso

Gwendolen Hope

Traducción: Tra Parole Traduzioni

Copyright © 2024

All rights reserved.

Sumario

<u>Capítulo 1</u>	<u>6</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>15</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>18</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>24</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>28</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>34</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>42</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>46</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>53</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>58</u>
<u>Capítulo 11</u>	<u>68</u>
<u>Capítulo 12</u>	<u>73</u>
<u>Capítulo 13</u>	<u>77</u>
<u>Capítulo 14</u>	<u>85</u>
<u>Capítulo 15</u>	<u>93</u>
<u>Capítulo 16</u>	<u>100</u>
<u>Capítulo 17</u>	<u>109</u>
<u>Capítulo 18</u>	<u>114</u>
<u>Capítulo 19</u>	<u>124</u>
<u>Capítulo 20</u>	<u>130</u>
<u>Capítulo 21</u>	<u>145</u>
<u>Capítulo 22</u>	<u>151</u>
<u>Capítulo 23</u>	<u>159</u>
<u>Capítulo 24</u>	<u>173</u>
<u>Capítulo 25</u>	<u>186</u>
<u>Capítulo 26</u>	<u>190</u>
<u>Capítulo 27</u>	<u>196</u>
<u>Capítulo 28</u>	<u>205</u>
<u>Capítulo 29</u>	<u>207</u>
<u>Capítulo 30</u>	<u>213</u>
<u>Capítulo 31</u>	<u>215</u>
<u>Capítulo 32</u>	<u>225</u>
<u>Capítulo 33</u>	<u>230</u>
<u>Capítulo 34</u>	<u>239</u>
<u>Capítulo 35</u>	<u>247</u>
<u>Capítulo 36</u>	<u>260</u>
<u>Capítulo 37</u>	<u>263</u>
<u>Capítulo 38</u>	<u>269</u>
<u>Capítulo 39</u>	<u>273</u>

<u>Capítulo 40</u>	<u>277</u>
<u>Capítulo 41</u>	<u>282</u>
<u>Capítulo 42</u>	<u>285</u>
<u>Capítulo 43</u>	<u>289</u>
<u>Capítulo 44</u>	<u>292</u>
<u>Capítulo 45</u>	<u>296</u>
<u>Capítulo 46</u>	<u>301</u>
<u>Capítulo 47</u>	<u>303</u>
<u>Capítulo 48</u>	<u>307</u>
<u>Capítulo 49</u>	<u>309</u>
<u>Capítulo 50</u>	<u>312</u>
<u>Epílogo</u>	<u>316</u>
<u>Agradecimientos</u>	<u>320</u>
<u>En exclusiva: el primer capítulo de Schiavo della passione</u>	<u>323</u>

L'amore conta, / l'amore conta, / conosci un altro modo /
per fregar la morte?

Luciano Ligabue, L'amore conta, 2005

Capítulo 1

Kenneth

Estaba amaneciendo cuando salí del pequeño módulo prefabricado de chapa cerrando la puerta tras de mí. Encendí un cigarrillo y aspiré profundamente. No me gustó. Había tomado varias horas, pero fue necesario. La situación era demasiado grave para dejarla pasar. Excepto que, la verdad que salió a la luz gracias a esa golpiza, fue quizás peor que el trasfondo. Eso era seguro.

Me había encargado de atraer a Eric Preston al desierto con el pretexto de proporcionarle una jovencita para un polvo rápido. Ese hombre tenía un vicio y eran las chicas que podrían haber sido sus hijas. Mayores de edad, obviamente. Pero ninguna de ellas habría ido con él espontáneamente si no hubiera estado forrado de dinero y si no hubiera dado una sustanciosa propina al final de la velada. Cada uno tenía sus propios vicios y yo no era nadie para juzgar, considerando que mi vida se había transformado en una rueda gigantesca de perversiones.

Eric había mordido el anzuelo sin ninguna sospecha. Estaba en el círculo, prácticamente me follaba a una desconocida por noche. Solo que las elegía un poco más mayores y no debía hacer nada para convencerlas. Tenía un aspecto que atraía a las mujeres y ni siquiera yo sabía por qué estaban tan ansiosas por ser folladas por el primer extraño que se presentaba en su camino. Lo único que sabía era que para mí estaba bien así.

Por esa razón, Eric creía que un encuentro conmigo únicamente podría significar la promesa de una diversión rápida y sin problemas.

En cambio, lo estaba conduciendo a la muerte.

Había estado muy cerca, la había rozado y habría chocado de frente con ella si al enésimo

puñetazo no hubiera confesado lo que había que confesar.

Goldstrike a esa hora era una visión espectacular. El desierto ofrecía gratuitamente colores pastel que parecían provenir de la paleta del mismísimo Creador. Kenneth apagó el cigarrillo y ese estúpido pensamiento sentimental e incoherente también se acabó. No podía existir un Creador, al menos no en una versión benigna y magnánima. De lo contrario no hubiera transformado mi vida del modo en el que la había transformado, no me hubiera convertido en el imbécil en el que me he convertido. Y, lo más importante, no se habría llevado a Mya.

Me subí al coche, lo puse en marcha e inmediatamente hice la llamada.

—¿Hola?

Chris tenía la voz pastosa por el sueño. Después de todo, no eran ni las cinco. La gente normal dormía, al menos la que no andaba golpeando a los aliados de su familia.

—Hay un trabajo para ti.

—Kenneth... —Lo dijo en voz baja, casi como si hablara para sí mismo.

—Ven al sitio de Goldstrike, en el módulo prefabricado que utilizamos como oficina se encuentra Eric Preston, tienes que llevarlo de inmediato al hospital. Está bastante mal. Luego ocúpate de su coche, déjalo en el lado opuesto a la entrada de la ciudad.

—Ok, ¿y si en el hospital me hacen preguntas?

—Responderás que te envié yo, después de haber recibido su llamado pidiendo ayuda. Dirás que lo golpearon en una emboscada. Se detuvo para auxiliar a un coche que sufrió un desperfecto, pero se trataba de una trampa para robarle. Cuando terminó de hablar contigo, se desvaneció. Coge su dinero y su reloj. Y luego, una vez que lo hayas dejado en el hospital, llama a Bárbara y dile lo mismo. Cuando acabes, no olvides ocuparte de su coche.

—Ok.

Eric no iba a morir, al menos no esa vez.

Me tomó muy poco llegar a casa con el Lamborghini. Disfruté algo más de María Callas para poner en orden mis pensamientos. Esa noche creí que tendría que matar a Eric y no era algo que me apeteciera hacer. Pero el deber era el deber y la familia era la familia. Además, llevaba

un tiempo sin hacer lo que quería. Mi existencia se había vuelto un pantano en el que vegetaba sin deseos, atrapado hasta la cintura en arenas movedizas de las que no podía sacarme.

A pesar de que era el mayor, nunca sería el jefe de la familia Caruso. Al menos no hasta que mi cabeza volviera a estar bien. No tenía equilibrio, no sabía gestionar la ira, no era confiable. Víctor, al contrario de mí, tenía la sangre fría, sabía negociar y conducir, era todo lo que hacía falta para mantener a la familia Caruso en la cima del crimen organizado de Las Vegas y también más allá.

No quería ser el número uno al mando por ese motivo. Era consciente de mis capacidades y de mis límites. El ser antisocial se encontraba entre ellos. No era posible liderar a una familia sólo con sangre, también se necesitaba racionalidad y frialdad. Y yo por el momento carecía de ellas.

Llegué a la propiedad, crucé el portón y estacioné el coche. Los perros, sueltos como todas las noches, menearon la cola a mi alrededor sin ladrar. Entré en la casa. Debería haberme duchado y demorarme hasta que el reloj marcara una hora lo suficientemente decente como para despertar a alguien que dormía plácidamente, pero ambas cosas podían esperar, lo que tenía que informar era demasiado importante. Subí las escaleras y fui directamente a tocar la puerta de la habitación que mi hermano compartía con Gemma.

Unos instantes después, Víctor apareció. Dormía. Rizos despeinados y cara de alguien que ha sido despertado. Llevaba un par de pantalones de pijama ligeros mal puestos.

—¿Qué sucede?

Sus ojos entraron en alerta instantáneamente cuando se dio cuenta de que era yo.

—Tengo que hablar contigo de inmediato.

Se volvió hacia el interior, donde seguramente Gemma dormía. No me dejaría entrar ni por todo el oro del mundo y lo entendía. Una mujer amada en la propia cama era un bien preciado. Yo había tenido una también, aunque por poco tiempo. No sé si con Mya nos amábamos verdaderamente. Pero era mi esposa y yo era suyo.

Ahuyenté ese pensamiento absurdo y fuera de lugar, como un rayo que atravesaba el cielo

de verano en plena noche. De vez en cuando sucedía que algo que la concernía se asomaba a los márgenes de mi conciencia, aunque no lo quisiera. Lo que hacía era siempre volver a empujar ese pensamiento al olvido.

—Espérame en el estudio, iré en un momento.

El estudio estaba abajo, al final del pasillo, frente a la consulta de Rachel y al comedor.

Lo esperé sentado en uno de los dos sillones que se encontraban delante del escritorio. Esa habitación había sido escenario de muchos acontecimientos en nuestra familia. Todas las decisiones más importantes habían sido tomadas allí, primero por nuestro padre y luego por mi hermano y por mí cuando nuestros padres fallecieron. Y, una vez más, se confirmaba escenario de disputas a resolver y sentencias por dictar.

La inmersión en los recuerdos no duró mucho. Víctor abrió la puerta y avanzó con paso rápido hasta ubicarse detrás del escritorio. Estaba vestido y parecía perfectamente lúcido y dueño de sí mismo. Lo que tenía que decir hervía en mi pecho como lava. La sensación de haber sido traicionado, de una herida tan lacerante que no podía dejar de sangrar, era tan intensa que me dejó sin aliento.

—¿Y?

—Esta noche atraje a Eric Preston al sitio de Godstrike. Con una trampa.

—¿Qué fue lo que hiciste?

La expresión de Víctor, ya alerta, era de incredulidad.

—Lo engañé con la perspectiva de conseguirle un polvete rápido. Y él fue.

—¿Por qué razón? —preguntó fríamente. La característica de un verdadero jefe era no dejarse sorprender por nada. Al menos hasta conocer toda la historia.

—Sospechaba de su comportamiento la noche de la fiesta que dio en su casa. ¿Recuerdas cuando llevaste a Gemma por primera vez? Capté un fragmento de una de sus conversaciones telefónicas. Me pareció oírlo hablar de una operación, pero no le di importancia. Sin embargo luego, en la exposición de Omar De Blasio, tuve otra probada de un diálogo similar. Intercepté palabras como Luna Rossa, accidente, no debería haber pasado. Desde entonces, no estuve

tranquilo y comencé a sospechar. Durante días me convencí de que comentaba lo sucedido con alguien y que, mierda, no había nada de malo en ello, teniendo en cuenta que había salido en todos los periódicos. Pero por las noches no conseguía dormir. Así que decidí que era mejor sentir remordimiento que arrepentimiento.

—Lo has... —Víctor miró mis manos. Tenía los nudillos manchados de sangre. Era increíble lo firme y mesurada que mantenía su mirada, listo para recibir la noticia de que yo había asesinado a Eric. Éramos así. Yo como él y él como yo. Nada nos habría parecido absurdo, si en realidad hubiese sido merecido. Si Eric hubiera cometido un error por el que se pagara con la muerte, ninguno de nosotros se habría sorprendido ni arrepentido del destino al que le hubiera tocado enfrentarse.

Algunos podrían haberlo llamado cinismo o crueldad. Era simplemente nuestra forma de ser.

—Quería matarlo —confesé. Fue extraño cómo decir esas palabras no despertó en mí el más mínimo remordimiento. Incluso habría estado preparado para matarlo si no hubiera confesado—. Pero luego empezó a hablar.

Era hora de lanzar la bomba y lo hizo.

—La emboscada en el Luna Rossa no tenía como objetivo matarte. Era Riko quien debía morir.

Debí haber puesto la misma cara que Víctor cuando Eric escupió esas palabras con su boca que chorreaba sangre y tenía, para ese entonces, un par de dientes menos.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Que ese Riko en quien tanto confiabas era un infiltrado al servicio del clan mexicano Espinoza. Fue enviado aquí específicamente para eliminarte. La familia Caruso, decapitada de su líder, habría sido presa fácil de los saqueadores. Los Espinoza habrían sido los primeros en tomar nuestra porción de poder en la extracción del oro en Nevada. Esa es también la razón por la que la familia de Catarina envió los cuerpos a México de inmediato. Llevaron de regreso a su hombre a su patria.

—Putos Espinoza... ¿Qué tiene que ver Eric con eso?

—Alguien se enteró de esta historia antes que yo y encargó a Eric que pagara a un asesino para matar a Riko. Tu herida fue un daño colateral que no debería haber ocurrido.

Víctor se llevó la mano a la cara. Estaba pálido, toda la sangre había abandonado su rostro. Era difícil de digerir, lo entendía. Había estado allí antes que él.

—Riko no podía traicionarme, era como uno más de la familia.

Había sido mi misma reacción.

—No. Era un hombre de los mexicanos. Nunca fue uno más de la familia, estaba aquí para matarte y entregar el poder a los Espinoza. Desde el principio.

Dejé que esas palabras destrozaran su corazón como habían hecho con el mío. No había nada que pudiera hacer para impedirlo y de todos modos no hubiera sido justo que lo hiciera. Para que las heridas cicatrizaran era necesario que saliera toda la parte purulenta, aún cuando eso doliera.

—Se infiltró con astucia, se ganó nuestra confianza y estaba listo para actuar en el momento de máxima vulnerabilidad.

—Quién contactó a Eric...

—Lo que me dijo es la única razón por la que todavía está vivo.

Era el momento en el que mi hermano tendría que sostenerse fuerte, porque esa revelación lo cambiaría todo.

Capítulo 2

Víctor

—¿Qué sucede?

La voz de Gemma, pastosa por el sueño, me dio la bienvenida cuando regresé al dormitorio. Tenerla conmigo era un milagro, nunca lo olvidaba. Había sido lo suficientemente estúpido como para casi perderla, pero eso jamás volvería a ocurrir. Ella era mía y yo era suyo y así sería para siempre.

—Nada, vuelve a dormir. —Lo dije mientras me acercaba a la cama. Su suave silueta dibujada por la colcha me hizo pensar en el cuerpo que yacía debajo. De repente me puse duro, a pesar de todo. ¿Desaparecería algún día ese deseo espasmódico? ¿Ese deseo de ella que me consumía? No estaba seguro. Sólo tenía la certeza de que Gemma era la única persona en el mundo capaz de despertar una parte de mí que ni siquiera sabía que existía. Mi conciencia.

Mentir en ese caso era la mejor solución. Era suficiente con que yo estuviera perturbado por las noticias que acababa de recibir, no había necesidad de alarmarla también a ella. Quería protegerla de todo y de todos, mantenerla a salvo. Siempre.

—Ven aquí. —Extendió su brazo hacia mí, aún sin abrir los ojos.

Podía tomar una ducha y vestirme, o desnudarme y regresar a la cama todavía un poco más. Habría dado cualquier cosa por poder hacerlo. Comenzar el día haciendo el amor era el mejor programa del mundo.

—Por favor...

Fueron esas dos simples palabras, susurradas, las que me hicieron capitular. No sabía resistirme a Gemma. No era capaz de hacerlo normalmente, mucho menos si me suplicaba. No le di la oportunidad de decirlo una vez más. Rápidamente me quité los pantalones. Desnudo, me

tendí en la cama junto a ella. Se acercó a mí, de inmediato, pegando su cuerpo al mío. Éramos perfectos, todo en nosotros parecía coincidir con tanta precisión.

—¿Qué quería Kenneth? —Lo preguntó subiendo un muslo sobre mi pelvis y acariciando mi pecho con sus dedos. Bajó con la mano hasta mi estómago. Enterré mi rostro en su cuello. Amaba cuando hacía lo que quería conmigo y sabía que estaba a punto de suceder. Disfruté del vagar de su mano sobre la parte baja de mi abdomen, esperando ansiosamente a que me aferrara. Y cuando lo hizo, se me escapó un gemido de deseo.

—¿Y? —preguntó. Comenzó a masajearme arriba y abajo con decisión. Adoraba cuando lo hacía de esa manera. Me estaba dando una buena razón para evitar la conversación. En lugar de responder, busqué su boca y la devoré, mientras ella continuaba tocándome. La miré a la cara, todavía a su merced. Sus ojos estaban nublados por el placer. Bajé con mi boca hasta su pezón, chupando al mismo ritmo con el que Gemma me tocaba.

Con un movimiento repentino subí sobre ella, arrancándole un grito.

—Trabajo, solo trabajo. Ahora verás las consecuencias de lo que acabas de empezar —la amenacé y ella por toda respuesta enlazó sus brazos detrás de mi cuello besándome. Me hundí dentro de su calor húmedo y acogedor, sintiéndome de inmediato en el cielo. Estaba en el sitio en el que quería estar, en el único lugar que era para mí tormento y al mismo tiempo paz.

No quería meditar sobre lo que Kenneth me había dicho, quería eliminar todos los recuerdos de nuestra conversación. Me perdí dentro de Gemma pensando que ella era realmente lo único que necesitaba para vivir.

Capítulo 3

—Oh, mierda.

Eso fue lo que pensó y las palabras que escaparon de su boca en el momento en que se encontró frente a la escena. Chris se había presentado en Goldstrike treinta minutos después de la llamada de Kenneth. No podría haberlo hecho mejor. Cuando llegaron las instrucciones, se encontraba en el país de los sueños. Pero estaba acostumbrado a dormir con un ojo cerrado y el otro abierto. Trabajar para los Caruso significaba estar siempre preparado para todo. Desde la pequeña dependencia en Villa Caruso donde se alojaba, le había tomado cerca de veinte minutos desplazarse hasta el lugar. Las calles estaban desiertas a esa hora, la gente normal dormía.

Llevar a alguien al hospital era mejor que limpiar. Limpiar significaba principalmente cavar un hoyo en el desierto y eso, precisamente a primera hora de la mañana, no le hubiera convenido. Pero habría obedecido de todos modos.

El sitio de Goldstrike se encontraba desierto. El amanecer estaba dando paso a la mañana, necesitaba darse prisa. Chris se encaminó directo hacia la construcción prefabricada que se utilizaba como oficina.

La puerta estaba cerrada pero le bastó girar el pomo para abrirla.

Entró y de inmediato el olor de la sangre invadió su nariz. Cerró la puerta detrás de él. Eric Preston se encontraba en condiciones lamentables. Yacía en el piso de linóleo, inconsciente y despatarrado. La mitad de su cara que podía verse estaba hinchada por los puñetazos que había recibido. Probablemente tenía también algunas lesiones internas. Kenneth había caído con fuerza sobre él. Puso dos dedos en su cuello. Tenía pulso, estaba vivo.

—Mierda, Kenneth —murmuró para sí mismo.

Había dejado abierta la puerta trasera del coche. Se inclinó y levantó el cuerpo en sus

brazos. No era demasiado pesado. Preston tenía un físico espigado, se ejercitaba corriendo y comía sano. No fue tan difícil depositarlo en el asiento trasero. Regresó a la oficina y recogió las sillas que se habían caído durante la pelea. El piso estaba manchado de sangre pero en ese momento no podía ocuparse de ello. Si se demoraba demasiado, Preston podría haber muerto.

Cerró la puerta con una vuelta de llave. Mejor que los trabajadores encontraran el despacho clausurado y se quejaran, a que vieran los restos de la golpiza.

Chris regresó al auto. Se encargaría del de Preston después de dejarlo a él en el hospital. ¿Cuál era el más cercano? El Valley Hospital Medical, lo llevaría allí. Echó un vistazo al asiento trasero. Estaba habituado a esas escenas, no le causaba ninguna impresión transportar a alguien en condiciones desesperadas. Y sobre todo, era la clase de persona a quien no le sorprendía nada y no hacía preguntas. Algo fundamental, si querías trabajar para una familia como los Caruso. Él estaba preparado para todo, para hacer frente a cualquier tarea con la sangre fría que lo caracterizaba. ¿Fría? Mejor dicho, glacial.

Ya había salido del sitio cuando su teléfono sonó. Número desconocido. ¿A esa hora?

—¿Quién es? —preguntó sin ceremonias.

Siguió un breve silencio.

—¿Quién coño es? —preguntó más enfadado esta vez. La voz al otro lado de la línea lo sorprendió, dejándolo por un momento sin aliento.

—Pen.

Chris se detuvo de repente con su auto y afortunadamente no había otros coches detrás de él, de lo contrario habría sido una colisión garantizada. El cuerpo de Eric se balanceó ligeramente contra el asiento. Lentamente, Chris se estacionó a un lado de la carretera.

Su boca estaba completamente seca cuando intentó reunir un par de frases que tuvieran sentido.

—Ah, hola, lo siento, quiero decir, no sabía que eras tú...

En una fracción de segundo se sintió confundido y luego entró en pánico. ¿Por qué lo estaba llamando la mejor amiga de Gemma, la mujer de jefe? Había visto a Penélope algunas veces y le

gustaba, vaya si le gustaba. Pero nunca pensó que ella pudiera llamarlo. Tal vez había sucedido algo, tal vez estaba en peligro, tal vez...

—¿Ha ocurrido algo? —soltó de repente. En su mente imaginó sangre, huesos rotos, armas... No se hacían llamadas de cortesía a esa hora.

—No, no, no ha ocurrido nada. —Le pareció casi escuchar que estaba riendo.

Chris se limitó a respirar por el alivio. Había estado conteniendo el aire sin darse cuenta.

—Ok —fue todo lo que respondió y luego se mantuvo en silencio. No le disgustaba pensar que al otro lado de la línea estaba ella, incluso cuando permanecieran sin decir nada. Lo había llamado, no estaba en peligro y él se sentía el hombre más feliz del mundo.

—Te estarás preguntando por qué te he llamado a esta hora... pero, ¿te desperté? Porque yo me despierto muy temprano por la mañana y a veces empiezo a pensar y no puedo volver a dormir...

Adoraba el sonido de su voz, era increíblemente espontánea, parecía que hablar le resultaba tan natural. Tanto como a él le resultaba complicado. En cambio, era sencillo escucharla, esa voz en extremo melodiosa, esas palabras pronunciadas con un tono alegre. La adoraba.

En un momento pensó que ese era el sentimiento que Penélope despertaba en él. Adoración.

—No, yo... estaba haciendo un trabajo...

Miró hacia atrás. Eric no se movía.

—Te he interrumpido, entonces.

—No, en absoluto, no es nada que no pueda esperar.

Volvió a mirar el cuerpo. Si Eric no hubiera actuado como un pedazo de mierda, fuera lo que fuera que hubiera hecho, Kenneth no lo habría dejado en ese estado. Así que, podía esperar.

—Ah, está bien, esperaba que dijeras eso. Oye, en realidad te he llamado para... Quería saber si te gustaría salir conmigo esta noche.

Chris abrió la boca sin poder emitir ningún sonido. ¿Verdaderamente se lo estaba preguntando o lo había soñado? Penélope quería una cita con él.

—¿Qué dices?

¿Qué decía? Sentía la lengua como paralizada y la garganta cerrándose.

—Sí —se lanzó, por miedo a que pudiera retractarse de la propuesta, o a que lo hubiera soñado, o a que la llamada se interrumpiera por algún ignoto motivo del universo.

—Entonces, puedes pasar a recogerme a las nueve. Inauguran un nuevo club en Las Vegas, pensaba ir allí.

—A las nueve —repitió Chris.

Colgó solo cuando oyó que ella había hecho lo mismo.

El alba había pasado ya y de repente se había hecho de mañana. El cielo se estaba tiñendo de colores claros y brillantes.

Cuando volvió a poner en movimiento el coche pensó que, incluso si Eric Preston hubiera muerto a causa de ese retraso, habría valido la pena.

Capítulo 4

Kenneth

La noche nunca llegaba lo suficientemente pronto. No para mí, al menos. Tenía por delante un largo día que no hubiera sabido cómo llenar.

Era como si alguien me hubiese quitado mi alma cuatro años y medio atrás, arrancándola de mi pecho y dejando un vacío. Desde que Mya había muerto, mi corazón era como una ciruela arrugada que latía sólo para mantenerme con vida. Ya no era capaz de sentir afecto, compasión, mucho menos amor. Todo aquello que requería un mínimo de participación emocional estaba clausurado para mí.

No es que estuviera buscando ese tipo de sentimiento, en absoluto. Había amado sólo una vez en mi vida y había sido suficiente para mí. El amor me había destruido, nunca más volvería a darle todo de mí mismo a alguien.

El matrimonio con Mya había sido arreglado, pero inmediatamente algo había surgido entre nosotros, química, una atracción irresistible. Con su deseo de desafiarme constantemente me forzaba a seguir su ritmo. Ella era la única que podía obligarme a hacer lo que quería. Se convirtió en la única para mí, en mi cama y en mi corazón. Aunque discutíamos todo el tiempo y me hacía cabrear como una mona. Pero cuando nos reconciliábamos, sin hablar, sólo con nuestros cuerpos, le perdonaba todo.

Acababa de hablar con Víctor, en mi boca sentía aún el sabor de la información que le había sonsacado a Eric, un sabor agri dulce. No tenía ganas de pensar, simplemente quería apagar el interruptor por un rato.

Tendría que haber llamado a Chris para saber cómo habían ido las cosas en el hospital, habría sido lo correcto, pero no me apetecía. Lo haría esa noche. Estaba seguro de que Eric no

moriría. Solo era cuestión de evaluar el alcance de las lesiones y los tiempos de cura.

Mi habitación en el piso de arriba era definitivamente la más espartana de la casa. No había quedado rastro de lo que tenía cuando estaba con Mya. Mi furia había borrado seis cortos meses de tormentosa vida matrimonial. Había destruido todo después de su funeral; no me había quedado más que limpiar la devastación de madera y cortinas que había logrado crear allí dentro.

Mya había elegido personalmente el dormitorio y verlo todos los días me habría hecho pensar en ella. Había roto en pedazos cada mueble, reduciéndolo a astillas del tamaño de leña para quemar. Luego, me compré un somier de láminas, un colchón y un perchero de esos de metal. Tenía una silla como mesa de noche y una mesa para el televisor. Suficiente. No necesitaba nada más.

Me desnudé y fui al baño. Allí también había hecho limpieza de todas sus cosas. Sus cremas, sus perfumes, había tirado a la basura todo lo que pudiera evocar en mí aunque fuera un sólo recuerdo. Me arrepentí mil veces de esa decisión. No sabía lo que hubiera dado por volver a oler esa fragancia de fresias. Me recordaría la suavidad de su piel, la dulzura de su carne.

Sin embargo, eso ya no sería posible.

Nunca volvería a tener nada de ese pasado, de modo que, era mejor que me hubiera liberado de inmediato de toda fuente de sufrimiento.

Me desvestí y desnudo entré en la ducha. Lavé los rastros de sangre de Eric de mis manos y también el sudor. Salí chorreando agua, cogí una toalla para frotar mi cabello. Miré fugazmente mi imagen en el espejo. El tatuaje en mi cuello me hacía temible. Era como una señal luminosa, algo que gritaba: aléjate de mí. Lo tenía desde hacía años, otra forma de decirle al mundo que se mantuviera lejos porque no tenía nada que ofrecerle a nadie. Nada agradable, al menos. Abrí el mueble del baño y tomé las gotas. No disponía de paciencia para contarlas, vertí algunas directamente en mi lengua. Muchas. El familiar y nauseabundo sabor frutal explotó en mi boca. Me tiré en la cama sin molestarme en taparme, esperando que un sueño largo y sin sueños me raptara.

Capítulo 5

Gemma

No me lo había dicho todo. De hecho, no me había dicho nada de nada. Víctor había regresado de la reunión con su hermano y habíamos hecho el amor. Pero él no me había contado nada.

El sexo había sido la oportunidad para evitar responder a mis preguntas e inmediatamente luego se había cerrado por completo. Lo conocía. Sabía que no me revelaría sus secretos hasta que él mismo lo decidiera.

Había ido a tomar una ducha, oía el agua correr. Estaba segura de que Kenneth le había confiado algo importante. Lo conocía. Además, no llamas a la puerta de alguien al amanecer sólo por simple trabajo. No había querido hablar, únicamente demostrar algo con su cuerpo. Que me amaba.

Lo hacía siempre, estaba acostumbrada a eso. Había respetado su reserva, pero tenía que saber.

Si hubieran sido negocios, me habría abstenido de hacer más preguntas, sin embargo había algo, tal vez su expresión cuando regresó a la habitación, tal vez la desesperación con la que había hecho el amor conmigo, que me hizo comprender que había más. Y, si había más, tenía que saberlo.

Aparté las sábanas y llegué hasta el baño. El cristal de la ducha dejaba entrever su silueta bajo el chorro de agua. Víctor era alto, imponente y macizo, con hombros musculosos y el pecho cubierto de vellos oscuros en el centro. Mirarlo siempre encendía en mí un deseo poderoso y oscuro. Lo amaba con todo mi ser y lo deseaba.

Abrí la puerta de cristal y entré. Se giró hacia mí sorprendido, con sus ojos rojos inundados

de agua y su cabello rizado pegado a su frente. Era un espectáculo de sensualidad primitiva y masculina. Amaba su modo de cuidar de sí mismo, tan esencial. Víctor era guapo pero no vanidoso, era duro. Punto.

—Gemma —murmuró con voz estrangulada. Acabábamos de hacer el amor y él se había marchado inmediatamente después para escapar de mi interrogatorio. Yo estaba allí para darle una oportunidad sin pedir nada. Quería que se abriera solo, sin forzarlo, porque además no podría haber forzado nada con él. Víctor nunca hacía nada que realmente no quisiera. Deseaba con todo mi corazón que tuviera otra clase de intimidad conmigo, esa que había en una familia real. Donde poder confiar todo sabiendo que cuentas con la protección y el apoyo incondicional del otro.

Toqué su pecho con mi mano, sintiendo el agua prácticamente hirviendo cayendo sobre mis hombros.

—¿Demasiado caliente para ti?

Su voz era áspera y sin embargo estaba llena de premura. Lo amaba. Estaba loca por él.

Negué con la cabeza. Luego puse mis manos alrededor de su cuello buscando su boca para darle un beso. Víctor se inclinó y devolvió mi toque. Acaricié su rostro mientras él se apoderaba de mi boca. Ni siquiera yo sabía cómo proceder. Quería saber pero no quería preguntar, tenía que ser él quien se abriera conmigo. Me acerqué y sentí que nuestro beso había despertado nuevamente su sexo.

—Otra vez... —preguntó bajando sobre mi cuello. Sabía que estaba siendo considerado conmigo. Víctor se encontraba más que listo para otra sesión de sexo y quería asegurarse de que no fuera excesivamente agotador para mí.

Asentí. Lo deseaba, incluso si mi objetivo era hablar con él. Me hubiera gustado que mi mera presencia física despertara su conciencia, induciéndolo a confiar en mí. Con mi cuerpo quería comunicarle: *estoy cerca de ti, puedes contarme lo que sea.*

Pero era él quien parecía no querer hablar. Me giró, haciendo que colocara las palmas de mis manos en las baldosas de la ducha.

Despertó mi intimidad con una caricia dulce y lenta de abajo hacia arriba. Le bastó centrarse en el punto donde se concentraba toda mi sensibilidad para excitarme. Unos cuantos roces fueron suficientes para ponerme lo bastante resbaladiza para acogerlo. Podría haber hecho lo que quisiera conmigo.

Arqueé la espalda y sentí que me atravesaba. Cuando me tomaba así siempre lograba ir más profundo, llegar a una parte oculta y palpitante que yo ni siquiera sospechaba que poseía. Esa sensación de estar absolutamente llena tenía el poder de hacerme enloquecer. Tomó mis pechos en sus manos e impuso el ritmo. Rápido y prepotente, exactamente como lo quería en ese momento y como le resultaba natural. Bajó con su boca sobre mi cuello y deslizó una mano desde mi pecho hasta mis pliegues ocultos. Me estimuló mientras continuaba empujando y mi mundo estalló en mil pedazos, en un orgasmo que me dejó sin aliento.

Cuando salimos de la ducha, ya era tarde para ambos. Víctor me pasó el albornoz y me besó como si todavía tuviéramos todo el tiempo del mundo a disposición y no unos malditos segundos. Luego se envolvió en el suyo, dejándome sola en el baño.

Una hora más tarde estaba en la cocina desayunando. Supe, por el sonido de sus tacones, que era Rachel quien venía a unirse a mí. La abuela de Víctor llevaba siempre zapatos de cuero con tacones finos y era exageradamente elegante. Nunca había visto a nadie tan distinguido a su edad y no se trataba sólo de una cuestión de dinero. Era una cuestión de estilo. Rachel Caruso era una reina de la elegancia, además de una médica jubilada, pero seguía activa cuidando de sus nietos y dedicándose al voluntariado.

—Buenos días, querida. —Rachel ya estaba lista para salir, con una chaqueta color berenjena y el inmaculado cuello blanco de su camisa. Arreglada y bien maquillada, como siempre.

—Buenos días, Rachel. Hice café, si quieres un poco.

—Maravilloso. Nunca rechazo un buen café. ¿Víctor ya se fue?

—Sí, hace un momento.

—Acaba de enviarme un mensaje diciendo que Eric Preston fue atacado y está ingresado en el Valley Hospital Medical.

Fruncí el ceño. No me había mencionado nada. ¿Era eso lo que Kenneth había ido a decirle al amanecer? ¿Que Eric estaba ingresado? ¿Y por qué no me lo había dicho también a mí? Imposible, no había ninguna razón para que me mantuviera oculta una noticia como esa.

—¿Qué le sucedió?

—Creo que fue un intento de robo. Iré a verlo después de mi turno. —Rachel estaba trabajando como voluntaria en el mismo centro al que había llevado Eric. Tal vez ese era el motivo por el que Víctor había hablado con ella, para pedirle que fuera a verlo. No podía ser de otra manera. Pero, ¿por qué escondérmelo?

—Creo que iré también, tengo la tarde libre —respondí distraídamente. El pensamiento de por qué Víctor no me lo había dicho, no debía atormentarme. Lo sentía por Eric pero, a excepción de eso, la cosa no podía tener ningún interés para nosotros dos.

Sin embargo, esa explicación que intentaba darme, no me convencía del todo.

—Bien, reúnete conmigo a las tres de la tarde, iremos juntas desde mi ala del hospital.

Capítulo 6

Kenneth

Cuando volví a abrir los ojos me encontré con la familiar sensación de aturdimiento. Mi boca estaba pastosa, como si me hubieran metido un puñado de arena a la fuerza.

Era pasada la medianoche. Las gotas me habían dado lo que buscaba, un sueño largo, ininterrumpido y sin sueños. Un descanso para el cuerpo pero también para el cerebro. Si hubiera seguido pensando me habría vuelto loco.

Me vestí rápidamente y salí de la villa que se encontraba a oscuras. La gente normal dormía. Mi abuela, el servicio, Víctor y Gemma. Yo ya no era capaz de llevar una vida normal y me urgía desahogar una necesidad que no sabía cómo definir. Rabia, malestar, no podía darle nombre a algo que perforaba mi pecho como un cáncer. Tal vez debería haberlo llamado dolor. Pero la idea de ser vulnerable y admitirlo, en primer lugar ante mí mismo, me hacía sentir mal.

Sabía, sin embargo, dónde encontrar mi desahogo. Tomé el Lamborghini y conduje rápidamente hasta Las Vegas. Era un cliente habitual de todos los clubes de Strip. No había ninguno que yo prefiriera, para mí no representaba ninguna diferencia si eran propiedad de la familia o no. A estas alturas, había perdido el pudor o cualquier otra cosa que hubiera tenido el poder de frenar mi manía. Lo importante era que pudiera encontrar lo que buscaba. Y no era nada complicado. Era lo que buscaba lo que me encontraba a mí, de inmediato. No sabía qué veían las mujeres en mí. De hecho lo sabía pero no podía comprender cómo podían sentirse tan atraídas por mí. Veían mis ojos casi transparentes, el tatuaje en mi cuello, la contextura física de bestia, lo poco que hablaba. No notaban lo seco que estaba por dentro, no les importaba que no tuviera nada que ofrecer sino que sólo quisiera tomar. Quedé reducido a un cuerpo que se desahogaba con otros cuerpos, obteniendo de ellos un placer vacuo y temporal. Eso era algo que nadie

notaba jamás. Pero no había necesidad de conocer los sentimientos de alguien para irse a la cama con ese alguien.

Estacioné en el Hakkasan, uno de los casinos de mi familia. El primer nivel del edificio se utilizaba como zona de restaurante. No tenía ese tipo de hambre. Pasé entre medio de las mesas ya dispuestas, la mayoría llena de parejas que parecían felices o tal vez realmente lo estaban.

Podría haber ido más lejos, definitivamente ese no era el lugar correcto para mí. No estaba en pareja y no era feliz, no había necesidad de preguntarse nada más. Tomé el ascensor hasta el cuarto nivel. El ambiente era extremadamente familiar: pantallas LED de alta definición del piso al techo, un inmensa área destinada a pista de baile. Arriba y alrededor del piso principal había un entepiso, una especie de zona VIP privada. En la cabina, los djs ya estaban trabajando.

El lugar se encontraba lleno, consecuencia también del horario, que era el adecuado. Por experiencia sabía que no tenía que hacer absolutamente nada, excepto sentarme en la barra del bar y ordenar algo de beber. Era el guión al que debía apegarme, nada más, nada menos.

—Ey...

Habían pasado apenas unos minutos, podía decir que había batido todos los récords. Me giré. La voz provenía de una rubia de cabellos finos y lacios, labios llenos en forma de corazón resaltados por el lápiz labial. Era una chica hermosa, si tan sólo hubiera tenido la capacidad de reconocer la belleza en algo o en alguien. Y de apreciarla.

—¿Me invitas una copa?

—No estoy aquí para invitar copas —respondí. Realmente lo pensaba y no me apetecía ocultarlo.

—¿Ah, no? ¿Y para qué estás aquí, entonces? —Sonrió, con la expresión de alguien que ya ha pillado el mensaje.

Respondí como de costumbre.

—Estoy aquí para follar.

No tenía tiempo que perder y tampoco deseos de cortejar. Era la verdad y no haría de ello un misterio. No quería romance, no quería nada más que sexo que me hiciera olvidar todo por un

momento. Lo cierto era que ni siquiera me importaba la reacción que pudieran provocar mis palabras. Indignación, desprecio, interés malicioso. Era completamente indiferente a lo que pudiera haber pensado cualquiera que nos oyera.

—Oh... qué directo eres. —Sonreía. Había aprendido a decodificar los mensajes de las mujeres. Estaba dentro. Por otro lado, ninguna mujer se habría acercado a mí para conversar. Nos estaba ahorrando a ambos una inútil pérdida de tiempo.

—Si te interesa, ahora, abajo.

—¿Qué? —La rubia fingió sentirse ultrajada pero un destello de malicia brillaba en sus ojos. Ahora reconocía todas las señales sin ninguna dificultad. Ni siquiera la miré por segunda vez. Ella u otra no habría hecho para mí la diferencia. Eso era lo peor de todo el asunto: mi absoluto y total desinterés, excepto por lo que cualquier desconocida me hubiera podido ofrecer.

—Está bien —dijo casi eufórica. Me levanté, terminé la copa y la precedí hacia las escaleras. Llegamos a la planta baja, yo adelante y ella detrás. No sabía si todavía estaba conmigo y honestamente no me importaba. Podría haberla reemplazado fácilmente con alguien allí abajo. Había un guardia de seguridad, uno de mis empleados. Me reconoció e inclinó la cabeza en señal de saludo.

—Jack, dame la llave del almacén.

—Señor Caruso, aquí la tiene. —En medio de ese estruendo, solo yo debí escucharlo llamándome así. Abrí el almacén, era un armario con implementos de limpieza. La chica entró detrás de mí y cerró la puerta a sus espaldas. Presioné el interruptor y la débil luz de una bombilla sucia que colgaba del techo iluminó, levemente, aquel sórdido lugar.

Era un verdadero cabrón.

El sonido de la música llegaba apagado y podíamos oír nuestras voces.

—Oh... pero cómo...

—Sin preguntas y sin besos. No quiero que me toques, sólo quiero follar.

La chica me miró excitada. Debía ser exactamente lo que había imaginado, pero me importaba un pimiento su fantasía.

—Sabes que eres realmente arrogante...

—Sí, lo sé, si quieres arrepentirte aún puedes hacerlo. Abre esa puerta y vete. —Hice oscilar la llave frente a sus ojos. Lo decía en serio, no lastimaba a las mujeres, nunca la habría retenido en contra de su voluntad.

—No me voy —respondió sosteniendo mi mirada.

No dejé que lo repitiera dos veces, le di la vuelta presionándola contra la pared. No quería mirarla a la cara. No me importaba quién era, sólo quería follar y perderme en cualquier cuerpo.

—Aún estás a tiempo de irte, si no quieres estar aquí, esa es la puerta.

Pero ella sentía presionar mi erección contra su trasero y no se marcharía, lo sabía.

—Estoy adentro, bestia.

Ese apodo no me disgustó ni me gratificó. Podía pensar lo que quisiera de mí, no habría hecho ninguna diferencia.

Le levanté el diminuto vestido y al mismo tiempo desabotoné mis pantalones. Saqué mi polla lo suficientemente dura como para tener relaciones sexuales y desenrollé un condón sobre ella. Luego la ensarté. Estaba mojada, realmente debe haberle gustado todo ese asunto del rapidito en el armario. Puse mis manos en sus caderas y comencé a bombear, empujándola contra la pared. No era demasiado estrecha, debía haber tomado sus buenas pollas, pero yo era de dimensiones notables y eso no hacía daño. Escuché sus gemidos hacerse más intensos y más cercanos entre sí, mezclados con un perfume que no me era familiar y no me gustaba. Continué empujando y empujando un poco más. Vi que quitaba una mano de la pared y la llevaba entre sus piernas. Bien, hacerla gozar no era una de mis prioridades y, si ella me hubiera dado una mano, habría sido mejor. Comenzó a gemir en el mismo momento en el que sentí una sacudida en mi columna. Me corrí con unas cuantas embestidas, alcanzando el pico del placer.

Me salí de su interior jadeando y ella se giró. Estaba sin aliento pero por lo demás parecía compuesta. Por otra parte, las únicas partes de nosotros que se habían tocado eran las que no estaban expuestas.

—¿Siempre haces esto? —preguntó mientras se arreglaba el vestido. Noté que era sólo la

segunda vez que la miraba a la cara en toda la noche.

—Sí —respondí. No había necesidad de que mintiera.

—Y estoy segura de que nunca volveré a verte, ¿cierto?

—Eso no lo sé, pero definitivamente ya no follaremos más.

Sonrió. —Entiendo. ¿Eres de aventuras de una noche?

No, no podía entenderlo, nadie podía entender.

—Más o menos —respondí sólo para cortar la conversación. Fui claro desde el principio, no le debía explicaciones.

—¿Cómo te llamas? ¿Eso puedes decírmelo al menos?

—Kenneth.

—De acuerdo, Kenneth. Me divertí. Pero tú intenta sanar.

Abrió la puerta y por un momento la música llegó fuerte y acompasada a mis oídos, para luego volver a amortiguarse tan pronto como la puerta se cerró. Quedé a solas en el armario de las escobas. Sentí una familiar sensación de frío a la altura del pecho y otro sentimiento que ahora había aprendido a reconocer bien. La pena, por mí mismo, por lo que necesitaba para seguir adelante, por aquello en lo que finalmente me había convertido.

Capítulo 7

A las nueve en punto, Chris estaba detrás de la puerta de la casa de Penélope. Sabía dónde vivía. Era la vecina de la mujer de Víctor y él había estado allí cuando encontró el gato colgado que ese grandísimo imbécil de Sebastian, el ex novio de Gemma, había puesto para asustarla.

Por primera vez en su vida, Chris había estado indeciso sobre qué ropa vestir esa noche. Nunca le sucedía. Normalmente, después de la ducha abría el armario y cogía el primer par de pantalones negros, la primera camiseta negra y el primer jersey negro que encontraba. ¿Quién lo habría mirado de todos modos? ¿Por quién debería haberse puesto de punta en blanco?

Pero esa vez no. Después de ducharse se había parado frente al armario para constatar que todo su guardarropas era monocromático. Una extensión de negro. La única elección que pudo hacer fue tomar las prendas más nuevas. Se había puesto encima la chaqueta de cuero e incluso se había rociado algo de perfume. Excepto que luego había comprobado que no tenía un olor particularmente agradable. Al no usarlo, se había estropeado. Mierda, no tenía otro. Se había desnudado y se había lavado el cuello con jabón y luego había vuelto a vestirse.

A las nueve en punto estaba detrás de la puerta de Penélope sin atreverse a llamar. ¿Por qué quería salir con él? Eso era sencillo: tenía que gustarle un poco, de lo contrario no lo habría llamado. Pero la cosa no podía estar de ningún modo equilibrada. No había modo de que lo estuviera. ¿Penélope podría tener idea de cuánto le gustaba? No, no podía. No podía imaginar lo que había planeado hacerle desde la primera vez que la vio. Si tan sólo lo hubiera vagamente intuido, nunca lo habría llamado. De hecho, habría llamado a la policía de la moral y las buenas costumbres, porque sus fantasías eran tan salvajes y obscenas, que habrían disgustado a cualquiera.

Sólo que él no quería disgustarla. Adorarla. Eso es lo que quería. Si Penélope le hubiera

ordenado algo, cualquier cosa, él habría obedecido sin pedir explicaciones, sólo por el hecho de que era ella quien lo pedía. Por el mero hecho de que ella existía.

Excepto que, después de sus encuentros en presencia de Gemma, Chris le había cerrado definitivamente la puerta. Penélope era una fantasía y eso seguiría siendo para siempre, por el simple e ineludible hecho de que alguien como ella nunca podría interesarse por alguien como él. Pero ese bendito día esa puerta se había abierto de repente.

Y, a propósito de puertas, la puerta de la casa de la chica se abrió de golpe, tomándolo por sorpresa.

Del otro lado estaba Penélope. Cabello rubio muy claro con flequillo que le llegaba a los ojos, labios carnosos, top escotado, vientre al descubierto y minifalda. Eso fue cuanto Chris pudo registrar en una fracción de segundo. Todo lo que sus ojos captaron en un único instante, una imagen que quedaría impresa en su mente para el resto de su vida.

—Escuché el auto pero nadie llamaba, así que abrí la puerta —dijo simplemente. A Chris le resultó trabajoso comprender el significado de esas pocas palabras, se sentía aturdido y abrumado. ¿Qué había pasado con el que enterraba cadáveres en el desierto, encerraba a la gente en el maletero, mataba a sangre fría?

—Sí —respondió.

¿Sí? ¡No había encontrado nada mejor que decir que un soso y sin sentido, *sí*!

—¿Quieres entrar un momento, antes de irnos?

¿Quería entrar un momento? ¿Entrar dónde? ¿En su vida? ¿Entrar en ella?

Chris entraría dondequiera que Penélope sugiriera u ordenara, no habría diferencia. Él haría cualquier cosa que ella le pidiera, incluso arrojarse al fuego, así que entrar en la casa estaba muy bien.

Dio un paso hacia delante y estuvo en el piso. La luz estaba encendida en una sala de paredes coloridas y algo desordenada. Toda esa vida le dio la medida de lo espontánea que era ella, mientras que él se sentía rígido como un trozo de madera.

De allí en más, todo sucedió de prisa. La puerta se cerró, él se giró, Penélope le rodeó el

cuello con sus brazos y prácticamente se abalanzó sobre él. Como si lo estuviera atacando, acorralándolo. Solo que, por primera vez en su vida, Chris no opuso resistencia, no se defendió, no luchó.

Penélope presionó sus labios contra su boca. Chris permaneció un momento impertérito mientras ella avanzaba al siguiente paso y, con una naturalidad que tenía algo de milagroso, le abrió los labios con su lengua. Tan pronto como tomó conciencia de lo que estaba sucediendo, Chris despertó de ese estado de trance en el que había caído.

—Si estás de acuerdo, saltémonos la parte del club —murmuró ella sin dejar de besarlo.

Chris pensó que debía ser un sueño y que nunca hubiera querido despertar.

Capítulo 8

Kenneth

Le devolví la llave al gorila y salí del club. Follar, había follado. ¿Qué me quedaba para continuar con la inútil perversión en la que se había convertido mi vida? Aturdirme con alcohol. Era otro de mis pasatiempos, una forma de olvidar quién era y pasar al día siguiente.

Pero no quería hacerlo en ese club, quería ir a un lugar donde pudiera emborracharme en paz sin que me ayudaran. Un lugar donde pudiera sentirme mal sin despertar en nadie el instinto caritativo de ayudarme. Mi casa, por ejemplo, mi habitación. Podría colapsar en la cama con la botella en la mano. Alternar botella, polvos y somníferos podría ser una buena solución para intentar sobrevivir. Al menos hasta que estuviera listo para el trasplante de hígado, como decía mi abuela. Nunca podría contraer una enfermedad venérea, siempre usaba condón, nunca ponía mi boca en las partes íntimas de nadie, no besaba. Y no porque tuviera miedo, esa parte de mi vida simplemente había terminado. Había estado reservado para Mya y ya no lo estaría para nadie más.

Si moría prematuramente, sólo habría sentido pena por mi abuela y mi hermano. Por lo demás, no tenía a nadie más.

No tenía nada más.

Subí al Lamborghini y encendí un cigarrillo. Me detendría en el Luna Rossa para comprar una botella, sólo para asegurarme de no quedarme sin provisiones en casa. No deberían habérmela vendido, obviamente, pero había realmente pocas cosas en la ciudad que me hubieran sido negadas. Todo me era posible, nada me estaba prohibido gracias a mi apellido y a lo que había hecho para consolidarlo.

Mientras estacionaba junto al restaurante italiano, recordé la balacera en la que Víctor había

resultado herido, las palabras de Eric Preston, y mis ganas de beber sufrieron un alza clamorosa. Salí del Luna Rossa con una botella de whisky escocés en la mano y un deseo espasmódico de hacerme daño. Subí al auto. De repente no tenía ganas de llegar a casa, quería aturdirme de inmediato, allí mismo, donde estaba y olvidarme de todo, hasta de mi nombre. Abrí la botella y pegué mis labios a ella. Un sorbo, luego otro y otro más. El líquido quemaba en mi estómago, pero era precisamente lo que necesitaba. Un ardor tan grande que me hiciera olvidar por un momento el fuego inextinguible que ardía en mi alma. Cerré los ojos y, de forma completamente inesperada, me dormí.

Y soñé.

Estaba seguro de que era un sueño porque de repente ya no percibía ningún dolor, mi estado de ánimo era tranquilo, pacífico. Me sentía relajado como no me sucedía desde hacía años, como no recordaba haberme sentido nunca.

Caminaba a orillas del mar, descalzo en una playa muy larga, cuyo final ni siquiera podía ver. Cogía la mano de alguien, pero hasta que no me giré, no supe quién era. Mis ojos se posaron en los dedos entrelazados con los míos. Eran pequeños y blancos. Luego subí al brazo pálido y finalmente al rostro. Era Mya.

Me detuve y en un instante sentí que algo se hacía añicos en mi pecho. Me desplomé de rodillas en la arena frente a ella, tenía la respiración agitada y me faltaba el aliento. Puse mi rostro en su vientre y comencé a llorar. Era extraño, porque no recordaba haber llorado nunca en mi vida, pero en ese momento no sentía otra necesidad más que la de soltar todas mis lágrimas. Y fue una liberación.

Mya había vuelto a mí. Lloraba porque no podía desear nada más. Lentamente levanté la cabeza hacia su rostro y me di cuenta de que algo andaba mal. Eran mis lágrimas las que hacían que todo estuviera borroso, pero no era sólo eso. Mya abría la boca para hablarme, me llamaba por mi nombre, pero extrañamente la voz no era la suya.

Era la voz de un hombre. Y, mientras me llamaba, sacudía mi hombro con una fuerza que no podría haber tenido. Me desperté sobresaltado. Era un sueño.

No era Mya quien me llamaba y me sacudía.

Era Chris.

—Jefe, jefe, ¿estás bien?

La decepción, al ver que era Chris, fue tan fuerte que sentí que mi pecho se contraía por un dolor que no recordaba haber experimentado nunca en mi vida. Realmente había llorado, tenía el rostro mojado y mis ojos húmedos.

—Sí —respondí para hacerle saber que estaba alerta.

Me encontraba en el coche, estacionado no muy lejos del Luna Rossa, con la botella casi vacía entre las piernas, y Chris estaba de pie en la calle.

—¿Qué haces aquí, jefe?

Era una forma educada de decirme *ve a casa*.

—¿Tú qué haces? —respondí pasando una mano por mi rostro. Mi estómago ardía como el infierno.

La cara de Chris se puso roja.

—Estaba en casa de Penélope.

—¿Quién?

—Penélope, la amiga de Gemma.

Recordé que Víctor me había hecho investigar un poco sobre ella cuando comenzó a salir con Gemma. No era muy difícil comprender qué había estado haciendo con Penélope hasta esa hora. Porque tenía que ser más de media noche. Y además, bastaba ver su tez clara que se había vuelto repentinamente roja tan pronto como él la mencionó.

—¿Qué hora es? —pregunté con dificultad.

—Las tres.

No estaba en condiciones de conducir y no podía pasar el resto de la noche allí.

—Llévame a casa, Chris. ¿Estás con tu auto?

—Sí.

—Mañana regresas por él —farfullé. Pasé al asiento del pasajero, Chris se ubicó junto a mí

y me abroché el cinturón de seguridad. El motor del Lamborghini siempre me hacía pensar en el terciopelo. Cerré los ojos intentando aferrarme a algún fragmento del sueño. Habría dado un brazo por poder retomarlo donde lo dejé.

La verdad era que Mya se me estaba escapando de las manos, de la mente, de todo. Ya no podía recordar el sonido de su voz ni su perfume. Por mucho que me esforzara en concentrarme, ahora ambos estaban perdidos en el tiempo. Cuatro años y medio eran demasiados.

No tenía fuerzas para pensar en nada, estaba demasiado borracho para hacerlo. Caí profundamente dormido.

Capítulo 9

Víctor

Era noche profunda cuando escuché llegar el coche. Se trataba del Lamborghini, estaba seguro, el motor era inconfundible. Aún no me había ido a la cama, me encontraba en el estudio trabajando. De todos modos, no habría conseguido conciliar el sueño, no después de lo que había sabido.

Gemma había intuido algo, estaba seguro de ello. No se trataba sólo de una sensación, tenía sospechas bien fundadas. Cuando vino a mí en la ducha, lo hizo con la esperanza de que me abriera con ella, que le confesara mis problemas. Pero yo no era esa clase de hombre. No sacaba ningún provecho de compartir mis angustias con alguien, no estaba acostumbrado. En mi mundo, mostrar debilidad significaba morir y ese principio estaba demasiado arraigado en mí como para hacer excepciones.

Cuanto menos supiera Gemma al respecto, mejor sería, sobre todo para su serenidad. Su turbación no habría servido más que para hacerme sufrir por haberla provocado.

La ventana de mi estudio daba directamente a la galería que teníamos frente a la entrada principal. Podía ver a quienquiera que hubiera llegado. Todo lo que tuve que hacer fue girar el sillón para darme cuenta de que en el asiento del conductor del Lamborghini se encontraba Chris. Era extraño, Kenneth nunca cedería el control de su coche. Chris rodeó el auto para abrir la puerta del pasajero. ¡Kenneth, mierda, no podía mantenerse en pie! Chris hizo que pasara un brazo por su espalda, lo enganchó por la cintura y lo guió lentamente hasta la escalinata que conducía a la puerta principal. Permanecí en mi sitio, inmóvil.

Realmente no sabía qué carajo se suponía que debía hacer con mi hermano. Si no hubiera sido sangre de mi sangre, ya habría hecho que lo molieran a golpes hasta que recobrara el

sentido. Pero no podía. Además, también era culpa mía si él se encontraba en ese estado. El pasado era como un monstruo que poblaba mis pesadillas y también las tuyas. Regresaba siempre, siempre.

Debía haberse emborrachado otra vez, debía haberse liado con mujeres, en resumen debía haber vuelto a cometer de nuevo los estragos que estaba causando en su vida. Empeoraba cada vez más. Lo que antes solía hacer una vez a la semana ahora lo estaba haciendo todas las noches. Si continuaba a ese ritmo, no sabía dónde terminaría. Y todo era culpa mía, maldita culpa mía.

Pasos ligeros recorrieron el pasillo hasta detenerse frente a mi puerta. Gemma se asomó. Por un momento dejé de respirar, como ante un milagro. Porque el hecho de que ella estuviera conmigo lo era, un regalo maravilloso que la vida me había dado, precisamente en el momento en el que creí que nunca conocería el amor.

Llevaba una bata de seda color champagne y debajo un camisón a juego. Lo amaba, realzaba el color ambarino de su piel y dejaba entrever sus pechos llenos y sus pezones puntiagudos cuando tenía frío, o simplemente cuando yo la rozaba. O la miraba. Como en ese momento. Su rubor, su vergüenza, alimentaban una parte primitiva de mí. Siempre tenía el control, en cada acción de mi día y de mi vida, pero con ella era diferente.

Mi equilibrio vacilaba, la frialdad se derretía y daba paso al calor más ardiente. Siempre la deseaba, en cada momento del día y de la noche y, cuando la tenía frente a mí, las sensaciones se amplificaban tanto que me era imposible evitar pensar en las variadas formas en las que podíamos hacer el amor.

—Víctor...

Su voz era música. ¿Cómo podía quedarme ahí trabajando cuando tenía a Gemma esperándome en la cama? Ni siquiera yo lo sabía, debía estar loco.

—¿Qué ocurre, quién es? Escuché el auto, pensé que ibas a salir...

De repente leí un temor en sus ojos que no había previsto. Mi comportamiento distraído y algo distante esa mañana, había hecho que se sintiera insegura. Pensaba que podía salir por la noche para ir quién sabe dónde. O quién sabe con quién. La idea me hizo daño al corazón, nunca

habría hecho nada para hacerla sufrir. Era tan feroz con mis adversarios como protector con ella. La amaba más que a mi vida.

—Ven aquí —le dije y alejé el sillón del escritorio.

Gemma se acercó. Me ofreció la vista de sus hermosas y tonificadas piernas e imaginé de inmediato sus tobillos apoyados sobre mis hombros. Se sentó en mis rodillas.

—No quisiera ir a ningún otro lugar que no sea contigo —susurré con mis labios en su cuello. Quería que supiera que era verdad, que lo sintiera, que no tuviera dudas. Tenía que confiar en mí. Siempre.

La oí suspirar y con mi mano busqué los pezones que tanto amaba y que se pusieron puntiagudos debajo de la doble capa de seda del camisón y la bata. Estaba rígida, pero se ablandó bajo mi toque mientras yo me ponía más duro que nunca.

—Hoy fui a ver a Eric, junto a Rachel.

Mi mano se detuvo por un instante. Alejé mi rostro de su cuello y la miré a los ojos. Los ojos de Gemma eran grandes, estaban llenos de una luz que me hacía tener esperanza en el futuro, incluso para alguien como yo.

—¿Por qué no me dijiste esta mañana que lo habían atacado? ¿Fue eso lo que Kenneth vino a decirte al amanecer?

No podía echarme atrás, tenía que responder. Tal vez la solución a mi problema estaba mucho más al alcance de mi mano de lo que pensaba.

—Sí, no quería preocuparte. ¿Cómo está?

Suspiró. Todas sus defensas estaban bajas, su alma estaba completamente abierta para mí. No lo merecía, no merecía tanta amable y ciega confianza. Pero la tomé porque estaba en mi naturaleza.

—Bastante mal, prácticamente medio muerto, parece que fue un intento de robo de parte de un tipo al que había auxiliado. Podría haber sido mucho peor. Bárbara estaba devastada. Prometí ir a visitarlo nuevamente en los próximos días.

Un ruido nos interrumpió, luego una maldición, como si alguien se hubiera golpeado con un

mueble. Casi me había olvidado de la llegada de mi hermano y de su estado.

—Kenneth, es él quien acaba de regresar con el auto, Chris lo está trayendo dentro.

Gemma asintió y se mordió el labio.

—Ve a ver si te necesita.

La tomé delicadamente por la cintura e hice que se levantara.

Salí del estudio y oí los pasos ligeros de Gemma detrás de mí. Sabía que nunca había habido mucha simpatía entre ambos, pero también estaba seguro de que ella sentía una gran pena por su condición.

Fui al encuentro de Chris para ayudarlo a sostener a mi hermano. La cabeza de Kenneth colgaba, inclinada hacia delante como si estuviera inconsciente. Pero no debía estarlo del todo porque podía mantenerse parcialmente en pie. El olor a alcohol era tan persistente que despejaba cualquier duda sobre cómo podía haber acabado en ese estado.

—No logrará subir las escaleras.

Chris tenía razón.

—Vamos a llevarlo a mi estudio.

Ayudé a Chris a llevarlo por el pasillo. Lo acostamos en el sofá de mi estudio y cuando lo solté escuché que mi espalda crujía. Pesaba una tonelada.

—Estará mejor por la mañana. —Lo dije dándole una palmada en la espalda a Chris, pero en el fondo sabía que era una mentira. Estaría peor de lo que estaba en ese momento. Al menos el alcohol le estaba regalando una inconsciencia temporal. Pero al día siguiente tendría que enfrentarse nuevamente a la realidad y sería mucho más desagradable.

Capítulo 10

Gemma

—No puedes seguir ocultándomelo. —Usé un tono calmo pero decidido, no tenía sentido posponerlo más.

Víctor dio un respingo. Y no era propio de él. Era difícil que mostrara sus emociones, incluso a mí, a menos que estuviéramos en la intimidad. En ese caso me daba todo de sí y yo le daba todo de mí.

Siempre estaba encerrado en su coraza de impasibilidad e indiferencia. Tuvo, sin embargo, la inteligencia de no fingir que no entendía. Sólo hubiera aumentado mi determinación.

Habíamos abandonado el estudio donde Kenneth dormía un sueño que podría haberse definido más bien como una especie de coma. Se encontraba en un estado en el que nunca antes lo había visto. Chris se había marchado ya a sus habitaciones, nosotros dos estábamos inmóviles en la entrada, junto a la majestuosa escalera que conducía al piso superior, y yo no tenía intención de dar un solo paso más fingiendo que lo que acababa de suceder era normal.

—¿Qué pasó con Kenneth? Quiero saber por qué noche tras noche acaba así. Borracho perdido, saltando de cama en cama con cualquiera que se cruce en su camino. Yo... Vivo aquí ahora. Eres mi familia, Víctor, quiero saberlo.

En cuestión de segundos había descubierto todas mis cartas. No había otros secretos entre nosotros, al menos eso pensaba. Y no podía continuar manteniendo esa barrera. Siempre se había negado a hablar del pasado de su hermano, pero la situación empeoraba día a día y me parecía una falta de respeto vivir bajo el mismo techo y hacer la vista gorda, actuar como si nada pasara.

—No aquí —dijo.

Cogió mi mano y me condujo al comedor. Cerró las puertas dobles y se dirigió directamente

al carrito de los licores. Vertió el contenido de una de las botellas de cristal en dos vasos y uno me lo tendió a mí. Bebió un sorbo del suyo y luego comenzó a hablar, mientras yo llevaba el mío a mis labios. Si Víctor necesitaba beber para afrontar el asunto, no me habría quedado atrás.

—Hace cinco años, Kenneth y Mya Leone se casaron. No fue un matrimonio por amor, sino concertado como ocurre con frecuencia en nuestras familias, cuando ambos pueden beneficiarse de algún modo. Los Leone son italoamericanos de tercera generación y representaban una excelente ayuda para entrar en el Berkshire Hathaway, el holding a través del cual se suponía que íbamos a poner las manos en el yacimiento de Goldstrike. Necesitábamos parte de su capital para formar un frente común. Nosotros habríamos liderado el consorcio y ellos habrían sido socios minoritarios, pero esenciales para concluir la escalada. Te dije cómo funcionaban las uniones en nuestras familias. Sólo debíamos estrechar un lazo fuerte, indisoluble.

Su boda fue un evento, una fiesta sin precedentes de esas donde no se repara en gastos y se ostenta el mayor lujo posible. El primogénito de los Caruso con la joya de la corona de los Leones. Nuestras dos familias juntas nos volvían una potencia. Nos habíamos convertido en el punto de referencia para todos los italoamericanos de Nevada.

—¿Y entre ellos dos, cómo fueron las cosas?

Bebió otro sorbo y lo imité. —La suya era una relación turbulenta. Creo que más allá de la obligación inicial, en el fondo se gustaban. Eran opuestos. Kenneth sombrío y sanguíneo, Mya efervescente y consentida. Vinieron a vivir aquí pero prácticamente nunca estaban juntos. Ella continuó viviendo su vida y Kenneth la de él. Esa mujer estaba acostumbrada a estar al mando y mi hermano nunca habría aceptado seguir sus órdenes. En los días que pasaron aquí hubo muchos choques con Rachel, eran dos personajes fuertes.

—En definitiva, el matrimonio no era precisamente fácil.

—Ninguno de nosotros es fácil, Gemma. Entre ellos siempre hubo tormenta, pero también pasión, estoy seguro.

—¿Y luego?

Víctor suspiró, lo peor de la historia estaba a punto de llegar. Tomé un sorbo de mi vaso

para afrontarlo mejor.

—Seis meses después de la boda, Mya fue secuestrada. Sucedió una noche, mientras cenaba con una de sus amigas en el Luxor. Una furgoneta negra estaba estacionada en la calle frente al casino. Tan pronto como salió, dos hombres la abordaron, la obligaron a subir y se la llevaron. Su amiga dijo que fue una operación tan eficiente y limpia que no despertó la más mínima sospecha en los transeúntes. Alguien simplemente la había cogido y se la había llevado. Mya odiaba tener una escolta, siempre hacía todo lo posible por perder de vista a sus guardaespaldas. Desde que estaba casada con Kenneth, ninguno de mis hombres hacía malabares para protegerla debido a sus rabietas. Habían pasado cuarenta y ocho horas sin noticias cuando contactaron a Kenneth con un llamado anónimo. Los secuestradores nos exigían un rescate a nosotros y a los Leone. No querían dinero, querían que ambas familias se retiraran de la adquisición de Goldstrike.

—¿Qué?

—Qué enviáramos al demonio el negocio.

—¿Y cuál fue vuestra respuesta?

—Los Leone obviamente aceptaron, mientras que yo me negué.

¿Negarse? Víctor bebió todo el contenido de su vaso. Sus ojos en ese momento estaban vidriosos y atrapados en el pasado.

—Tomé la decisión por mi cuenta. Kenneth no estaba al tanto, nunca me lo hubiera permitido. Incluso si no se había casado con ella por amor, estaba seguro de que jamás hubiera consentido que la pusiera en peligro en nombre de los negocios. Conduje las negociaciones solo, intentando ganar tiempo con él y con los Leone y al mismo tiempo encontrar una solución alternativa. Estaba convencido de que podía hacerlo, que lo conseguiríamos sin renunciar a la mina. Además, ¿quién era tan estúpido como para tomar partido contra los Caruso? Todo el mundo sabía que éramos capaces de superar a la competencia aplastando a cualquiera que se interpusiera en nuestro camino. Sin piedad. Estaba seguro, también, de que podía descubrir junto a mis hombres dónde tenían prisionera a Mya, era cuestión de tiempo. Sólo teníamos que

esperar unos días más y luego ir a buscarla. Sin embargo, el plan se desmoronó como un castillo de naipes. Cuando los secuestradores comprendieron que sólo quería ganar tiempo y que no tenía intención de renunciar al negocio, no volvieron a contactarse. Los Leone ya se habían retirado de la operación. Nosotros nos quedamos, aunque sin su capital estábamos en punto muerto. No completamente fuera del juego, pero sí en espera, buscando un nuevo socio. Y Mya...

Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies. Ese relato fue el más terrible que jamás hubiera oído.

—Ella está...

—Sí, le hicieron llegar su cuerpo a la familia Leone. Hubo un funeral, pero fue estrictamente privado. Fuimos excluidos por obvias razones. Fue enterrada en el cementerio de Henderson, en la capilla de su familia.

El rostro de Víctor era como piedra. Ningún sentimiento afloraba de sus rasgos rígidos.

—¿Y Kenneth?

No podía pensar en la relación de ningún marido ante una situación así, ocurrida además a sólo seis meses de la boda, y mucho menos de alguien como Kenneth.

—Cuando descubrió que me había negado a retirarme de las negociaciones quiso matarme. Me molió a golpes y me dejó al borde de la muerte. Si estoy vivo es sólo gracias a Rachel. Kenneth me esperó detrás de la puerta de casa, la noche del funeral, y me atacó. Mientras estaba en el suelo y él sobre mí, Rachel lo sedó con una inyección en el cuello. Si no hubiera sido por ella, mi hermano probablemente me habría asesinado.

Me llevé una mano a la boca, abrumada por esa terrible historia.

—Los Leone nos exigieron una indemnización, concretamente mi vida. Kenneth ya estaba en mi contra, hubiera sido perfecto. Pero la verdad salió a la luz gracias al trabajo de mis hombres. Siempre tuve sospechas respecto al secuestro de Mya, siempre me pareció demasiado extraño que hubiera estado sin protección esa noche. Pocos días después descubrí que el secuestro había sido una completa farsa, una puesta en escena de su familia para engañarnos y empujarnos a dejar el negocio. Excepto que la situación se les había escapado de las manos y

Mya, a la cual no debían tocarle ni un cabello, había muerto durante uno de los traslados. Un accidente: había sido alcanzada por una bala perdida disparada por error.

—¡Dios mío!

—Kenneth estaba engeguado por el dolor, pero cuando tuvo que elegir, eligió a su familia. Sin embargo, nunca me perdonó del todo. Hay una parte de él que aún me odia profundamente, estoy seguro.

—¿Y los Leone?

—Deberíamos haberlos asesinado uno a uno por su engaño. Sin embargo, habría sido una matanza sin fin y, perder una hija en sus propias manos, ya era un castigo terrible. Decidimos que la única consecuencia sería continuar participando a la fuerza en el acuerdo que querían evitar y luego interrumpir nuestras relaciones. Habíamos demostrado nuestra superioridad y adquirimos Goldstrike gracias a su colaboración forzada. Nos habían engañado pero el precio que pagaron fue demasiado alto.

Era una historia terrible. Me acerqué a él y lo abracé. Quería transmitirle todo mi amor, incluso si sabía que no bastaría para aliviar ese profundo sentimiento de culpa que él debía experimentar.

—Nunca te he ocultado lo que soy, Gemma.

Levanté la mirada para encontrarme con el negro de esos ojos. Lo sabía y lo amaba de todos modos, a pesar de todo. Conocía la maldad de su comportamiento, era perfectamente consciente de lo que era capaz. Pero lo amaba y ese sentimiento era tan poderoso que no podía guardármelo para mí.

—Sé lo que eres, Víctor, y te amo.

Bajé con sus labios sobre los míos para tomar mi boca. Me besó con reverencia, como si para él fuera lo más preciado en el mundo. Él realmente lo era para mí, a pesar de todo.

—Hoy en el hospital me encontré con Magdalena De Blasio —dije cuando nos separamos.

Las cejas de Víctor se arquearon ligeramente. No quería hablar de ella pero no tenía intenciones de guardar secretos entre nosotros. No después de lo que acababa de confesar.

—¿Te dijo algo?

—Que vendrá a buscar los famosos regalos de la boda.

—No hay necesidad, enviaré un mensajero a su casa.

—No es necesario, no puedo escapar de situaciones como esta para siempre. Quiero enfrentarla y no hay mejor territorio que este. El mío. Deja que venga, le daré una digna bienvenida.

—No tienes que hacerlo, no tienes que demostrar nada. —Enroscó un mechón de mi cabello en su dedo y jugó con él. Estaba tenso, lo sentía.

—A ti no, estoy segura, pero tengo que demostrarme algo a mí misma. Que no le tengo miedo. Por lo tanto, pretendo recibirla. —Magdalena De Blasio había sido muy clara la última vez que nos vimos. Había dicho explícitamente que tendría a Víctor, aunque solo fuera una vez. Aprovecharía mi supuesto embarazo, cuando ya no fuera lo suficientemente atractiva para él, se le insinuaría con su cuerpo perfecto y su seducción. Nunca podría olvidar el momento en que me había enfrentado y me había hecho esa promesa.

Víctor asintió pensativo. A saber qué estaba pasando por su cabeza.

—No hacía más que mirar mi barriga. Se estará preguntando por qué no crece.

—Difundiré la noticia de que perdiste al bebé, creo que ha llegado el momento.

Esa frase despertó en mí un sentimiento de tristeza, sin que hubiera ningún motivo. No había ningún niño cuya muerte hubiera que lamentar.

Víctor se acercó a mí.

—Luego podremos poner manos a la obra seriamente —y me miró de esa manera que siempre lograba desarmarme. Estaba completamente loca por ese hombre.

Capítulo 11

Gemma

Tenía guardia en la clínica. El despertador sonó directamente dentro de mi oído sin piedad. Era hora de levantarse. La noche anterior había sido un desastre, con lo que le había pasado a Kenneth y luego la confrontación con Víctor. Sólo había dormido un par de horas.

Lo que me había contado sobre Mya era tan impactante que me quitó el sueño. Pero al mismo tiempo no podía considerarlo como algo que contrastara con su personalidad. Incluso si Mya no había muerto por su culpa, estaba segura de que cargaba con el peso de ese remordimiento todos los días de su vida. Mi juicio no tenía ninguna importancia ante lo mucho que debía sufrir.

Víctor ya se había levantado, su mitad de la cama estaba vacía. Debía darme prisa si quería relevar a tiempo a mi colega del turno noche.

A pesar de que estaba en condiciones económicas de poder comprar la clínica entera, continuaba trabajando allí como una simple enfermera, incluso después de haber tenido la posibilidad de elegir. Había sido mi decisión, era todo lo que hacía normal mi vida después del sacudón que la había atravesado. No podía pretender que convertirme en la compañera del señor de Henderson no hubiera tenido repercusiones en mi existencia. Las había tenido, pero intentaba mirar sólo la parte que quería ver. Amaba a ese hombre, sin importar lo terrible que fuera. Lo habría amado a él, no a su dinero ni a su posición.

Me metí con dificultad bajo la ducha y al cabo de una media hora estaba lista. Bajé a la cocina a beber un café. Estaba segura de que encontraría a Rachel, usualmente se levantaba bastante temprano por sus compromisos como voluntaria en el Valley.

Pero no estaba allí. Extraño, porque era una criatura de hábitos y desde que vivía en la casa

de los Caruso, nunca se había saltado el café de la mañana. Todos los días, a la misma hora. Podría haber salido de casa de todos modos, sin embargo no me sentía tranquila. Recorrí la parte del pasillo que llevaba a su consulta, la parte luminosa. Quería asegurarme de que todo estuviera en orden. Llamé suavemente a la puerta.

—¡Adelante!

Entré, sorprendida de verla en el escritorio con gafas y la mirada fija en la pantalla del ordenador. Estaba bien maquillada y peinada como siempre, con una blusa blanca de cuello amplio y la chaqueta colgada en el respaldo del sillón.

—¿Puedo hacer algo por ti, Gemma?

Me lo preguntó apartando apenas la mirada del monitor.

—No, gracias, sólo quería saber si todo estaba bien y desearte buenos días.

Me parecía una tontería decir que siempre la encontraba en la cocina y que esa mañana me pareció extraño no verla.

—Sí, todo está bien, estoy consultando con un colega en el extranjero por un caso bastante difícil que me han asignado.

—No sé si escuchaste anoche...

Se quitó las gafas y finalmente me dedicó su atención. —Tengo el sueño ligero. Era Kenneth, fui a verlo al estudio de Víctor, le tomé la presión arterial y comprobé sus signos vitales. Por esta vez se las apañará. El hígado tarde o temprano lo matará, si no lo hace una vulgar enfermedad venérea.

Rachel volvió a ponerse las gafas. Por supuesto, era obvio que lo había escuchado e igualmente obvio que había ido a comprobar cómo se encontraba su nieto. Podría haberme marchado en ese preciso instante pero sentí la necesidad de hablar. Con alguien. Y ella era la única en ese momento con quien podía hacerlo.

—Víctor me contó sobre la muerte de Mya. Fue un shock oírlo.

Rachel asintió, volviendo a centrar su atención en mí. —Era justo que te lo dijera, no tenía idea de cómo lo tomarías. Fue un momento muy doloroso para nuestra familia, puedes imaginar

la reacción de Kenneth.

Por supuesto que la imaginaba. Y además, tenía razón, era un secreto terrible que guardar y, si no lo hubiera amado verdaderamente, debería haber huido. Habría sido la reacción más obvia y razonable. Pero cuando en medio estaba involucrado el sentimiento que me unía a él, la razón se iba a freír espárragos. Siempre había sido así, desde que lo conocí.

Rachel suspiró.

—¿Víctor te dijo algo más?

—¿A qué te refieres? —¿Podía haber algo más, a parte de esa terrible y dolorosa historia?

—Sólo quería saber si te dijo algo más —respondió compungida, como si mis palabras pudieran tener una importancia vital para ella.

Rachel fijó en mí sus ojos atentos e instintivamente formulé un pensamiento inesperado. Por primera vez pensé que tal vez no la conocía tan bien como creía. Esa mujer debía ser capaz de todo.

—No, no me dijo nada más.

—Bien, vuelvo a mi investigación y tú seguramente tendrás prisa por llegar a tu trabajo.

Salí de la habitación con la clara sensación de haber sido despachada y de haberme perdido alguna pieza en ese complicado rompecabezas.

Capítulo 12

Gemma

Había comenzado mi turno en la clínica. No había cambiado mucho desde antes de mi despido forzoso. Simon seguía siendo un buen amigo, además del coordinador de enfermería, y el director había hecho un mea culpa respecto a mi despido y me trataba con guantes de seda desde que lo convencieron de volver a contratarme. Sebastian, mi ex novio, y al parecer también un consumado acosador, estaba lejos en una clínica de Tennessee donde Víctor había hecho que lo trasladaran; el señor Parker, mi paciente favorito, había muerto. Echaba de menos a ese hombre huraño, que era como un abuelo gruñón para mí, aunque no podía contar las veces que me había sacado de mis casillas con sus absurdas peticiones y quejas.

Había recorrido una a una las habitaciones a mi cargo, administrando a cada paciente su medicación, y ahora me encontraba frente a la capilla. Entraba allí de vez en cuando para hacer una breve oración, especialmente por el señor Parker, pero también por Víctor. Sabía que había mucha maldad en su vida y que él mismo era el artífice de la misma, pero de alguna manera esperaba mantenerlo parcialmente a salvo con mis oraciones. Era absurdo: si realmente hubiera existido un Dios, habría fulminado a mi hombre con un rayo en la frente, pero yo tenía fé en una misericordia que ninguno de nosotros merecía. Esa era la razón por la que a menudo me sentaba en silencio en el último banco de la pequeña capilla que se encontraba en la clínica, sin siquiera saber exactamente qué pedir.

Fue precisamente mientras estaba sentada, intentando encontrar algo de recogimiento, cuando escuché que se abrían las puertas. No me giré, supuse que debía ser algún paciente buscando un poco de consuelo espiritual. Oí el crujido de suelas de cuero en el piso de mármol. Un susurro de tela. Alguien se sentó detrás de mí.

—¿Estás orando por mí?

Habría reconocido esa voz en cualquier lugar. Un estremecimiento recorrió mi espalda. Cerré los ojos por un segundo sin darme la vuelta. Para confirmar mi sospecha, que era ya una certeza, se añadió una ráfaga de colonia masculina de aroma familiar.

—Víctor, ¿qué estás haciendo aquí? —murmuré. Miré a mi alrededor con incomodidad.

—Tenemos que hablar.

Ese tono hizo que me tensara. —Precisamente ahora...

—Volví a casa pero te habías marchado ya. Ayer me dijiste que verás a Magdalena De Blasio y quiero hablar contigo antes de que pueda hacerlo ella.

No me gustó esa premisa y tampoco la urgencia de esa reunión. Le había hablado de Magdalena, él había estado pensando y había llegado a la conclusión de que había algo que debía saber. No era la premisa más tranquilizadora. Venir a buscarme a la clínica, nada menos que al interior de la capilla, era algo que despertaba en mí más de una sospecha.

—¿Quieres hacerlo aquí? ¿No podemos hablar de ello en casa? —susurré sin girarme. No sabía por qué pero me sentía paralizada por el miedo. Tenía la sensación de que algo terrible se estaba precipitando sobre nosotros y no estaba segura de que tuviéramos la fuerza para soportarlo.

—Dispongo de muy poco tiempo. Chris me espera afuera para ir a una reunión importante. Esta mañana no quise despertarte y... no quiero que hables con ella antes de haber hablado conmigo.

—Haces que me preocupe.

Lo peor fue que Víctor no me dijo que no debía preocuparme y eso fue suficiente para incrementar mi nerviosismo. Sentí su rostro acercarse a mi cuello. Estaba detrás de mí, percibía su perfume y su olor. Mi cabeza daba vueltas. ¿Qué sentido tenía todo eso que estaba pasando?

—Diga lo que diga quiero que tengas en mente una cosa. —Su voz era baja, un susurro sensual.

—¿Qué? —murmuré con voz ahogada y el corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

—Que te amo —respondió con una seguridad que me desarmó completamente.

—Te amo, Gemma. Es lo único que debes tener presente. Siempre.

Esa declaración de amor, tan decidida, casi dura, podría haber sido la revelación más hermosa de ese día. De mi vida. En cambio, sentí una punzada de dolor casi insoportable.

Como una flecha envenenada que atravesó mi corazón.

Capítulo 13

Gemma

La conversación con Víctor fue como un gusanillo en mi mente toda la mañana. ¿Por qué había necesitado venir hasta la clínica para recordarme que me amaba, antes de que me reuniera con Magdalena De Blasio para devolverle los regalos?

Porque Magdalena podría haberme dicho algo que me impactara. No había otra solución a ese enigma. Pensar en esos términos no me ayudaría pero era realista. Nunca había enterrado mi cabeza en la arena y no empezaría a hacerlo precisamente en ese momento. En mi historia con Víctor había enfrentado pruebas terribles. No estaría celosa de su pasado, habría sido una estupidez. Si había habido algo entre él y Magdalena, pertenecía a un tiempo archivado que nunca volvería. Su presente era yo, nunca debería olvidarlo.

Me encontraba en la habitación de un paciente, controlando su suero, cuando Simon me sorprendió por detrás.

—Gemma, ¿puedes cubrir el turno de la tarde también? Hay que hacer una sustitución imprevista y, si pudieras quedarte, me harías un favor.

—Sí, ningún problema. Entonces iré a comer algo —respondí.

Acababa de sentarme en el bar de la clínica con un sándwich caliente, cuando mi teléfono sonó. Penélope.

—¡Pen, hola!

—Hola, ¿estás sentada?

—Sí, ¿por qué?

—Necesito hablar contigo, pero no por teléfono.

—Oh, Pen, ¿empezamos de nuevo? ¡La última vez que me dijiste algo así, encontré un gato

colgado en la cerca de casa! —Ese recuerdo era indeleble en mi memoria. Una de las macabras estratagemas de Sebastian para inducirme a dejar a Víctor.

—No es nada de eso, es algo bonito, pero quiero decírtelo en persona. ¿Podemos vernos?

—Tengo un doble turno, si te parece bien esta noche estaré libre después del trabajo.

—¿King bar?

—Está bien, ¡pero ay de ti si no es una sorpresa hermosa!

El King Bar siguió siendo nuestro refugio secreto, a pesar de que ahora podía permitirme clubes de otro tipo. Pero me había encariñado con ese lugar cercano a mi antigua casa, donde Penélope y yo nos consolábamos mutuamente cada vez que algo malo ocurría.

Llegué antes que ella y ordené el habitual *vodka lemon*. Cuando Pen entró, hizo que la mitad masculina de la clientela del lugar -y no sólo ellos-, se giraran. Tenía el cabello de una tonalidad de rosa claro, su acostumbrado flequillo, sus labios hinchados -como siempre- y un par de pantalones cortos de mezclilla sobre sus medias negras. Con las botas militares negras y la chaqueta de piel parecía una niña. Era una niña, después de todo. De veinte años de edad.

Se desplomó en la silla frente a la mía. Una ráfaga de perfume a fresa y vainilla me golpeó.

—¡Ah, qué bonita es la vida!

—¡Hola a ti también! —Verla tan feliz me reconfortaba el corazón. Atrás había quedado el tiempo en que acabó en las garras de un usurero por haber decidido aumentarse los senos, a pesar de que definitivamente no disponía de la suma necesaria para la intervención.

—Tengo que contarte algo maravilloso.

—¡Lo había adivinado!

Llamó a la camarera y esperamos pacientemente a que ella también tuviera una copa. Luego levantó el vaso y lo hizo chocar contra el mío.

—Estaba tan preocupada, pero todo fue sencillo. ¡Por la simplicidad! —y bebió un sorbo mientras yo hacía lo mismo, mirándola confundida.

—Es todo muy lindo y este cóctel está buenísimo, pero tal vez si pudieras explicarme por

qué brindamos...

—Por mí y por Chris —dijo con los ojos brillantes.

—¿Mi Chris?

—Mío, querrás decir. Me armé de valor y ayer lo llamé. Era temprano por la mañana, un horario completamente inapropiado, pero ni siquiera me había dado cuenta. Lo invité a salir conmigo y él aceptó de inmediato. Estaba tan preocupada por qué decir, qué hacer, si le gustaba o no. Sin embargo, cuando abrí la puerta de casa pensé...

—¿Qué?

—Pensé que nunca antes había querido tener sexo con alguien como con él... y prácticamente le salté encima.

—¿Qué?

—¿Acaso sólo sabes repetir esa palabra?

—No, es que simplemente no puedo imaginar a Chris enrollado con alguien.

Pen tenía una luz especial en sus ojos.

—Estaba tan preocupada, nerviosa. Temía no decir cosas lo suficientemente interesantes, me horrorizaba la idea de no hacer los movimientos correctos. Y en lugar de ello, el primer pensamiento que tuve cuando abrí la puerta y lo vi, fue que quería ser suya y quería que él fuera mío. Me pareció lo único que podía ofrecerle en ese momento, lo único bueno, y lo hice. En resumen, lo hicimos.

De repente se puso roja y definitivamente eso no era propio de ella.

—¿Y cómo fue?

—De una manera que no te imaginas. Él es... algo increíble y además allá abajo... ¡es inmenso!

—¿Inmenso? —Di un sorbo a través de la pajilla, tratando de imaginar a Chris allá abajo. Por supuesto, era macizo por todas partes, a pesar de no ser particularmente alto. No sería de extrañar que tuviera una herramienta respetable debajo del cinturón.

—Entonces diría que fue bien.

—Oh, fue tan abrumador. Tú sabes que he tenido sexo con mucha gente, pero él es algo diferente.

—Ciertamente lo es, ¡aunque sólo sea por el trabajo que hace!

—No, no lo digo por eso, lo que siento con él es diferente. Quiero gustarle a toda costa. Yo... no quiero perderlo, Gemma. —Lo dijo con un brillo en sus ojos, algo que me hizo comprender que realmente estaba abriendo su corazón.

—¿Por qué deberías perderlo?

De repente se ensombreció. —Porque seguramente me he equivocado de táctica, debí haberlo hecho suspirar, no entregarme a él en la primera cita. Ahora habrá tenido lo que buscaba y quizás ya no me quiera.

No conocía muy bien a Chris, pero estaba segura de que no pensaba de un modo tan superficial.

—¿Te lo dijo él?

—No. Pero sé que los hombres hacen eso y me equivoqué, jugué rápidamente esta carta sin esperar, no sé cómo planificar una estrategia.

—Creo que estás siendo demasiado trágica. Además, ¿de qué carta hablas? Habéis hecho el amor, no menosprecies lo que sucedió.

—No menosprecio nada, es sólo que tengo miedo de haber saltado a conclusiones apresuradas, al igual que salté sobre él, ahí es donde cometí un error.

Su rostro estaba verdaderamente lleno de arrepentimiento. Tenía que abrirle los ojos.

—No cometiste un error, si eso era lo que te apetecía hacer. Además, Chris también debió haber participado, no creo que se quedara inmóvil como una momia dejando que te aprovecharas de él.

—Oh, para nada.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Hoy no supe nada de él y entré en pánico. —Bajó la mirada, como si se avergonzara de tener que admitir esa debilidad.

—Pero Pen, tiene un trabajo que la mayor parte del tiempo es exigente y también peligroso. ¿Recuerdas cuando metió a Sebastian en el maletero?

Una sonrisita afloró en sus labios. —¿Y quién podría olvidarlo? Me gustó desde ese momento.

—Exacto, probablemente hace cosas similares o tal vez otras. O tal vez me lleva a mí a alguna parte. No olvides que Víctor lo designó como mi guardaespaldas. Sin mencionar el hecho de que muchas veces consigo pirarme, sorteando su vigilancia, o él está ocupado con otros encargos. Y...

—Tengo miedo de que ya no vuelva a llamarme —confesó de repente. Eso es, habíamos llegado al meollo de la cuestión.

Cogí su mano. —En mi opinión le gustas mucho, me di cuenta desde el primer momento en que los vi juntos y no creo que caer en sus brazos haya sido un error. Si eres tú misma, nunca te equivocarás. Recuérдалo.

Debería haberme repetido esas palabras a mí misma, además de decírselas a Pen, pero no era tan simple. Chris, por muy taciturno que fuera, era una persona sencilla y leal. Y no tenía dudas de que realmente le gustaba Pen. Víctor, por otro lado, era complicado y peligroso y, aunque lo amaba, no podía fingir que esos defectos no existían. Existían, tendría que lidiar con ellos y estaba segura de que me harían sufrir muchísimo.

Capítulo 14

Kenneth

Había pasado una semana desde la noche en la que Chris me trajo a casa aturdido y borracho. En el estado de semi inconsciencia en el que me encontraba, estaba seguro de que Víctor me había llevado a su estudio. Estaba igualmente seguro de que Rachel había acudido en medio de la noche a comprobar cómo me encontraba. No sabía si en un sueño o en la realidad, pero tenía un recuerdo muy claro de ella inclinada sobre mí, tomándose la presión arterial y haciendo gala de una serie de vulgares epítetos, que nunca había escuchado salir de su boca, pensando que no podía escucharlo.

Me recuperé prácticamente al día siguiente, pero sólo poco antes de la hora del almuerzo. Tenía un enorme dolor de cabeza, como si un martillo golpeará repetidamente mi cráneo y sentía que donde debería haber estado mi corazón no había más que una fruta arrugada. Pero esa no era una novedad y no se debía a la borrachera. Había retomado mi rutina. Sexo, alcohol, reasacas.

A pesar del malestar, estaba listo para volver al ruedo. Yo lo sabía y lo sabía mi familia, que no se sorprendería de verme llegar nuevamente en esas condiciones.

Me estaba preparando para la enésima noche de excesos. Las Vegas era grande y podía permitirme un recorrer absolutamente todos los clubes para ligar con cualquier mujer.

Cogí el Lamborghini y conduje sin dudarlo hasta el Strip.

El The Chandelier iría muy bien. En el interior, mil pequeñas luces violetas simulaban un largo y tupido telón, un efecto sugestivo y elegante. Me senté en la barra. Como siempre, ordené de beber y luego giré sobre el taburete para admirar el panorama y ver lo que la casa tenía para ofrecer. Era uno de los clubes de De Blasio, pero eso no suponía ninguna diferencia. Desde que Víctor había disuelto su vínculo con Magdalena, la relación entre Franck De Blasio y nosotros

era neutral. Se podía decir que caminaba sobre el filo de la navaja. Pero no estaba allí para causar problemas, estaba allí simplemente para follar. De hecho, para follar y luego emborracharme hasta olvidar mi nombre.

Una pelirroja natural se me acercó. Estaba escasamente vestida. Si alguien me hubiera preguntado al día siguiente cómo, seguramente no podría haberlo recordado, sólo habría recordado que eran más las partes de su cuerpo desnudas que las cubiertas.

—Oye, hola, ¿quieres compañía?

—Depende —respondí.

—¿De qué? —se rio.

—Puedes imaginarlo.

Se sentó junto a mí. —¿Puedo hacerte una pregunta?

A las que querían conversar, por lo general, las descartaba con facilidad. Sin embargo, ella no esperó a que respondiera e inmediatamente se lanzó.

—¿Te dolió hacerte eso? —señaló el tatuaje en mi cuello. Era una de las preguntas más populares. Todo lo relacionado al diseño que tenía grabado en esa parte de mi cuerpo era fuente de curiosidad morbosa. Ese diseño atraía.

—No —respondí y era cierto. Había recalibrado el concepto de daño y dolor hacía mucho tiempo. Las cosas que dolían eran otras y no tenían tanto que ver con el cuerpo sino con el alma. Había sido cosido en varios sitios y varias veces, mi cuerpo tenía más cicatrices que otra cosa, pero el verdadero dolor lo conocí dentro de mí y era insoportable.

—Tengo curiosidad por ver si tienes otros —me guiñó el ojo. ¿Tenía otros? Por supuesto, pero nunca llegaríamos al punto de verlos todos. Debería haberme desnudado por completo y era la última de las opciones que ese encuentro incluiría. Y no porque fuera un tipo púdico. Todo lo contrario. Pero no podía contemplar ni siquiera por un momento la posibilidad de tener tanta intimidad con una persona como para querer compartir un momento así. Y sin embargo, las follaba. Era una paradoja absurda. Pero para mí, la intimidad no era entrar en el cuerpo de una mujer, era darle todo de mí. Y no me quedaba nada más para darle a nadie.

—Afuera, en la parte trasera —dije sin perder el tiempo. Sonrió y giró sobre sus talones para precederme. Apuré el contenido de mi vaso y la seguí.

El frío era intenso y tenía un deseo incontenible de dar por terminada esa noche. Probablemente después del sexo no me emborracharía, tomaría algo fuerte para dormir, de todas formas estaría bien.

Atrás todo sucedió deprisa. La chica puso su mano en mi mejilla buscando mi boca, pero fui más rápido. La di vuelta, haciendo que colocara las palmas de sus manos en la pared.

—La posición será sólo esta. ¿Crees que puedes hacerlo?

Esperé la respuesta. Como siempre estaba dispuesto a dejarlo pasar, si nuestros planes no coincidían. Pero nunca ocurría. Quien estaba dispuesto a seguir a un desconocido hasta la parte trasera de un club para echar un polvo rápido, después de intercambiar apenas unas pocas palabras, no podía detenerse ante a un obstáculo similar.

—Todo lo que quieras. —Su respuesta me dejó completamente indiferente. El sacrificio, la aceptación de esa mujer como de otras, nunca me causaba nada. Era totalmente apático.

La coloqué en posición sin mucha ceremonia y, con igual rudeza, la tomé. Cada vez que sucedía tenía expectativas muy altas, pensaba que me sentiría mejor, que podría olvidar todo lo que me afligía.

En cambio, era solo una sensación temporal de bienestar, cada vez estaba peor.

Terminamos pronto. Me sentía vacío, en cuerpo y alma. Me recompuse mientras la mujer hacía lo mismo.

—Oye, ¿volverás a entrar? —escuché que me llamaba.

Me giré, no tenía ninguna intención de poner un pie en el club.

—No —respondí y me tambaleé hacia el coche.

Conduje hasta casa con la conciencia de que nada podría sacarme de esa situación, había caído en un abismo sin salida. El sexo ocasional ya no era algo que me satisficiera. Duraba cada vez menos y el placer que obtenía se hacía cada vez más miserable. Era como si cada orgasmo estuviera truncado, incompleto, envenenado.

Llegué a la villa y estacioné el auto. Mientras abría la puerta principal pensé que tal vez era hora de mudarme a otro lugar. No podía soportar la atención de mi abuela, la felicidad de Víctor y Gemma era algo que ya no podía tolerar. Probablemente no habría resuelto nada, pero también tenía la impresión de que ya no soportaba nada de lo que me rodeaba. Terminaría sufriendo en alguna otra parte. Pero solo.

Acababa de deslizar la llave en la cerradura cuando los perros comenzaron a ladrar. Estaban sueltos por la noche, como siempre. Los vi saltar hacia el alto muro que circundaba el jardín, inquietos, como si hubieran avistado a una presa.

Podía haberlos alertado la presencia de un animal salvaje o alguien que intentaba entrar en la propiedad. Rápidamente me puse en alerta, agradeciendo no haber bebido esa noche. No había nadie en casa. Rachel estaba en la ópera mientras que Víctor y Gemma, a juzgar por la ausencia de sus coches, aún no habían regresado.

Estaba solo.

Palpé la pistola que siempre llevaba en la funda pegada a mi pecho y seguí a los perros. La sensación que experimentaba era extraña, como de euforia. Por fin un estímulo. No tenía ningún tipo de miedo, a nada ni a nadie. Sólo deseaba patearle el trasero a alguien y, si ese alguien era un ladrón de gallinas o un asesino, no habría hecho ninguna diferencia. Esa noche cavaría una tumba en el desierto para quienquiera que hubiera tenido la nefasta idea de invadir mi casa. Incluso me divertiría haciéndolo.

Pasara lo que pasara, estaba listo. De hecho, mejor que no hubiera nadie en casa, podría salirme con la mía sin obstáculos. Continué siguiendo a los perros y sus frenéticos ladridos. Provenían de la parte sur. Empuñé el arma y me acerqué a la cerca. Los perros ladraban en un punto preciso, en la oscuridad, no podía equivocarme.

Había una silueta. A la luz únicamente de la luna, alguien estaba tratando de trepar por el muro perimetral para entrar en la propiedad. Me relajé un poco. Parecía un ladrón improvisado o, en todo caso, un torpe intento de entrada de un tipo de complexión delgada, tal vez un chico. Probablemente no tendría que cavar ninguna tumba, unas cuantas patadas en el trasero serían

suficientes. Me acerqué y cogí al tipo por el cuello de su chaqueta.

—¿Quién coño eres?

Le apunté mi pistola a su sien. El contacto con el cañón frío hizo que se inmovilizara de repente. No respondió.

—¡Baja inmediatamente! —Tiré de él hacia abajo con un golpe seco. Era delgado, demasiado delgado. En el momento mismo en el que volví la cara hacia él me di cuenta de que algo no estaba bien. Tuve la sensación rápidamente, como cuando de repente recibes una bofetada en pleno rostro sin esperarlo. La certeza se deslizó subrepticamente y en los márgenes de mi conciencia, hasta que la realidad venció a la sospecha. De un momento a otro todo mi mundo fue puesto de cabeza: no se trataba de un hombre sino de una mujer.

Me tomó unos segundos registrar la información que mis ojos le enviaban a mi cerebro y que mi cerebro no podía metabolizar como real. No era posible y sin embargo era así. No podía creer lo que estaba viendo.

Pero la mujer que tenía frente a mis ojos, a la que sostenía por el cuello de la chaqueta, la que estaba intentando invadir mi propiedad, era mi esposa.

Muerta.

Mya.

Capítulo 15

Kenneth

Inmediatamente me alejé, dando un rápido paso atrás, como si hubiera visto un fantasma. Había visto un fantasma. Mya estaba muerta.

Pero yo no creía en fantasmas. Ella estaba viva, justo allí, frente a mí.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

Fue lo primero que me vino a la mente y lo dije, con una voz que ni siquiera pude reconocer como mía.

—Calma a los perros —respondió atemorizada, mirando a su alrededor.

Su voz...

Sentí una especie de descarga eléctrica que recorrió todo mi cuerpo desde la cabeza hasta los pies. No la había escuchado en más de cuatro malditos años, mierda. Sin embargo, era como si siempre hubiera estado allí, presente en mis recuerdos. El tiempo solo la había desdibujado, pero volvió clara a mis oídos en cuestión de momentos.

Los perros, cierto. Seguían ladrando y rodeándola. Les di la orden para calmarlos. Las bestias obedecieron de inmediato al sonido de mi voz y se alejaron aullando.

Mya estaba a dos pasos de mí. Dos malditos pasos.

Se encontraba de pie pero encorvada, como si estuviera lista para atacar o defenderse. La cogí por un brazo, me resultó espontáneo, y la sacudí con todas las fuerzas que tenía. Luego la acerqué a mi pecho gritando, no sabía si a ella o a la nada que me rodeaba. Mi voz atravesó la noche y el silencio.

—¡Te lloré, estabas muerta! —troné.

Ella no respondió. La aparté de mí como si tuviera fiebre. Me miraba con esos grandes ojos

azules, muy abiertos sobre mí por primera vez después de una infinidad de tiempo. Palpé su rostro y luego su cuerpo como si la estuviera registrando. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo y por qué me comportaba de esa manera, pero era la única manera de no volverme loco, de asegurarme de que era de verdad, real y no producto de mi imaginación.

Quité mis manos de su cuerpo con dificultad y la cogí del brazo arrastrándola hacia casa, sin siquiera saber qué estaba haciendo. Era como un sueño. Lo único que sabía era que si la soltaba, Mya desaparecería. Mientras mantuviera su brazo apresado en mi agarre, ella estaría conmigo. Mya no opuso resistencia. Los únicos sonidos que emitió fueron los jadeos que mi paso le imponía. La arrastré por los peldaños de la escalera exterior y luego la arrojé dentro de la casa, literalmente. Cerré la puerta y encendí la luz. Finalmente me permití recuperar el aliento y mirarla bien.

Era real.

Tenía un aspecto diferente al que yo estaba acostumbrado, su cabello era más largo de lo que lo recordaba, rizado y oscuro, llegaba casi hasta su trasero. Llevaba una camisa manga larga sucia de tierra y arena. Completaban el atuendo unos jeans descoloridos y los zapatos eran un modelo de zapatillas nada femeninas. La mujer que tenía frente a mí, estaba a años luz de distancia del elegante joven retoño de los Leone, siempre con tacones, prendas ajustadas y perfume. Fuera lo que fuera lo que le hubiera pasado, ya no se parecía a la Mya que alguna vez había sido.

Mientras la miraba, sucedió algo que nunca pensé que podría suceder. En mis deseos más ocultos, después de su muerte, muchas veces soñaba que Mya podía reaparecer, aunque no sabía cómo. Por arte de magia, tal vez. En mis sueños la sostenía entre mis brazos y la abrazaba, la besaba en la boca, olía su olor que nunca había dejado de añorar. En las interminables noches solitarias que pasé, había soñado con hacer el amor con ella de mil maneras. Pero en ese momento no sentí la necesidad de hacer nada de lo que siempre había imaginado. Mi pecho se convirtió en piedra, mi cuerpo en una estatua de sal. Era incapaz de cualquier gesto de afecto hacia ella, me sentía frío y controlado, desconfiado y listo para arremeter. Me sentía traicionado

y herido.

—Ahora, ¿me explicas qué carajo pasó? ¡De dónde coño vienes!

Estaba enfadado. Furioso. Sin embargo, no debería haberlo estado.

Debería haberme sentido feliz, cogerla en brazos, hacerle dar vueltas en el aire hasta que la cabeza nos girara a ambos y cayéramos exhaustos al suelo, riéndonos, besándonos, sin poder quitarnos las manos de encima.

En lugar de ello no hice nada. Quería una respuesta a lo que estaba viviendo y no podía explicarme. Y la quería de inmediato. Pasaron ante mí las imágenes del funeral que había tenido que presenciar desde lejos, porque los Leone podrían haberme fusilado en cuanto me hubieran visto presentarme allí. No podía sacar de mi mente el momento en que bajaron lentamente el ataúd a las fauces de la tierra y la sensación de asfixia que había experimentado al ver que esta se la tragaba para siempre.

La respuesta se volvió más importante que cualquier otra emoción que atravesara mi endurecido corazón en ese momento.

—Te enterré —grité. Mya dio un paso hacia atrás, asustada, y chocó contra la barandilla de la escalera. En sus ojos, sin embargo, no había ese semblante combativo que siempre me había hecho enfadar. Había confusión y miedo.

La estaba asustando. Percibí una sensación de amarga vergüenza debajo de la rabia. Pero esa certeza no disipó mi resolución, sólo la volvió aún más obstinada.

—Quiero lavarme —dijo, como si no le hubiera hecho ninguna pregunta, como si no hubiera regresado repentinamente del reino de los muertos. Esa solicitud no debería haberme tomado por sorpresa, pero lo hizo. Una vez más, no fue formulada con ese tono autoritario que siempre había usado conmigo. Parecía asustada.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

No sabía quién de los dos era el loco, si ella o yo.

—Apesto como un cerdo. Iré a lavarme, conozco el camino, luego tendremos tiempo para hablar de todo.

Miró a su alrededor, como si no hubiera estado cuatro años y medio lejos de mi vida.

Muerta.

Enterrada.

Furioso, la cogí por un brazo y la llevé escaleras arriba. Era absurdo sentir su frágil carne bajo mis dedos, me causaba un efecto extraño, una especie de nostalgia rabiosa a la que no quería ceder y que ni siquiera quería definir. Si me hubiera detenido a pensar con calma en lo que estaba viviendo, habría concluido que estaba en una película o bajo los efectos de alguna droga.

En el piso de arriba la metí en mi habitación y cerré la puerta. Por alguna absurda razón, tenía el presentimiento de que podía escapar. No era un presentimiento, era miedo, un terror ciego. Mya miró a su alrededor. Yo simplemente no podía quitarle los ojos de encima.

Era tal como la recordaba. No habían pasado cuatro años y medio, excepto por el cabello más largo y el rostro cansado. Por lo demás, sus ojos eran siempre grandes y azules, sus pestañas largas, su cuerpo diminuto aunque oculto por la ropa. Pero era ella.

Ella, coño.

Mi esposa había vuelto y yo era tan imbécil que no podía poner ese milagro en contexto. Estaba demasiado enfadado, dolido y perdido, como para poder disfrutar. Me había perdido sin ella, esa era la verdad.

Mya rehuyó mi mirada y se dirigió directamente al baño. Estaba a punto de cerrar la puerta pero la detuve con la palma abierta, rabioso. No podía permitir que escapara de mi vista, ni siquiera por un instante. Me habría vuelto loco si eso hubiera sucedido. No verla, aunque sólo fuera por unos segundos, me habría enviado de regreso a un período de mi vida que no había sido vida.

—Olvídalo. —En mi mente pensé que no le habría tomado mucho abrir la ventana y marcharse. Miró a su alrededor como si buscara una vía de escape, pero no la había. O tal vez, era de mí de quien esperaba poder escapar. Pero no tenía sentido. ¿Qué clase de comportamiento absurdo era llegar a un lugar con intención de huir inmediatamente después?

No tenía una respuesta sensata que pudiera tranquilizarme. No podía pensar con claridad.

¿Cómo se podía hacerlo, después de todo, cuando un fantasma volvía del pasado sin ninguna explicación?

Retrocedí hasta alcanzar la cama y me senté. Era la misma cama en la que había pasado innumerables noches de insomnio preguntándome por qué, simplemente por qué. Por qué el destino había querido mutilar mi vida de esa manera, por qué Víctor me había traicionado, por qué los Leone me habían hecho eso, por qué era Mya quien había quedado en medio... los por qué eran infinitos y las respuestas nunca llegaban.

Desde allí podía tener una vista perfecta del baño. Me crucé de brazos para hacerle comprender que no me movería de ese sitio. Por ningún motivo del mundo.

Capítulo 16

Mya

No era así como debería haber sido. Todo.

Mi padre y mi hermano habían muerto apenas unas semanas antes y para mí ese trágico acontecimiento sólo había significado una cosa: libertad. Mi exilio forzado finalmente había acabado. Me habían repetido hasta el hartazgo que, si los Caruso hubieran siquiera sospechado que yo todavía estaba viva, no habrían dudado siquiera un segundo en eliminar todo rastro de mi familia. Incluyéndome a mí, probablemente. Mientras creyeran que estaba muerta, habría un frío equilibrio. Sólo por el hecho de que los Leone, culpables de haberlos engañado, habían pagado ese error con la muerte de una hija, lo cual era algo terrible. Si hubieran descubierto que en cambio yo estaba viva, estarían condenados, todos.

Lo que en mi mente parecía un plan perfecto se estaba revelando como un auténtico fracaso. Llegué a Henderson en taxi desde el aeropuerto. Recordaba perfectamente la villa en la colina donde había vivido los primeros y únicos seis meses de mi matrimonio.

Seis meses turbulentos y llenos de discusiones. Pero también de pasión y deseo arrollador. El recuerdo de ese primer período juntos era indeleble. No quería casarme con Kenneth y él definitivamente no quería casarse conmigo. La primera vez que lo vi, con ese llamativo tatuaje en el cuello, sus ojos casi transparentes y su expresión dura, pensé que un tipo así nunca podía atarse a una mujer. No parecía alguien que pudiera sentar cabeza y ser feliz. Parecía exactamente lo contrario, alguien que cambiaba de mujer como te cambias de ropa interior cada mañana. Soñaba con un hombre que me amara y no podía ser él. Kenneth era crudo, carnal, exudaba una pasión visceral y casi vulgar que lo hacía perfecto para ser un amante. Pero no un marido.

Los comienzos habían sido tormentosos. Yo no confiaba en él y él no confiaba en mí.

Después de todo, ¿por qué deberíamos haberlo hecho?

Pero el sexo... eso era lo que ponía fin a nuestras discusiones, a mis gritos y a su impaciencia. Nos bastaba besarnos para olvidar el motivo por el que discutíamos y sentirnos embargados por una pasión desenfrenada. El recuerdo de sus besos me llenó de una repentina y embarazosa necesidad.

¿En qué estaba pensando? Presentarme en su casa sin la más mínima preparación. ¡Quién sabe qué tipo de bienvenida creí que merecía después de todo lo que había pasado! Los perros habían intentado convertirme en su cena y ese hombre horrible, que era mi marido, me había cogido para llevarme a su guarida.

Tendría que haberme puesto en contacto con él primero, quizás por teléfono, hacerle saber que estaba viva, que iba a volver, darle tiempo para que se acostumbrara al hecho de que durante cuatro años y medio había vivido una mentira. Aunque no por mi culpa, sin embargo.

Pero era demasiado tarde.

Kenneth estaba diferente, ya no parecía él. Me asustaba, parecía un salvaje, con los ojos tan fríos, casi vacíos. Era exactamente tan macizo como lo recordaba, tal vez más, los hombros anchos, el pecho musculoso, una sola de sus manos era lo suficientemente grande como para poder agarrar un cuello y apretarlo hasta el final.

Tan pronto como me vio y se dio cuenta de que era yo, se puso terriblemente furioso. No se suponía que fuera así, no era como debería haberme recibido. Tendría que haberme abrazado, decirme que mi regreso era un milagro, alegrarse. Nada de eso había sucedido.

—Date prisa, no tienes todo el tiempo del mundo.

Su voz áspera me devolvió a la realidad. Parpadeé. Era real. Estaba en mi antiguo baño y mi marido quería que me desnudara allí, frente a él, que entrara en la ducha mientras él observaba. Miré a mi alrededor: allí dentro no quedaba nada que me perteneciera. Incluso el dormitorio ya no era el que solía ser. No había armario, ni cama, ni mesas de noche, ni cómoda. Sólo un triste sommier, una silla y un perchero que podía calificarse como espartano, pero hubiera sido decir poco.

Recordé que había sido difícil acostumbrarme a esa nueva casa, que no quería estar allí, no me gustaba en absoluto. Recordé que me había lavado rápidamente en ese baño, después de los veloces encuentros con Kenneth, nada romántico, solo sexo rudo e increíble.

Después de todo, él no me amaba y yo no sabía lo que sentía. No quería ser su pasatiempo, quería ser todo para él, pero sabía que eso nunca sería posible.

Un teléfono sonó en un rincón de la habitación. Vi a Kenneth inhalar rabiosamente y abandonar su puesto, seguramente para coger el aparato. Con movimientos rápidos me desnudé luchando contra mi ropa y luego entré en la cabina del baño. Abrí el grifo y fui golpeada por el agua fría que poco a poco se fue calentando suavemente.

Me olvidé de todo por un momento, disfrutando sólo de la beneficiosa sensación del calor en mi piel. Me lavé el cabello y el cuerpo, pero relajarme era imposible. Me sentía demasiado vulnerable allí dentro, desnuda, con él afuera. No tenía idea de cuáles eran sus intenciones. No había sido amable hasta ese momento y la idea de que pudiera descargar su rabia conmigo me metió una endemoniada prisa.

Cerré el agua y abrí el cristal lo suficiente para coger una toalla y envolver mi cuerpo con ella. Lo hice rápidamente y cuando levanté la vista noté que me estaba observando. Había terminado la llamada y me miraba rapazmente. No sé qué pudo haber visto, entre el cristal y el vapor, solo sabía que estaba parado e inmóvil, excepto por el movimiento de llevarse un vaso a los labios. Cogí otra toalla para mi cabello y caminé hacia él descalza.

Me hubiera encantado posponer eternamente el momento de enfrentarlo. Pero era imposible.

Lo vi inspirar, furioso. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento que olía a licor. A esa distancia, cada detalle de su rostro me pareció familiar. Dolorosamente familiar. Me hubiera gustado pasar mi mano por la curva de su nariz y la línea perfecta de sus labios. Pero me mantuve inmóvil. Por su expresión, bien podría haberme mordido.

—Ahora tienes que decirme a quién enterré.

Respiré hondo, pero no me dio tiempo de responder porque me interrumpió.

—Mejor dicho, a quién enterró tu familia, porque yo te observaba desde lejos y con binoculares. Si me hubiera acercado a tu tumba, tu padre y tu hermano me habrían acribillado a balazos y me habrían arrojado sobre el ataúd antes de cubrirlo con tierra.

Tenía razón. Sabía que al principio le habían achacado la culpa de mi presunta muerte porque su familia no había querido ceder al chantaje y retirarse de la adquisición de Goldstrike. Pero luego, su engaño se descubrió y mi padre y mi hermano se salvaron sólo porque ya estaban afectados por la tragedia de mi muerte. Habían inventado que había ocurrido accidentalmente, una bala perdida disparada por error durante uno de los traslados a los que me habían sometido.

—Es complicado, ¿por el momento no puedes contentarte con saber que estoy viva y alegrarte por ello?

Sabía que no se contentaría con nada del mundo, pero al menos tenía que intentarlo. Kenneth bebió otro sorbo y me miró con un interés inquietante. Probablemente era su alternativa a ponerme las manos encima. Habló lentamente pero con una calma que resultaba casi feroz.

—Después de tu secuestro, odié a mi hermano por no pagar el rescate. Estuve a punto de matarlo. Sin embargo, luego tuve que agradecerle, cuando descubrí que tu familia estaba detrás de esto. Que te prestaste a su juego. Para estafarme. Lo único que salvó a los Leone de la matanza fue que te habían perdido, en sus propias manos. Tu muerte fue el único motivo por el cual no cargamos contra ellos.

Las palabras salieron llenas de veneno. Era inútil replicar, porque parte de lo que decía era cierto. Pero parte no, aunque hacérselo entender hubiera sido una tarea imposible. No me había prestado a su juego, también era una víctima y, a pesar de que no lo creía posible, debía luchar para afirmar mi verdad. Había venido para ello, después de todo.

—Realmente fui secuestrada —respondí con los dientes apretados. Recordaba perfectamente esos momentos y revivirlos era como reabrir una herida y echarle sal. No estaba lista para hacerlo, pero tenía que. Ante mí pasaron las imágenes de la cena en el Luxor con mi amiga, la furgoneta negra de la que habían bajado dos hombres, el pañuelo con cloroformo presionando mi nariz y luego nada más.

—Un montaje de tu familia para engañar a la mía —escupió disgustado.

De repente, la rabia me atravesó de la cabeza a los pies, haciéndome difícil incluso pensar con claridad. Hablé con dificultad, abrumada por una furia que no creía poder sentir.

—Estaba a oscuras sobre todo.

—Me cuesta creerlo —dijo también él con los dientes apretados y los ojos llenos de rencor.

—Tu familia me habría dejado morir...

Las palabras quemaron en mi lengua como veneno. El hombre que tenía frente a mí y que había prometido ante Dios honrarme y respetarme todos los días de su vida, se había librado de mí como se hace con un trapo viejo.

Sentí su poderoso agarre triturando mi brazo. —Estás diciendo eso porque no había ningún rescate que pagar, por la sencilla razón de que el secuestro era falso. Mi hermano hizo lo mejor que pudo y yo estuve dispuesto a matarlo. No te atrevas a venir aquí, después de hacerme creer que estabas muerta, a decir que te hubiera dejado morir, porque no pienso permitirlo. ¿Qué viniste a hacer, Mya? Y tienes que decirme la verdad.

El miedo por esa reacción y la confusión de sus palabras me paralizaron por un momento. ¿Cómo podía decirle que en cuanto tuve la oportunidad, escapé de la clínica donde mi familia me había encerrado para regresar a él, a pesar de todo? No podía, no después de ese recibimiento.

Me encerré en un mutismo obstinado, esperando que pasara a la siguiente pregunta, pero Kenneth no era esa clase de persona. Nunca desistiría, era como un mastín firmemente aferrado a la presa. Cogió mis brazos y me sacudió.

—¡Dime qué coño has venido a hacer! —Pronunció las palabras con ferocidad, con la línea de su mandíbula temblando de rabia. Estaba segura de que se estaba dominando, pero no sabía hasta qué punto sería capaz de hacerlo.

No respondí y por un momento temí que verdaderamente pudiera hacerme daño.

—Quiero un abogado —solté en medio de la confusión y el miedo.

Mi farol lo hizo reír, pero fue una risa extraña, amenazadora.

—Tienes que estar loca. Todo lo que tendrás, será a mí, *querida*.

Lo dijo con tanta maldad que me causó escalofríos.

Estaba atrapada, acabada. Pasaron momentos interminables.

Escuché claramente un ruido proveniente de abajo. Ya no estábamos solos en casa, alguien había regresado.

Así como yo lo había oído, lo había oído también él.

—Ni siquiera lo intentes —me fulminó con la mirada.

Pero tenía que intentarlo o no sobreviviría. Respiré hondo y comencé a gritar con todas mis fuerzas.

Capítulo 17

Gemma

¿Era un grito proveniente del piso de arriba? Inmediatamente me volví hacia Víctor y ambos nos miramos, mudos. Sin decir una palabra, Víctor subió la escalera mientras yo intentaba seguirlo de alguna manera. Pero no era simple. Sus piernas eran más largas que las mías y me costaba tan sólo igualar su ritmo.

—Quédate aquí —ladró, pero eran palabras desperdiciadas, yo ya estaba detrás de él.

Una voz femenina y alterada llegaba desde la habitación de Kenneth. Había una mujer con él y tal vez le estaba haciendo daño. En esa fracción de segundo imaginé los peores escenarios. Kenneth no era una persona estable, había tenido la oportunidad de experimentar eso en primera persona desde que lo conocí. Siempre intentaba no quedarme a solas con él y Víctor tampoco lo permitía.

En los pocos segundos que me tomó subir las escaleras, las peores alternativas se delinearon en mi mente. Imágenes de cuchillos, sangre y armas explotaron en mi cabeza como un castillo de naipes resbaladizos e ingobernables.

Me encontraba detrás de Víctor, quien no se giró ni una sola vez para ver si lo estaba siguiendo. Sabía perfectamente que no podría haber obedecido su absurda orden.

Abrió la puerta de par en par y lo que vi me tranquilizó por un momento.

Al siguiente, una inquietud sofocante se apoderó de mí.

Kenneth estaba en el centro de la habitación, sosteniendo a una mujer por el brazo. Era pequeña, en comparación con el enorme cuerpo de él, y significativamente más baja, una cascada de rizos negros mojados caía sobre sus hombros y una toalla se envolvía firmemente alrededor de su cuerpo. Tenía ojos azules, grandes y asustados, y miraba hacia nosotros como si

pudiéramos ser su salvavidas.

Víctor permaneció inmóvil con la mano cerrada en el pomo de la puerta y en un instante liberó todo el aire que había estado reteniendo en sus pulmones. Lo vi palidecer. Kenneth nos miró, pero era como si no nos viera y no daba indicios de querer soltar a la mujer. Ella continuaba mirándonos fijo. Fui yo la primera en hablar, interrumpiendo ese absurdo punto muerto.

—¿Qué está pasando?

La voz de Víctor llegó como un hacha que caía sobre un tronco de madera. Seca. Precisa y cortante.

—Gemma, te presento a Mya, la esposa de Kenneth...

Las palabras de Víctor fueron como un puñetazo en el estómago. Pero, ¿no estaba muerta? Pasaron interminables segundos en los que probablemente todos se hacían la misma pregunta.

—...que ahora deberá darnos algunas explicaciones.

Mya.

Nunca había visto ni una foto suya en la casa, no había rastros de su paso ni de su existencia en villa Caruso. Era sorprendentemente hermosa, con tez pálida y cejas pobladas sobre ojos que parecían gemas. Tenía un semblante decidido en la mirada y un aire casi altivo, a pesar de todo.

Los ojos de Mya se abrieron mucho, como si prefiriera quedarse en manos de su verdugo a explicar su presencia. Estaba tentada de intervenir pero el instinto me decía que permaneciera en mi lugar.

Kenneth, por su parte, tenía el aspecto de un tigre enjaulado, preparado para saltar si dábamos un paso en falso.

—Estoy cansada, viajé desde Canadá, vuestros perros casi me mastican, ¿podría descansar un poco y enfrentar todo esto mañana? ¿No os basta saber que estoy viva y tal vez mostrar un poco de.... alivio por ello? —Miró a Víctor quien no tuvo tiempo de responder porque Kenneth inmediatamente replicó, sin dudarlo.

—Tú y la palabra alivio sois incompatibles en la misma frase. Ni siquiera lo sueñes, ahora

mi hermano y Gemma saldrán de aquí y tú me contarás toda la maldita verdad. De principio a fin, aún si tenemos que quedarnos hasta que amanezca.

Fue la forma en que lo dijo lo que me hizo temblar, así como el terror que leí en los ojos de Mya. Intervenir me resultó espontáneo. Me tragué el miedo y la maldita educación que siempre me mantuvo en mi lugar. Pasé por delante de Víctor y entré en la habitación, parándome junto a Mya.

—No creo que cambie nada si descansa un poco en la habitación de invitados y mañana por la mañana os lo cuenta todo. Ya casi amanece, son solo unas cuantas horas, demuestra algo de humanidad. Te lo ruego.

Sabía que estaba osando demasiado porque Kenneth me miró con fiereza, tanto que Víctor sintió el deber de dar un paso adelante. El ambiente se caldeó, sabía que mi hombre no permitiría que Kenneth me atacara. De ninguna manera. Lo había jurado una vez y yo le creía. Pero también era cierto que estaba invadiendo su territorio, donde no debería haber interferido.

—Hagamos lo que dice Gemma. Lleva a Mya a la habitación de invitados. Que se recupere un poco.

La orden de Víctor fue perentoria pero no sabía si Kenneth obedecería. Pasaron los diez segundos más largos que hubiera tenido que soportar, luego Kenneth se dirigió silenciosamente hasta el baño y regresó con algo en la mano. Con sorpresa vi que se trataba de un par de esposas. Tragué. ¿Quién tenía esposas en su baño? No sospechaba siquiera que tuviera cosas así, pero debía admitir que no lo conocía en absoluto.

—Te daré unas horas de descanso. Pero nada más.

Y con las esposas tintineando en su mano, la escoltó fuera de la habitación.

Capítulo 18

Víctor

No había pegado un ojo en casi toda la noche. Mi vida era un continuo oscilar entre peligros y situaciones difíciles de gestionar, pero últimamente la tela de la araña se había espesado aún más. Se había vuelto algo inmanejable.

El hecho de que Mya estuviera viva era impresionante. Gemma no podía entender, ella no había estado presente en la agonía de Kenneth. Me atacó y casi me mata cuando descubrió que me había negado a ceder a las exigencias de los presuntos captores. Se había visto obligado a asistir al funeral de su esposa desde lejos, a riesgo de que su suegro y su cuñado le hubieran disparado en cuanto lo vieran. Había recibido innumerables condolencias de familias de toda Nevada.

Finalmente, como si fuera poco, había descubierto que los Leone estaban detrás del secuestro y que únicamente había sido una farsa. Sólo que Kenneth y yo habíamos experimentado esa tragedia dentro de la tragedia y la herida que se creó en él nunca había sanado por completo.

La idea de lo que había detrás de la repentina reaparición de Mya y el peligro que su regreso podría representar para nosotros me consumía. Me inquietaba la reacción de Kenneth, que siempre vivía en un equilibrio precario, listo para caer en el abismo.

No tenía que pensar en ello, de lo contrario habría desperdiciado también las pocas horas de sueño de las que disponía.

Me giré en la cama por enésima vez, tratando de ahuyentar los pensamientos sobre el sitio de Goldstrike. Aún quedaban muchos asuntos por resolver, entrevistas con las familias para garantizar la paz, mediaciones que llevar a cabo para evitar inútiles derramamientos de sangre y

castigos ejemplares que impartir para quienes se olvidaban de que eran los Caruso quienes dictaban la ley en Las Vegas.

Miré a Gemma que descansaba con la cabeza apoyada en mi pecho. De repente, todos los deberes se evaporaron como nieve al sol, cada pensamiento fue barrido por la visión de ella. Dormía desnudo y Gemma estaba justo encima de mi corazón. Su cuerpo se presionaba contra el mío, cálido, dulce, acogedor. Yo era duro y anguloso, ella suave y persuasiva. Posé un beso en su frente y se acurrucó aún más cerca de mí. Amaba cuando me abrazaba, me hacía sentir como lo más importante del mundo para ella era. Tenía que protegerla, de todo y de todos, asegurarme de que nada de lo que me concernía llegara a cubrirla. Nunca lo hubiera permitido.

El sueño me invadió al amanecer y sumergirme en él fue algo maravilloso, como ahogarme suavemente en un mar de paz que hacía tiempo que no experimentaba. Que no merecía por la clase de hombre que era.

A las seis me desperté con la frente perlada de sudor. Un sueño que no podía recordar me había llenado de angustia. Gemma ya no estaba pegada a mí, me daba la espalda y dormía plácidamente. Ya no podía continuar en la cama, tenía demasiadas cosas que hacer, demasiados asuntos que atender.

Manejar el regreso de Mya, ante todo, incluso si Kenneth no cedería ni un milímetro, estaba seguro de ello. Sería algo con lo que querría lidiar él. Yo sólo podría limitar los daños y no tenía idea de cuántos serían.

Seguramente, su equilibrio, ya precario, había desaparecido por completo. Urgía descubrir cuáles eran los planes de Mya, qué quería de nosotros. Esa mujer era una astuta manipuladora y, aunque su padre y su hermano estaban muertos, la familia Leone no se había extinguido. Sus primos habían cogido en sus manos las riendas del negocio y podían representar una espina en el culo.

Me levanté silenciosamente para no despertar a Gemma. Tomé una ducha y me vestí. Traje elegante y camisa blanca. Me calcé los mocasines y salí de la habitación sin hacer ruido.

Los problemas eran muchos y en varios frentes. La única solución era enfrentarlos uno a la

vez con la habitual frialdad despiadada. El hecho de que Mya hubiera reaparecido repentinamente no había borrado lo que había descubierto unos días antes y que era de extrema gravedad.

Necesitaba poner manos a la obra.

La persona con la que debía encontrarme se levantaba siempre temprano, era hora de enfrentarla. El olor a café me guió hasta la cocina, pero estaba vacía. No tenía ganas de poner nada en mi estómago. Llegué a su estudio, llamé a la puerta y entré sin esperar respuesta.

Rachel estaba detrás del ordenador, perfectamente vestida, maquillada y peinada como siempre. Se quitó las gafas de lectura, dedicándome toda su atención.

—Tenemos que hablar —fue lo primero que dije, saltándome por completo el *buenos días*. No era en absoluto un buen día, era un día de guerra.

—Te ha tomado tiempo. —Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Me daba náuseas y al mismo tiempo sentía que algo nacía dentro de mí, una cólera incontrolada que subía como la marea y se apoderaba de mi intelecto, quitándome todo poder de razonamiento.

Respiré profundamente una vez para calmarme.

—¿Cuándo lo descubriste? —pregunté secamente.

Rachel se meció en su sillón giratorio.

—¿Que Riko trabajaba para los Espinoza? Hace unos dos meses.

—¿Cómo?

—Fue una coincidencia. Creo que se debió fundamentalmente al hecho de que me subestimó. Ya sabes, la abuela que chochea, obsesionada con la ropa y el cabello, deambulando por la casa y que quizás tampoco escucha demasiado bien. Nunca hablamos mucho él y yo. Algunas palabras y eso era todo. Lo sorprendí al teléfono, una noche mientras paseaba por el jardín a la luz de la luna. Escuchaba una nota de voz y enviaba otra. Me quedé inmóvil detrás del tronco de un árbol. Creo que, si me hubiera visto, no estaría aquí contándotelo ahora.

Me senté frente a ella intentando deshacerme de ese deseo absurdo de tomar el pisapapeles de mármol y arrojarlo contra la superficie de cristal de la mesa para desahogar toda la rabia que

sentía.

—¿Y qué hiciste en ese momento? —pregunté conteniéndome.

Me estaba dominando a mí mismo. Era un ejercicio ese también. Quería verificar si escuchar todo de su propia voz podía atenuar un poco ese sentimiento de rabia que experimentaba. Por una parte lo esperaba.

—Fui a ver a Eric y le pedí que eliminara a Riko. Se suponía que tenía que ser algo simple e indoloro. Su mujer no debería haberse visto involucrada. Pero sucedió, así como sucedió que tú resultaste herido, debido a un error de las personas que contrató. —El relato de mi abuela fue tan lúcido que por un momento quedé impresionado. Vi en ella mucho de mi propia manera de hacer las cosas. Su fría compostura, ese aire de superioridad, de acuerdo al cual todos los demás estaban un escalón por debajo de nosotros. Por un momento me sentí casi desorientado.

—Los dos de la moto los enviaste tú, a través de Eric. No querían matarme a mí, querían matar a Riko —concluí. Era la frase que había dado vueltas en mi cabeza infinitas veces desde que Kenneth me lo había contado. En esas pocas palabras se encerraba una verdad incómoda y para mí intolerable.

—Exactamente.

A continuación venía la parte dolorosa y complicada.

—Ahora explícame por qué no acudiste a mí o a Kenneth y tuviste que mantener esto en secreto.

La vi respirar hondo, debía ser difícil para ella también.

—Sé que te resultará difícil de creer pero no quería que pasaras por esto...

No le di tiempo para terminar la frase. Cualquier cosa que hubiera dicho no lo habría tolerado, pero menos aún el hecho de que no me considerara capaz de afrontar las dificultades. Barrí con una mano todos los objetos que tenía sobre el escritorio y ella retrocedió asustada.

—Hago cosas peores cada día. ¿Crees que mis manos no están manchadas de sangre? Deberías saberlo. No me vengas con estas mierdas. Pasaste sobre mí, tomaste decisiones de vida o muerte que no te competen, ignoraste mi rol, Rachel. Y lo que es más grave, me impediste

saber quién conspira contra mí. Gracias a tu iniciativa, nunca hubiera sabido que los Espinoza me quieren muerto.

En ese momento debía agradecerle a Dios que tenía presente que era mi abuela, sangre de mi sangre. Una ofensa así, cometida por cualquier otro, nunca habría sido perdonada.

—Los enemigos están en todas partes, siempre estarán ahí. Y además... lo hice por ti —respondió simplemente, como si pudiera ser la verdad. No podía comprender una respuesta así, no era posible. Era la viuda de un jefe de familia despiadado, había sido la madre de un *capo* sanguinario que había muerto prematuramente. Mi abuela tenía una piedra en lugar de corazón.

Ignoré el dolor que me provocó su respuesta, primero tenía que reunir toda la información.

—¿Y Kenneth? ¿Por qué no se te ocurrió involucrarlo?

—Tu hermano es un sujeto borde, Víctor, ¿cómo no te das cuenta? —Lo dijo sin ningún tipo de favoritismo y sin piedad. Pero yo me daba cuenta, vaya que sí.

—Nunca jamás podría haber contado con él para algo así. Desde que Mya murió...

Respiré hondo y liberé el aire.

—Mya no está en el cementerio de Henderson, sino en el piso de arriba.

Rachel palideció y me miró con un estupor que nunca había visto en su rostro. Difícilmente se podía sorprender a alguien como mi abuela y esa era una de esas raras ocasiones. Se sostuvo del escritorio para no caer, a pesar de que estaba sentada.

—¿Qué estás diciendo?

—Que se presentó aquí anoche y que ahora mismo está en la habitación de invitados, esposada a la cama, esperando a ser interrogada.

Rachel se levantó de un salto y se dirigió al carrito de los licores. Se sirvió dos dedos de líquido ambarino y lo bebió todo de un trago. Y era apenas de mañana.

—Buen Dios... —murmuró. Y bebió de nuevo.

—Eso realmente no cambia el asunto que vine a discutir contigo.

—Pero, Mya...

—Es sólo otro problema del que nos ocuparemos más tarde. Ahora tenemos que hablar de

esto. —Sentía ganas de romperlo todo, de tener respuestas, de saber por qué se había comportado de esa manera. Había traicionado mi confianza, mi estima por ella se había derrumbado de repente. Pero no podía expresar ninguna de esas emociones, sentía el fuego dentro y por fuera estaba frío como el hielo.

—Comprendo que puedo haberte causado un disgusto, pero sólo actué para evitarte uno mayor.

Inspiré impidiéndome responder o no podría haberme controlado.

Se aclaró la garganta. —Entonces, tengo que asumir que fuiste tú quien hizo golpear a Eric así.

—No, le debo a Kenneth el haberme enterado. El estado en el que se encuentra Eric es obra suya. En lugar de ir al hospital, podrías haber ido a visitarlo al cementerio.

Él también era culpable, por haber obedecido a Rachel en lugar de venir a mí. Traicionado por la sangre de mi sangre y por los amigos.

Me levanté, incapaz de permanecer más tiempo en esa habitación.

—¿Qué harás?

—No puedo vivir rodeado de personas que no reconocen mi papel.

Era así, no sabía qué hacer con Eric. Mucho menos con Rachel.

El instinto me decía que lo eliminara a él y la alejara a ella, pero tenía que pensarlo detenidamente. A pesar de que habían pasado varios días desde que me había enterado de la noticia, todavía no tenía la claridad mental para pensar en ello sin sentirme invadido por la furia.

En ese momento oí un ruido en el pasillo, había alguien allí.

Sin esperar ni un minuto más, abrí la puerta.

Capítulo 19

Gemma

Víctor estaba abajo y alguien había preparado café. Podía oler su persistente aroma.

Eran poco más de las seis de la mañana y su lado de la cama aún no se había enfriado por completo. Me puse la bata y bajé. Quería darle los buenos días, hablar aunque fuera por un momento de lo que implicaría la repentina llegada de Mya. ¿Cómo cambiarían las relaciones con los Leone? Su padre y su hermano estaban muertos, pero había otros familiares y la intempestiva reaparición de la esposa de Kenneth habría provocado sin dudas la ruptura de un equilibrio ya de por sí precario. ¿Habría nuevas venganzas y derramamientos de sangre? En mi corazón era la circunstancia que más temía.

Bajé descalza, el mármol estaba frío pero quería ser silenciosa. Me dejé guiar por el olor y llegué a la cocina. El café efectivamente se encontraba hecho, pero Víctor no estaba allí. Tomé una taza y abandoné el lugar para comprobar si tenía más suerte para localizarlo en su estudio.

Salí de la cocina y me giré hacia la parte del pasillo que llevaba a la consulta de Rachel. Me pareció que de aquella dirección provenían voces. Me acerqué de puntillas y fue en ese momento cuando escuché claramente el timbre de su voz. Víctor, decidido, autoritario como sólo él podía serlo.

Estaba allí dentro con Rachel, con cualquier otra persona se habría reunido en su propio escritorio.

No pude evitar acercarme más para intentar captar fragmentos de su conversación. Un presentimiento oscuro y negativo se extendió dentro de mí como una mancha de aceite y devoró mi tranquilidad.

—Comprendo que puedo haberte causado algún disgusto, pero sólo actué para evitarte uno

mayor.

La voz de Rachel sonaba genuinamente arrepentida. Era extraño, ella nunca tenía un comportamiento tan sumiso, siempre era combativa, orgullosa.

—Entonces, tengo que asumir que fuiste tú quien hizo golpear a Eric así.

Me llevé una mano a la boca. ¿Había sido Víctor? ¡Si la orden había venido de él, debía haber sido Chris quien lo había dejado al borde de la muerte! Mis piernas empezaron a temblar y tuve que sostenerme del marco de la puerta para no caerme.

—No, le debo a Kenneth el haberme enterado. El estado en el que se encuentra Eric es obra suya. En lugar de ir al hospital, podrías haber ido a visitarlo al cementerio.

—¿Qué haras?

—No puedo vivir rodeado de personas que no reconocen mi papel.

Ese fue el momento en el que perdí el control, la taza escapó de mis manos y rodó por el suelo. El café caliente inundó el suelo y salpicó la puerta cerrada. El ruido fue tan fuerte que era imposible ignorarlo, sería cuestión de momentos antes de que Víctor abriera la puerta. No tenía margen de elección, en ese poco, poquisimo tiempo nunca hubiera podido alejarme de allí ni tampoco esconderme. Permanecí a la espera de mi destino quieta, inmóvil.

Víctor abrió la puerta de repente. Lo encontré frente a mí con la misma mirada de la noche en que lo hirieron, en mi casa, cuando estaba a punto de llamar al novecientos once y él me apuntó con su arma. La misma feroz determinación. Descubrir que era yo no hizo que su expresión se suavizara ni siquiera por un instante. Me miró a mí y luego al desastre que había causado. La taza se había roto y el café se había derramado por el suelo, manchando el mármol, la puerta y la pared.

Me observó fijamente con un brillo extraño en los ojos, una mezcla de reproche y furia hirviendo en su interior.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Nunca me hablaba de esa manera tan autoritaria.

—Lo oí todo —respondí, tragándome la preocupación. No tenía miedo de lo que pudiera hacer, sino de las consecuencias de lo que acababa de descubrir.

—No son cosas que te incumban.

—¿Qué no me incumben? ¿Que Kenneth casi mata a Eric? ¿Y qué tiene que ver Rachel con esto? —No pude evitar estallar. Estaba cansada de que me mantuvieran a oscuras. Se trataba de algo que involucraba al hombre que se había convertido en mi familia. No podía vivir con él y ser excluida de hechos tan importantes.

—No debes entrometerte en los asuntos de la familia.

Lo dijo con tono frío y su mirada no vaciló ni por un instante.

—Lástima, pensaba que yo era tu familia, Víctor.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, a mi pesar. Era verdad. Creía que había conquistado un espacio especial en su corazón, pero evidentemente era cierto sólo lo contrario. Era él quien había ocupado la parte más importante de mi ser. Era yo quien consideraba especial nuestra relación.

Esa certeza me envenenó con una amargura que nunca antes había sentido. Tenía el sabor de la decepción y la traición.

Detrás de él, Rachel se había puesto de pie y podía ver su figura, pero Víctor obstruía la mayor parte de mi campo visual.

—Tiene derecho a saber —dijo. Y sus palabras me hicieron aún más daño. Rachel era sangre de su sangre. Yo nunca me acercaría a una relación así, nunca ocuparía una posición de privilegio de ese tipo. Siempre estaría un paso atrás, si no dos.

Víctor se volvió, fulminándola con la mirada.

—En esta familia, hasta que se demuestre lo contrario, mando yo y no dejo que nadie me diga qué hacer.

Cayó un silencio que se sentía como hielo, el mismo hielo que parecía haber detenido a mi corazón. Sentí que estaba viviendo una pesadilla, tenía la impresión de que meses de relación habían sido arrojados a la basura en tan solo un instante: el que estábamos viviendo.

—Nonna, manténte en tu lugar. Y tú, Gemma...

Cuando se giró hacia mí vi un torbellino de emociones arremolinándose dentro de él,

ninguna de las cuales logró salir por completo.

—Si quieres ser parte de mi vida, conoces las reglas.

Y se fue, dejándome con el corazón hecho pedazos.

Capítulo 20

Mya

A diferencia de lo que hubiera pensado, logré dormir. Mejor dicho, había colapsado, exhausta. Después del vuelo, de llegar a Henderson, de ser acorralada por los perros, de haber enfrentado a Kenneth, me sentía extenuada. El simple hecho de estar bajo su mismo techo, aunque no me quisiera y probablemente me odiara, había sido como tomar un tranquilizante. Luego de meses, incluso años, por primera vez me quedé dormida con la certeza de estar finalmente a salvo. Y era absurdo, considerando las circunstancias. Pero era así, lo sentí muy adentro de mi ser. Nunca me había sentido tan segura cuando estaba en Canadá, jamás.

Volver a ver a Kenneth había sido un disparo al corazón. Lo recordaba, por supuesto, sin embargo la realidad superó la imagen de él que había conservado en mí. Cuatro años lo habían hecho más duro, pero también más fascinante y oscuro. Verlo me turbó, ese era el sentimiento que había experimentado. Era como si tenerlo enfrente hubiera encendido una llama en mí, como un calor insoportable que se apoderaba de mí cada vez que posaba mis ojos en él. Los suyos, sus ojos, estaban siempre llenos de resentimiento, pero también de un fuego que sabía era pasión ardiente. Cuando su mirada me tocaba tenía el poder de encender todas mis terminaciones nerviosas.

Kenneth me había *arrojado* literalmente a la habitación amarilla, ese dormitorio anónimo de invitados con tonos crudos, que no era ni para hombres ni para mujeres. Nunca me había gustado la habitación amarilla, la encontraba horriblemente impersonal. En los pocos meses en los que había vivido en esa casa, nunca había hospedado a nadie y yo, que la odiaba, había acabado precisamente allí.

Kenneth me había sujetado un brazo a unas esposas y el otro a la cabecera de hierro forjado.

Lo había hecho con movimientos seguros y exaltados, daba la sensación de que hubiera querido estrangularme en lugar de anclarme a la cama. Sin mirarme a los ojos y sin dirigirme la palabra. Todo ello en el menor tiempo posible, como si estar cerca de mí representara un peligro. Ese tatuaje tan familiar lo tuve justo frente a mi cara, su nuez de Adán se movía cuando tragaba. En el momento en que lo vi, una parte de mí hubiera querido sacar la lengua y darle una buena lamida a esa porción de piel dibujada. Lo había hecho tantas veces, en el pasado, y era algo que a Kenneth le encantaba y lo excitaba a rabiar.

Pero sólo había sido un breve sueño con los ojos abiertos, tan atrevido como irrealizable. Kenneth había actuado como si estuviera manipulando a un maniquí, como si estuviera atando a la cama a un objeto inanimado. Se había alejado en silencio y lo único que pude hacer fue observar su imponente figura darme la espalda y acercarse a la puerta. Había apagado la luz y había salido sin mirar atrás, suspirando toda su frustración. Contra todo pronóstico, una vez que estuve a solas en la oscuridad, caí en un sueño sin sueños, duro, pesado y largo.

Cuando el sol comenzó a filtrarse por los postigos, se presentó mi carcelero. Simplemente abrió la puerta y entró sin preocuparse por el ruido. De hecho, lo hizo a propósito para despertarme.

Lo estudié por debajo de mis pestañas, tratando de enfocar su figura.

Siempre había amado el cuerpo de mi marido. A pesar de que no coincidiéramos en el verdadero sentido de la palabra, entre nosotros había habido una química que nunca había sentido con nadie más. Y no es que hubiera habido lugar para otros después de él. Cuatro años y medio en Canadá caracterizados por la castidad. No había hecho más que pensar en Kenneth. Habría sido un error decir que me había guardado para él. Simplemente no podía interesarme por nadie, incluso mis pensamientos y mis fantasías tenían como protagonista indiscutido únicamente a mi marido.

Esa mañana vestía una camiseta oscura de mangas largas y un par de pantalones negros. Sus ojos, como dos diamantes, se clavaron fríos y despiadados en mí. Tenía el cabello peinado hacia atrás, húmedo, como si acabara de ducharse. Sin saludarme, se acercó y se inclinó para abrir las

esposas. Sí, había tomado una ducha, podía oler el perfume de su loción de baño y de su piel limpia. El aroma de fondo del tabaco que acababa de fumar, completó el cuadro del recuerdo y despertó en mí una sensación familiar y adormecida. Fue un salto al pasado y una energía intensa comenzó a recorrerme debajo de la piel y entre las piernas. Ciertamente no lo quería, pero su cuerpo, en el intento de abrir las esposas, se adhirió al mío casi por completo. Pude sentir toda la dureza de sus músculos en mi suavidad. Me tensé cuando todas mis terminaciones nerviosas se despertaron.

Ese contacto debió ponerlo inquieto, porque respiró hondo y trató de abrir las esposas, que no había logrado desbloquear en el primer intento. Me moví debajo de él, me estaba aplastando. Retorciéndome apenas, sentí un bulto inconfundible presionando mi ingle. Grande, voluminoso, caliente.

Kenneth me miró, sabiendo exactamente lo que había sentido. Pero no dijo nada. Continuó presionando la dureza de su miembro contra mí mientras luchaba con el metal. Ese acontecimiento estaba fuera de planes, ambos éramos plenamente conscientes de ello, debe haberlo enfurecido.

Las esposas se abrieron con un clic.

Sin mucha ceremonia me tomó del brazo.

—Tengo que ir al baño —dije, porque era verdad.

Sin soltar mi brazo, me llevó hasta la puerta del baño que se encontraba en la habitación y prácticamente me empujó dentro. No se iría, lo sabía, y tampoco me daría algo de privacidad. También estaba segura de eso. Miré su rostro duro, su boca fruncida y sus ojos entrecerrados. Bajé con la mirada sobre su abdomen y luego su ingle, donde la erección no había perdido en absoluto su fuerza. De hecho, era un bulto que hubiera resultado vergonzoso, si Kenneth no hubiera mostrado la más absoluta frialdad en su expresión. Era como si su cabeza y su cuerpo fueran dos entidades diferentes y el último desobedeciera ostentadamente a la primera.

Me bajé los pantalones y las bragas, dándole tiempo de ver el triángulo de vellos negros que mantenía cuidadosamente afeitado, pero que me negaba a quitar por completo, y me senté en el

váter. Vacié mi vejiga mientras lo miraba fijamente sin vergüenza. Lo había hecho decenas de veces en nuestra vida pasada, recordando que él también siempre había estado completamente desinhibido. Me enderecé con calma, apartando mis ojos de él, sabiendo que Kenneth no dejaría de mirarme. Cuando terminé de ordenarme, lo encontré de brazos cruzados observándome. Torvo.

Siempre había sido normal entre nosotros. Recién casados no conocimos ningún tipo de pudor, yo entraba y salía del baño cuando él estaba allí y viceversa. Pero en ese momento era diferente. Éramos dos perfectos desconocidos, mejor dicho, dos enemigos.

Me lavé las manos y la cara, siempre bajo su atento control, y luego bajamos. Ese paréntesis, que debería haber sido un castigo para mí, resultó ser una fuente de frustración para él, que se veía aún más malhumorado que cuando se presentó en la habitación de invitados.

La escalera, por la que la noche anterior había sido arrastrada, me pareció majestuosa y regia como la recordaba. Alguien debía haber hecho café, a juzgar por el olor, pero me cuidé de pedir una taza: era todo excepto una huésped. En el último peldaño giramos a la izquierda, hacia la parte oscura del pasillo, la que conducía al famoso *estudio*. En la época en la que viví en esa casa, era la sala de mando, de poder. Había una en cada familia, también mi padre y mi hermano tenían su cuartel general en la casa. Desde pequeña había sido testigo de un ir y venir de personas, a veces conocidas, a veces no. Dentro de cada estudio se tomaban decisiones importantes y sangrientas. Los Caruso traficaban en la extracción del oro y ese ciertamente no era un sector tranquilo. No eran sanguinarios, es decir, ninguno de ellos tenía esa veta de sadismo que llevaba a los hombres a ejecuciones crueles e innecesarias, sólo por el perverso placer de ejercer el poder. Pero de todos modos eran temidos y no dejarían que nadie pasara por sobre ellos.

A juzgar por el aspecto salvaje de Kenneth, pensaba que el más adecuado para ocupar un puesto de escritorio era Víctor, mi cuñado. Siempre había sido un calculador astuto. Mientras Kenneth era puro instinto, él era la quintaesencia de la fría maquinación. Y, si Kenneth había empeorado en sus defectos, lo mismo debía haber sucedido con Víctor. Habían pasado cuatro

años y hombres como ellos no se amansaban, nunca se domesticaban. Al contrario, cuanto más tiempo pasaba, más rudos se volvían.

Kenneth me empujó a través de la pesada puerta de madera. Abrió las cortinas y la habitación se reveló ante mí exactamente como la recordaba. Para mi enorme sorpresa, no había nadie allí. Pensé que encontraría a Víctor detrás del imponente escritorio, listo para hacerme un interrogatorio. De hecho, para ser completamente honesta, pensé que había dormido allí dentro, consumido por la ansiedad de conocer todos mis secretos y el motivo de mi regreso.

Pero no, la habitación estaba vacía.

Era increíble cómo podías estar ausente de un lugar por mucho tiempo y tener la sensación de haber estado allí tan solo unos minutos antes. El estudio se encontraba exactamente como lo había dejado, los mismos cuadros de caballos de carrera campeones en las paredes, la misma alfombra en el suelo, las mismas cortinas dobles de terciopelo oscuro y guardamalletas a juego. Inmutable, como todo lo que concernía a la familia Caruso. Eran inflexibles, despiadados e inescrupulosos, todos ellos. Pero Kenneth... me giré para espiarlo mejor por el rabillo del ojo mientras se movía por la habitación, él tenía algo salvaje, primitivo, que albergaba en su alma. Y el tiempo transcurrido parecía haber amplificado ese aspecto de él, volviéndolo más cruel. Parecía listo para saltar, morder, atacar. Matar. Un escalofrío me recorrió, porque nunca antes había tenido tanto miedo de una reacción inesperada suya como en ese momento. Habría esperado que se ubicara del otro lado del escritorio, en lugar de ello, se quedó de espaldas a la ventana con el trasero apoyado en el alféizar, cruzó sus tobillos así como sus brazos en su pecho. El interrogatorio estaba a punto de comenzar.

Sin Víctor.

Sólo él y yo.

Imaginé por un momento que, en lugar de hacerme preguntas, se acercaba y me tomaba en sus brazos, desahogando en pasión ese sentimiento reprimido. Pero mi fantasía fue destrozada por la crueldad de su voz profunda.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

Casi me sentí aliviada de que comenzara por la parte fácil. No tenía nada que ocultar, nada que temer.

—En Canadá. Al principio en una clínica psiquiátrica. Estuve allí durante algunas semanas. Luego, una vez que me dieron de alta, mi padre alquiló un piso que se convirtió en una especie de prisión. Me vigilaban, cuando -en su opinión- no me comportaba bien, regresaba a la clínica. —Lo dije rápidamente, sin demasiados rodeos. Quería que supiera de inmediato que esos años no habían sido divertidos tampoco para mí. Lo miré tratando de entender su reacción a mis palabras. Si estaba disgustado, incrédulo o enfadado. Pero no hubo ninguna, Kenneth permaneció impasible, como si le hubiera contado que había pasado ese largo período en un spa.

—¿Por qué no me contactaste? —Lo preguntó con ferocidad a penas contenida. Su cuerpo estaba rígido en esa posición cerrada que decía más que mil palabras.

Respiré para mantener la calma.

—¿Entendiste lo que dije? Cuando intentaba rebelarme contra el aislamiento me ingresaban. De inmediato. Fui tratada como a una paciente a la que había que tranquilizar.

Su rostro se volvió puro desprecio. —¿Quieres hacerme creer que tu familia te secuestró para encerrarte en una clínica para locos en Canadá y que no pudiste hacer nada para impedirlo?

Me obligué a mantener la calma. —Al principio sí. Luego creyeron que podía doblegarme a sus imposiciones de una nueva vida lejos... —*de ti*, me hubiera gustado decir, pero no lo hice.

Kennet dejó escapar un sonido sarcástico de desaprobación.

—Mientras estuviste en Canadá, las cosas siguieron su curso aquí, ¿sabes? Nosotros te buscamos. Yo te busqué. —Su voz se volvió dura y llena de resentimiento. La rabia afloraba bajo la mirada glacial, bajo los tensos músculos de su cuello.

—Puse el mundo entero patas arriba para encontrarte, primero con el falso apoyo de esos traidores de tu padre y tu hermano y después solo. Estaba cegado por el dolor, ya no quería vivir. Me desquité con mi hermano, porque no había pagado el rescate. Lo odié. Largamente. Lo habría matado, si alguien no me hubiera detenido. Pero luego mis ojos se abrieron. Sólo tuvimos que hurgar a fondo para descubrir que la furgoneta en la que te subieron estaba conducida por los

hombres de tu padre. Volviendo sobre su rastro supimos que no te habían tocado ni un sólo cabello y que tu muerte había sido un daño colateral. Daño colateral. Qué jodida expresión. En esas dos palabras estaba contenida toda mi desesperación. Y ahora vengo a descubrir que mientras yo miraba de lejos tu tumba, tú estabas quién sabe dónde, tomando el sol.

Dijo las últimas palabras con verdadero desprecio, un desprecio que sentí como alquitrán pegajoso en mi piel. ¿*Tomar el sol*? ¿Pero cómo se le ocurrió algo así? ¿No había oído nada de lo que le había dicho? Era tan injusto que hablara de esa manera, tan irrespetuosa hacia todo lo que sufrí, que quise abofetearlo.

—¿Y ahora? ¿Qué te trajo aquí? ¿Muerto tu padre se acabó el dinero que te pasaba? ¿Ya no puedes vivir la buena vida en Canadá y pensaste en resucitar?

El maldito deseo que tenía de abofetearlo se convirtió en una necesidad imposible de contener. Todos esos terribles instantes en los que maldije el destino y a mi familia pasaron frente a mis ojos, todas esas noches llorando y recordando los momentos que habíamos pasado juntos. Me levanté lentamente y me acerqué a él. Era notoriamente más baja y tuve que levantar la cara para mirar esos ojos llenos de desprecio. Cargué mi brazo y, con todas las fuerzas que tenía, lo golpeé. Kenneth asimiló la bofetada sin detenerme. Conociéndolo, hubiera tenido el tiempo y la oportunidad de hacerlo, pero eso no era lo que había ocurrido. Dejó que lo golpeará sin impedírmelo.

Sin embargo, cuando lo miré, casi lamenté que no lo hubiera hecho. Su cara estaba roja donde mi mano había aterrizado con fuerza. Sus ojos claros ardían con una furia incontrolada que podría haberse convertido en cualquier cosa.

Realmente tuve miedo. Atrapó mi cabello y lo sostuvo en un puño detrás de mi cuello al tiempo que tiraba de él. Contuve las ganas de decirle que se detuviera, era yo quien había comenzado esa demostración de fuerza. Estaba en vilo entre perder el control y mantenerlo, podía ser cuestión de momentos y todo se habría precipitado.

—Tienes que agradecer a Dios que fuiste mi esposa, de lo contrario, te habría matado solo por esto.

Pronunció las palabras con tal ferocidad que no tuve la menor duda de que fuera cierto.

Fui su esposa.

Ya no lo era, para él.

De la misma forma punitiva con la que me mantenía sujeta, de un momento a otro pegó sus labios a los míos. Mis piernas se aflojaron en el momento exacto en el que metió su lengua en mi boca. Me tomó con rudeza, con un beso que era un castigo brutal. Fue rápido e intenso. Sin previo aviso soltó mi cabello, como si hubiera perdido la cabeza y de repente hubiera recordado cuánto asco le causaba tan solo tocarme. Dio un paso atrás con expresión de disgusto. Estaba aturdida.

Me toqué los labios, casi me dolían. En mi boca, su maravilloso sabor que tanto había echado de menos.

Se podían escuchar movimientos provenientes del pasillo, alguien se acercaba pero yo estaba demasiado desconcertada para moverme. Kenneth dio un paso atrás y salió de la habitación con la expresión de alguien que ya no soportaba mi presencia.

La puerta se abrió de par en par en ese mismo instante y mientras Kenneth salía, Víctor entró. Furioso como siempre, avanzó con paso de marcha hasta sentarse detrás del escritorio. Qué diferentes eran. Víctor tan mesurado y frío, Kenneth llenó de energía reprimida. No pareció darle la menor importancia al comportamiento de su hermano, como si fuera natural que tuviera repentinos arranques de impaciencia. Él tenía un único objetivo, interrogarme.

—Buenos días, Mya, espero que hayas pasado una buena noche.

No respondí a la provocación. Unió las puntas de sus dedos sobre su estómago en una postura que aparentaba ser paciente pero que yo sabía no lo era.

—Ahora que has descansado, como pediste y se te concedió, empieza a soltar el rollo. No sé qué le hiciste a mi hermano, pero no me dejaré camelar. Y ten en cuenta que lo único que quiero saber de ti es tu papel en esta historia.

Ya estaba cansada incluso antes de empezar, pero sabía que sería necesario hablar. Así como sabía que no podían esperarme con los brazos abiertos. Ambos tenían motivos justificados

para sospechar. Mi trabajo consistía en convencerlos de que actuaba en buena fe pero, si había fallado con Kenneth, no podía pensar que tendría más éxito con Víctor.

—Cuando mi padre me sacó del almacén donde me habían llevado mis secuestradores, dijo que habíais sido vosotros quienes me habíais secuestrado. Para pedir un rescate a mi familia. Para hacer que se retiraran de la escalada en el holding al que intentaban afiliaros para la extracción del oro. Por ese motivo me enviaron a Canadá, para que me mantuviera calma por un tiempo y tomara distancia de Kenneth.

—¿Y tú les creíste?

Estallé. —Eran mi padre y mi hermano, ¿qué razón tenía para no hacerlo?

—¿Quizás, la razón era que deberías haber confiado más en tu marido?

Sus palabras quemaban en mi conciencia como fuego, pero no podía permitirle que me hablara de ese modo.

—¿Cómo puedes decir algo así? ¡Kenneth y yo no teníamos un matrimonio convencional y lo sabes bien!

Víctor me ignoró.

—Mientras tú estabas tranquila en Canadá, nosotros te buscábamos y mientras lo hacíamos, tu familia se burlaba de nosotros. En realidad, no, eso no es correcto. Estaban intentando dejarnos fuera del trato. Pero no cedí, no me retiré de la competición.

—No estaba nada tranquila, pero decidiste que no merezco siquiera una posibilidad, ¿no es así? Además, si hubiera sido por ti, realmente habría muerto. —Había sabido que los Caruso se habían negado a pagar el rescate y que había sido precisamente Víctor quien se había opuesto.

—Nunca hubo nada cierto. Siempre supe que tu familia quería jodernos. —Lo dijo mirándome con odio en los ojos, como si tuviera a mi padre y a mi hermano frente a él.

—No tengo nada que ver con lo que hizo mi familia.

—Podías oponerte, podías regresar.

—¡Lo intenté y en el momento en el que traté de huir me encerraron en una clínica psiquiátrica! Aún así no puedes entenderlo, sólo piensas en tu propio interés.

—Se trata del interés de la familia, que está por delante del individual.

Por supuesto, la familia ante todo. Siempre había sido así en nuestras vidas y yo había pagado el precio de ello más que nadie.

—Y no puedes pensar que dejaré que te presentes aquí a comportarte como si nada hubiera pasado con Kenneth.

La rabia creció dentro de mí.

—Regresé porque soy libre, por fin. Hasta que se pruebe lo contrario, Kenneth todavía es mi marido. Y lo que pase entre él y yo no es asunto tuyo. —Lo dije con frialdad y dejé que comprendiera el significado de las palabras. Víctor no respondió, sólo me miró con esos ojos color carbón que decían: *ya veremos quién gana*.

—Y ahora, mientras decides qué hacer con mi vida, consiente que vaya a comer algo.

Y lo dejé en su estudio, con la satisfacción de cerrarle la puerta en las narices.

Capítulo 21

Gemma

—¡Maldición!

Rachel regresó al estudio y se desplomó en el sillón. Nunca la había visto tan abatida. De repente parecía haber envejecido diez años y la vi tal como era en realidad: una anciana desesperada.

Cuando Víctor me atrapó detrás de la puerta, estaban encerrados allí dentro.

Quería sacar todos los trapitos al sol y, si ese era el momento para hacerlo, ciertamente no me echaría atrás. Entré en la habitación sin molestarme por cerrar la puerta. Los secretos ya habían sido revelados, yo era la única que todavía no estaba al tanto de la situación.

Rachel se cubrió los ojos con el brazo. Parecía colapsada o simplemente no tenía ganas de nada, ni siquiera de ver mi cara.

—Hice todo lo que pude para protegerlos desde que perdieron a sus padres, pero tal vez me equivoqué. —El tono era de arrepentimiento.

No sabía qué decir, cómo consolarla. Me senté en el sofá junto a ella. Quizás, lo único correcto era escucharla. Tenía muchas preguntas, pero me mordí la lengua.

—¿Alguna vez has amado tanto a alguien que has hecho algo estúpido, Gemma?

Lo preguntó con voz quebrada, como si el simple hecho de pensar en ello le provocara un gran dolor.

¿Me había sucedido?

—No —respondí tranquilamente—. Y creo que la sinceridad es la base de toda relación. — Eso era cierto.

Rachel se quitó el brazo de la cara y reveló dos ojos húmedos y manchados de rímel. Pero

fueron las palabras, las que dijo inmediatamente a continuación, las que me dejaron sin aliento.

—Yo fui quien encargó el ataque al Luna Rossa.

Abrí la boca pero de ella no salió ningún sonido. Frunció el ceño.

—Pero no para atacar a Víctor, sólo para protegerlo. El blanco era su guardaespaldas, Riko, el que creía que era su hombre más leal. Según supe, se trataba de un sucio infiltrado de una poderosa familia de mafiosos mexicanos.

La oí suspirar mientras mi cabeza daba vueltas. —Me enteré por casualidad de la presencia de un traidor y pensé que podía ocuparme sola, encargando el homicidio a Eric. Estaba segura de que la traición destruiría a Víctor y Kenneth... bueno, tú también has visto que no tiene el menor equilibrio, es una bomba a punto de estallar.

No tuve nada que responder.

—Kenneth lo descubrió y casi mata a Eric. Se salvó sólo porque confesó la verdad, es decir que Riko era el objetivo y que yo estaba detrás de ello. Si no hubiera tenido la oportunidad de hacerlo, ahora estaría muerto. —Había visto las condiciones en las que se encontraba Eric y no podía creer que Kenneth lo hubiera hecho.

Rachel sacó un pañuelo de seda bordado de su bolsillo y lo pasó por sus mejillas, sentándose serena. Era desconcertante.

Nunca la había visto tan angustiada y, por primera vez, la miré bajo una nueva luz. Sabía que era una mujer determinada, lo entendí rápidamente cuando la conocí y era el mensaje que ella misma transmitía con su manera de estar siempre a la altura de la situación. Pero saber que había ordenado un homicidio me hizo sentir escalofríos. Dentro de ella predominaba también un lado oscuro.

—Víctor nunca me lo perdonará. Y tampoco Kenneth. Siempre que pueda hacerle frente a lo que está sucediendo ahí dentro. —Señaló con su barbilla la puerta. Víctor había ido a su estudio para interrogar a Mya.

—Mya...

—No estaba muerta, esa furcia, ¡ojalá realmente lo hubiese estado! Era demasiado bueno

para ser cierto. —La miré impresionada. Entendí que nunca había habido una buena relación entre ellas, pero no creía que la situación fuera de tal nivel de desprecio. Me sentía confundida; mi vida, que hasta ese momento parecía haberse estabilizado, estaba sufriendo sacudones a los que era difícil resistir. Sabía que ser la compañera de Víctor Caruso no sería un paseo por el parque, pero nunca pensé que la situación podría complicarse así.

Un ruido sordo anunció que alguien había cerrado con fuerza la puerta principal. Kenneth había salido de la villa hecho una furia.

Suspiré tratando de ordenar esa maraña tan enredada de sucesos.

—Rachel, ¿te das cuenta de lo que han hecho tus mentiras y maquinaciones?

No podía dejarla creer que era suficiente actuar con buenas intenciones para no sentirse culpable. Su mirada se volvió rápidamente atenta y su postura se hizo repentinamente rígida.

—Lo que tú llamas mentiras y maquinaciones son comportamientos que han mantenido en pie a nuestra familia durante generaciones.

—Quizás lo que fue eficaz durante generaciones, ya no lo es —rebatí.

Era impactante lo que Rachel había hecho. Con buenas intenciones o no, había encargado un asesinato, ocultándolo a las personas que más amaba. Todo con fe ciega en una justicia administrada por ella misma.

—Es nuestra forma de vida, Gemma, incluso la del hombre a quien amas y a quien has elegido acompañar. Recuerda eso. Nosotros somos Caruso y somos así. Y, si no fuéramos nosotros, habría alguien más en nuestro lugar, aquí en Henderson o en cualquier otro sitio. ¿Te queda claro eso?

Permanecí en silencio, atónita por esa verdad que me había echado en cara sin ningún filtro. Era cierto. No era solo Rachel, eran todos ellos, Víctor incluido, quienes se comportaban así. Siempre lo supe y fingir en ese momento que no era cierto era solo de hipócritas.

—Tengo que prepararme para el trabajo —dije, dándole la espalda. La verdad era que quería salir cuanto antes de esa habitación y de esa casa, sentía que me ahogaba.

—No te esfuerces por comprender, Gemma, este no es tu mundo y no podrías hacerlo.

Se levantó del sofá. Ya no era la anciana destruída de antes, había vuelto a ser una mujer lista para dar batalla, orgullosa y peligrosa.

—Recuerda que, si Víctor no hubiera resultado herido, nunca lo habrías conocido.

Las palabras de Rachel hicieron que detuviera mis pasos precisamente en el momento en que alcanzaba la puerta. Era un golpe bajo, imposible de asimilar sin sufrir. Tragué un nudo de resentimiento. Porque era verdad. Tenía que agradecer a toda esa situación que tanto despreciaba, si lo había conocido y si había entrado en mi vida. Me giré porque lo que estaba a punto de decir, debía decírselo mirándola a los ojos.

—Tienes razón. Y también tienes razón en otra cosa: soy distinta a vosotros, siempre lo seré y nunca podré entender algunas cosas.

Capítulo 22

Gemma

Esa mañana no había ido a trabajar. Le había advertido a Simon que me tomaría el día libre. Estaba demasiado alterada para atender a los pacientes y me habría arriesgado a cometer algún error irreparable. Era una de las reglas que me había impuesto: mi trabajo de enfermera merecía toda la atención que pudiera dedicarle, era una forma de respeto hacia los enfermos. Necesitaba distracción y hablar con alguien cercano, que me conociera, que escuchara mis tormentos sin juzgarme.

Penélope.

Cogí el utilitario, el único entre los autos de la familia Caruso que no tenía localizador. Víctor definitivamente se enfadaría, pero yo tenía muchas más razones que él para estar de mal humor. Y llamarlo mal humor era quedarse corto.

Tenía una cita con Pen en el lago Mead. Estaba a sólo veinticinco minutos de Henderson. Lo que amaba de ese lugar era la increíble paleta de colores contrastantes creadas por el agua y el desierto circundante. Parecía un cuadro, una gigantesca pincelada azul en medio de un paisaje árido.

Era nuestro lugar favorito. Para mí estaba cerca, para Pen de camino cuando regresaba del campamento de Callville Bay donde había encontrado trabajo.

Ella había llegado con su coche destartado y yo, como siempre, lo había hecho primero. Los veinte años de Pen eran su marca registrada, un cartel luminoso de despreocupación que brillaba en su frente, a pesar de que la vida realmente no había sido particularmente generosa con ella.

—¿Quieres pasear en lugar de sentarnos en la mesa?

—Como quieras.

No podía quedarme quieta, no con el humor que tenía.

—Me escapé, lo hago de vez en cuando. Necesito una pausa de esa familia de locos. —Reí para reprimir el llanto.

—Oh... ¿Qué sucede, amiga?

Estallé. —Sucede que somos demasiado diferentes. Viven de secretos, maquinaciones, venganzas. Incluso dentro de la misma familia. Soy enfermera, ¿entiendes? Ayudo a la gente a sanar, es decir, todo lo contrario. ¿Cómo podríamos ser compatibles?

—¿Ellos? ¿Quieres decirme que por la noche te metes en la cama no sólo con Víctor sino también con su abuela y su hermano?

Pen siempre lograba hacerme reír. —¡Qué tonta eres!

—Me lo imagino, una cama king size con la abuela en el medio y tú entre esos dos hombretones.

Le dí un empujón en el hombro, pero Pen era tan pequeña que casi se tambaleó.

—¡Para! Además, regresó la esposa de uno de esos dos hombretones.

—Espera, espera... ¿regresar en qué sentido? ¿No estaba muerta?

—Evidentemente no, pero todavía tengo que entender esa parte. Por ahora intenta concentrarte en lo que voy a decirte.

Resumí aquel día absurdo, comenzando por la confesión de Rachel, descargué toda la amargura por no haber sido informada, o más bien por haber sido descartada del círculo de aquellas personas dignas de ser informadas. Esa era la sensación más fuerte y fulminante. Víctor no me consideraba lo suficientemente miembro de la familia para conocer ciertas verdades, mientras que él era para mí la persona más importante del mundo. Hablé por un tiempo que me pareció infinito, dando rienda suelta a todo el desconsuelo que sentía, el sentimiento de traición y de frustración. No olvidé incluir también el encuentro con Magdalena de Blasio, que pendía sobre mi cabeza como una espada de Damocles y que sin dudas habría contribuido a hacer pedazos mi serenidad.

Cuando tomé aire, Pen me descolocó.

—Creo que lo estás viendo desde la perspectiva equivocada.

—No hay otras perspectivas —reaccioné bruscamente.

—¿Alguna vez has pensado que, en cambio, Víctor quiere mantenerte al margen de todo esto sólo para protegerte?

—¿Qué?

Pen continuó con su discurso sin que le importara mi cara de escepticismo.

—Él quiere mantenerte fuera sólo porque se preocupa por ti, más que por nadie. No necesariamente tienes que leer las cosas del lado equivocado.

La teoría de Penélope no se acercaba lo suficiente a la realidad.

—Tendrías que haber visto su cara hoy, cuando me sorprendió detrás de la puerta del estudio de Rachel. Ahora comprendo qué siente la gente cuando se hace encima del miedo estando frente a él.

—No es precisamente un tipo tranquilizador y por eso te gusta... ¡cabrona!

Pen me pellizcó el costado, haciéndome reír. La primera risa de ese día.

—Ya es suficiente de mí. Cuéntame cómo van las cosas con Chris.

Su rostro se iluminó.

—¿Quieres los detalles sucios y jugosos?

Pensé por un momento de quién estábamos hablando. Chris era como un hermano pequeño ahora. Aterrador y capaz de todo, pero ciertamente inofensivo para mí. Y Pen... era Pen.

—Tal vez dejemos de lado los sucios y pasemos a los jugosos.

Pen no esperaba nada más. Sus grandes ojos se abrieron aún más, proyectados sobre una escena que sólo ella tenía el privilegio de ver en su mente.

—Lo hacemos todo el tiempo. Siempre, en todas partes. Él nunca tiene suficiente de mí ni yo tampoco de él. Tan pronto como lo veo, sé que me brillan los ojos porque a él le pasa lo mismo. Y no es sólo sexo. No para mí, al menos. Mi corazón realmente late, no puedo vivir sin él.

Esas simples palabras me conmovieron profundamente.

—Eso es algo bueno.

—Además... él no piensa que yo sea... bueno, no sé cómo lo hace, no me ve como todos me han visto siempre.

La dejé hablar libremente. Sabía que ese era un tema delicado y que Pen no tenía una relación fácil con su propia imagen.

—No cree, por ejemplo, que sea una puta, sólo porque dejé que me follara en la primera cita, mejor dicho, porque salté sobre él en la primera cita. Deja que le diga cosas sucias sin alterarse y sin ser un perverso por eso, pero luego cuando estamos solos me hace experimentar sensaciones...

—Y no sólo aquí —hizo el gesto de señalar entre sus piernas—sino aquí también.

Indicó su pecho a la altura del corazón.

—Y eso me hace sentir bien. Muy bien.

—Diría que te estás enamorando —diagnostiqué mirándola a los ojos. Se habían vuelto brillantes, inundados de sentimientos que nunca antes había visto en ellos.

—Además, hizo algo impresionante que nunca hubiera esperado. ¿Recuerdas ese tipo que me prestó el dinero para hacerme las tetas y luego hizo que me golpearan y me dejaran el ojo morado? Se presentó antes de ayer en la puerta de casa. Nunca habría abierto, si no hubiera visto a Chris primero por la mirilla. Cuando lo tuve frente a mí, ese tipo temblaba como una hoja mientras me entregaba un fajo de billetes y se deshacía en disculpas. Se trataba de los intereses que me había sacado a costa de la usura. Lloraba incluso, mientras decía que lo lamentaba, que no sabía que yo era la mujer de Chris, que de lo contrario nunca se habría comportado de esa manera. Tuve la impresión, cuando se alejaba, de que cojeaba bastante.

—Eso es interesante.

—¿Interesante? En el pasado hubieras dicho aterrador. Está claro que te estás volviendo como los Caruso, a fuerza de convivir con ellos. De todos modos, inmediatamente a continuación tiré de Chris hacia el interior de la casa y le agradecí con una buena mam...

—Olvídalo, puedo imaginarlo.

—Gemma tienes que liberarte, dilo conmigo: ¡mamada!

Lo gritó en voz alta, tan fuerte que dos chicos que pasaron junto a nosotras se giraron sonriendo y señalándonos.

—Pen, no tengo problemas ni en decirlo ni hacerlo, es sólo que...

—¿Qué?

—Sería fantástico si pudiera resolver mis problemas con Víctor con tanta naturalidad como gritas *mamada* en medio de la gente a plena luz del día.

Pen asintió. —Entonces, cambia de perspectiva y haz el movimiento más cobarde pero también el más inteligente.

—¿Qué sería?

—No soluciones el problema tú, deja el balón a Víctor y observa cómo juega.

Me guiñó el ojo.

Quizás, por una vez podía evitar tomar siempre la iniciativa. Tal vez, podría apagar ese maldito flujo de conciencia que me estaba dificultando vivir y dejar que fueran las soluciones las que vinieran a mí.

Capítulo 23

Mya

No pensé que sería tan complicado. Sin embargo, no sólo era difícil, sino también doloroso de un modo que nunca esperé. Después del interrogatorio de Víctor había encontrado refugio en la cocina, uno de mis lugares favoritos en esa casa. Sólo superado por el que una vez fue mi dormitorio. En la cocina, en tan solo seis meses, me reí, preparé bocadillos nocturnos, por la urgencia de no poder esperar a subir las escaleras hice el amor con Kenneth en la mesa de café.

Me serví un café con las manos temblorosas por la agitación. Respiré; no era nada, podía soportarlo, lo lograría.

Aún sentía el hormigueo en la mano con la que había golpeado a Kenneth. Nunca en mi vida había experimentado eso, golpear a alguien. Y lo había hecho precisamente con la última persona a quien hubiera debido abofetear. Pesaba el doble que yo, podría haberme hecho papilla con dos manotazos, si hubiera querido. De hecho, habría hecho falta solamente uno para derribarme.

Tenía la sensación, sin embargo, de que Kenneth nunca me tocaría. De dónde provenía esa absurda premisa, no lo sabía. Pero era así.

Respiré llevándome el café a los labios. El sabor era familiar y dulce. Debían utilizar el mismo tipo, aunque hubieran pasado más de cuatro años.

Todo estaba increíblemente ordenado y limpio, tal como lo recordaba. Los muebles de madera clara, la isla en el centro del gran espacio disponible, una luz intensa invadía el ambiente como si estuviera preparándolo para una foto de revista.

Rodeada de esa perfección casi surreal, me hubiera gustado destrozarlo todo, tener una masa y acabar a golpes con todo ese lujo y ese orden. Habría sido apenas el comienzo, una forma

sencilla de empezar a desahogar toda la rabia que sentía. En lugar de ello, continué bebiendo café, buscando consuelo en el recuerdo. El calor de la bebida consiguió mitigar un poco la sensación de bloque congelado que sentía como una roca en el lugar en el que se suponía se ubicaba mi estómago.

Mientras bebía, giré el rostro hacia uno de los ventanales y vi con sorpresa que no estaba sola. Kenneth se encontraba en la terraza a la que se accedía desde la ventana francesa.

Me tensé, incómoda por haberme dado cuenta de ello recién en ese momento y por haber sido casi descubierta con la guardia baja frente al enemigo. Pero no fue así. Él tampoco había notado mi presencia.

Estaba de espaldas a mí, no podía verme. Miraba hacia la nada, parecía concentrado en el denso verde de los árboles que rodeaban la parte trasera de la villa. Él no podía verme, pero yo sí podía hacerlo y muy bien. El familiar hormigueo en el bajo vientre se apoderó nuevamente de mí. Culpa de la abstinencia, me repetí mientras lo miraba. Hacía mucho tiempo que no tenía sexo, era normal que tuviera deseos.

Pero de él.

¿Era normal sentirme así? ¿Como si un incendio estuviera estallando dentro de mí?

Kenneth era exactamente como lo recordaba, más de cuatro años no habían dejado ninguna huella en su cuerpo, sólo lo habían hecho más robusto y macizo. Alto, hombros grandes y fuertes, pecho amplio. Sabía que debajo de la camiseta de mangas largas tenía músculos firmes y una ligera capa de vellos negros en el pecho y en los brazos. Sus muslos eran poderosos y musculosos, su abdomen plano. Por lo demás, tragué porque lo recordaba todo bien. Nunca conocí a un hombre más dotado que él, un amante más resistente. Kenneth era capaz de aguantar hasta que no hubiera alcanzando al menos dos orgasmos. No importaba cuánto tiempo tomara, él siempre esperaba a que yo me corriera primero y luego tomaba su placer.

Dejé la taza e inspirando, en busca no únicamente de aire sino también del coraje que me faltaba, crucé el umbral para salir. El sonido de mis pasos hizo que se diera vuelta. Me miró durante un segundo y luego volvió a girarse hacia la nada. Era su forma de dejarme afuera, lo

había hecho infinitas veces en el pasado y no había cambiado en ese sentido. Nunca supo cuánto sufrí por eso. Tal vez porque nunca me había tomado la molestia de demostrárselo, habría sido de débiles. Y no estaba acostumbrada a mostrar mi costado vulnerable a nadie. Y tampoco él; después de todo, nadie en nuestro mundo lo hacía. Bajar la guardia podía ser tan peligroso como para poner en riesgo tu vida.

Estaba segura de que no había acabado conmigo, querría saber toda la parte de la historia que le faltaba y no estaría satisfecho hasta no llegar al fondo de la cuestión, cavando, cavando hasta encontrarle sentido a todo. Sin poder perdonarme nunca, esa era la única certeza que tenía.

Jamás podría hacerlo. Podría haber dicho cualquier verdad, pero nada nunca volvería a ser como antes y, si me había ilusionado pensando que podía suceder, era una estúpida.

—Cuando mi padre y mi hermano me liberaron... —comencé, acercándome a él.

—No te liberaron, considerando que ellos mismos te habían secuestrado. —Su tono estaba lleno de resentimiento. ¡Tenía razón, desde su punto de vista, pero era hora de que escuchara también el mío, maldición! Continué con calma, sin dejar que su cinismo me desalentara.

—No podría haberlo sabido. Sea como sea, cuando me sacaron de ese lugar horrible al que me habían arrastrado, una especie de almacén abandonado en las afueras de la ciudad, mi hermano me puso en un vuelo privado con destino a Canadá. Me explicó que no era seguro que volviera a Henderson, que debía abandonar el país porque mi vida ya no valía nada para los Caruso... para ti...

Me hubiera gustado que Kenneth cambiara de expresión, que se mostrara airado, furioso, que se indignara, si todo lo que le estaba contando eran mentiras. En lugar de ello, permaneció en silencio y escuchó. Su expresión era dura e impenetrable. Continué, con mi corazón sangrando.

—No quería creerlo. Me volví loca desde el momento mismo en que me subieron al avión, comencé a decir que podían llevarme incluso al fin del mundo pero que en cuanto pusiera un pie de nuevo en tierra, inmediatamente volvería de a ti. Entonces, recuerdo que me sedaron y me encontré en una clínica psiquiátrica, ingresada contra mi voluntad.

Lo miré, pensando que al menos eso podría despertar alguna reacción en él, pero no fue así;

Kenneth continuó mirando a lo lejos como si el paisaje fuera más interesante que esa dolorosa parte de mi vida que yo estaba poniendo frente a sus ojos.

—Era prácticamente una prisionera. Con todo el dinero que pagaba mi padre, tenía un piso de la clínica que me albergaba sólo a mí y un guardia siempre en la puerta. Al comienzo, cuando enloquecía, que era la mayor parte del tiempo, me sedaban. Después comprendí que luchar contra esa situación era la peor estrategia y empecé a calmarme. Los medicamentos disminuyeron junto con mi rebelión y, luego de un mes de internación, me dieron de alta y me pusieron en un piso en las afueras de Vancouver. Mi padre y mi hermano habían dispuesto una vida para mí. Me habían encontrado un lugar donde vivir, un empleo que podía llevar a cabo a distancia en una casa de moda: asistente de diseñadora. Prácticamente no sabía hacer nada pero mi pasión por los vestidos fue lo que me introdujo al mundo del trabajo. Me inscribieron en un gimnasio al que sólo iba acompañada de mi guardaespaldas. En definitiva, una vida falsa, hecha a medida a mi alrededor e increíblemente infeliz. Me vigilaban dos personas que se turnaban para seguir paso a paso mis movimientos. Lo primero que hice fue, ingenuamente, utilizar mis contactos en internet para comprar un billete a Nevada. Ilusa. Todas mis comunicaciones eran estrictamente interceptadas y controladas. Cuando lo supe, monté tal escena que parecía loca. Gané quince días de internación en la clínica. Cuando mi hermano fue a verme, me hizo entender que no debía volver a intentarlo nunca más, que estaba constantemente vigilada y que para mí los Caruso y especialmente tú, estaban muertos. Traté de establecer contactos, de evadir esa prisión de oro, pero era constantemente interceptada y bloqueada. Cada vez que intentaba algo para liberarme, me internaban y me sedaban y cada vez que salía de la clínica era como si una parte de mí hubiera muerto. Para siempre. Al final, por el contrario, murieron ellos.

Respiré hondo. Contar los últimos cuatro años de mi vida de esa manera tan concisa había drenado todas mis energías. Cuatro años de sufrimiento, tormentos y privación de la libertad que había logrado condensar en dos o tres frases entrecortadas que no transmitían mínimamente todo el dolor que sentía. La muerte de mi padre y mi hermano había sido una liberación y eso también había sido insoportable. El sentimiento de culpa me había carcomido durante días y continuaba

sin abandonarme. Habían sido asesinados por un clan rival debido a un ajuste de cuentas. Su auto había explotado mientras viajaban en él.

—Ve a prepararte —dijo sin siquiera mirarme.

—¿Qué?

Kenneth se giró y clavó en mí esos ojos de hielo que hicieron que me estremeciera.

—Tengo cosas que hacer esta mañana y no tengo ninguna intención de dejarte aquí sola.

¿Eran las únicas palabras que iba a decirme después de lo que yo le había contado? ¿Había desnudado mi vida, mi alma, todo el sufrimiento que había sentido servido en una bandeja y él ni siquiera tenía una palabra de consuelo para mí?

—Tienes una casa fortificada, puedo perfectamente quedarme aquí...

Kenneth mostró los primeros signos de su nerviosismo. Me aferró con fuerza del brazo.

—Dejemos en claro una cosa: ya no eres la dueña de casa aquí y no tienes ninguna autoridad conmigo. Será mejor que obedezcas o puedo cavarte una tumba en el desierto con mis propias manos y enterrarte hasta el cuello. Te aseguro que no es una linda manera de morir.

Un escalofrío de terror recorrió mi espina dorsal. Sabía que hablaba por experiencia, lo había hecho antes.

Luego me asestó un golpe bajo, bajísimo de hecho.

—Si estás pensando que todavía siento algo por ti, quítatelo de la cabeza. Lo que pasó esta mañana podría haberle pasado a cualquiera. Era de mañana, después de todo, y debes saber que por la mañana los hombres... —Su referencia obscena me hizo vibrar de rabia e indignación.

—Me das asco —siseé entre dientes, impidiéndole terminar la frase.

—Tienes diez minutos. —Miró su reloj y siguió bebiendo. Sabía que si me negaba a prepararme, él me llevaría en las condiciones en que me encontraba. No tenía más alternativa que obedecer. Le di la espalda y atravesé la cocina y el pasillo en dirección hacia la escalera. Fue precisamente cuando estaba a punto de subir el primer escalón que la vi.

Era inútil esperar que estuviera muerta o que hubiera sufrido un derrame cerebral. Rachel Caruso estaba bajando la gran escalera. Era exactamente como la recordaba, no había cambiado

en lo más mínimo. Bajaba como una reina, un peldaño a la vez con sus tacones altos, envuelta en tailleur color mostaza.

Me miró como si fuera un insecto. No estaba sorprendida, alguien debió decirle que yo estaba allí o más sencillamente debió escuchar los gritos que se habían sucedido desde que había puesto los pies en esa villa.

—Me gustaría poder decir que estoy feliz de verte, pero te aseguro que no es cierto.

La misma serpiente de siempre.

—No te sorprenderá saber que para mí es igual —respondí.

—No te preguntaré qué te ocurrió todo este tiempo ni qué has vuelto a hacer, en cualquier caso estoy segura de que no serías honesta. Pero hay algo que quiero decirte.

Su mirada se estrechó tanto que quise retroceder pero no lo hice.

—Si tienes planeado algún giro dramático de los tuyos, ten por seguro que esta vez te mataré con mis propias manos y me aseguraré de que realmente seas tú a quien ponga bajo tierra.

Sus palabras dieron en el blanco simplemente porque estaba segura de que tenía el valor de hacer lo que prometió. Sentí que el frío penetraba en mis huesos.

Sabía que la amenaza de Rachel no era vacía. Esa donde me encontraba ya no era mi casa, si es que alguna vez lo había sido. Se había convertido en un nido de víboras en el que debería cuidarme las espaldas sin nunca bajar la guardia.

Continué subiendo las escaleras esperando no volver a encontrarme con nadie, no podría haber resistido más enfrentamientos. Tenía que pensar en algo práctico para distraerme. Por ejemplo, el hecho de que no tenía nada con lo que cambiarme. Solamente poseía la ropa que vestía y con la que había dormido toda la noche. Estaba segura de que Kenneth se había deshecho de cualquier cosa que me hubiera pertenecido, la esperanza de encontrar cualquier cosa mía, incluso en el sótano pudriéndose, era igual a cero.

Debería contentarme con lavarme la cara y cepillarme el cabello. Estaba delante de la puerta de la habitación de invitados cuando entreví a una mujer en el pasillo. Salía de la habitación de Víctor. Era la puertorriqueña de la noche anterior, tenía prendas en sus manos y venía directo

hacia mí.

—Te buscaba precisamente a ti. Pensé que podrías necesitar algo de ropa. Hola, me llamo Gemma, anoche nos saltamos las presentaciones.

Estaba algo confundida, era el primer acto de amabilidad que recibía en esa casa.

—Gracias Gemma, soy Mya, te habrás dado cuenta ya y... —sentí deseos de reír, de una manera inexplicable.

—¿Qué sucede?

—Nada, es sólo que la primera persona que fue amable conmigo en esta casa es un extraño en la familia. Me parece tan absurdo. Entonces, ¿te han hecho un resumen de todas mis fechorías?

—Sí —respondió mirándome fijamente a los ojos. No había rastros de arrogancia, sólo escueta sinceridad. ¿Podía ser mi aliada esa mujer? No lo sabía, era difícil establecerlo así, en ese preciso momento, sólo después de ese breve acercamiento. Por supuesto, para estar con Víctor tenía que ser alguien fuera de lo común, porque él era alguien completamente desalmado. Tal vez, para resultar el uno para el otro era necesario ser diferentes, como debían serlo ellos dos. Kenneth y yo proveníamos ambos de familias mafiosas, habíamos crecido con los mismos principios que nos inculcaron desde pequeños. Contar con que nuestra relación funcionara era la apuesta más fallida que pudiera hacerse.

—Tengo que darme prisa o Kenneth no me dejará más alternativa que salir así. Te agradezco por la ropa.

Asintió. —Si hay algo más que puedas necesitar, solo tienes que pedírmelo.

Su amabilidad era agradable, pero despertó en mí un sentimiento de impotencia y venganza que no podía tolerar. Tenía que aclarar de inmediato que no aceptaría ninguna limosna, especialmente de parte suya.

—Gemma, aprecio tu gentileza pero recuerda que esta fue mi casa antes que la tuya. Y, le guste a Kenneth o no, sigo siendo su esposa. La señora Caruso aquí, entre tú y yo, soy yo.

Había sido grosero y lo sabía, pero era mejor dejar las cosas claras de inmediato. Podíamos

ser aliadas pero yo nunca habría estado un peldaño por debajo de ella, incluso si en ese momento me encontraba en desventaja. Mi suerte estaba destinada a cambiar, no tenía dudas. Y era bueno que Gemma también se diera cuenta de ello de inmediato.

La vi palidecer y, sin decir nada, pasar a mi lado y dejar el pasillo.

Capítulo 24

Kenneth

Cuatro años habían pasado en vano. Había destruido mi vida, ella y su maldita familia, y todo lo que hizo falta para hacer papilla mi cerebro fue que reapareciera. Llegué a desear tanto que me tocara, que incluso estuve dispuesto a recibir una bofetada en plena cara, solo para sentir su mano ardiendo en mi piel. Y esa bofetada me había excitado como a un niño. Su mano en mí había sido pura electricidad. Por no hablar de la erección que tuve cuando le quité las esposas y de ese beso en el que hubiera querido traspasarla de parte a parte. Negué con la cabeza.

Mientras esperaba que Mya se preparara, había realizado todas las comprobaciones necesarias. Era cierto que había estado ingresada en una clínica psiquiátrica en Canadá, primero durante un mes y luego por otros períodos más breves. Las internaciones habían sido frecuentes al comienzo, cuando probablemente se rebelaba más a la voluntad de su padre y su hermano. Sus relatos coincidían con la evidencia recopilada. Pero no era suficiente para mí, todavía estaba hirviendo de rabia.

Nuestros hackers habían entrado en el archivo de la clínica y pude consultar su historia clínica: parecía que la sedaban con frecuencia debido a prolongadas crisis histéricas. No obstante, también podía ser todo una pantalla para joderme una vez más. No creería ni por un momento que Mya no tuviera nada que ver con su desaparición y presunta muerte. No lo creería, joder.

Si lo hubiera hecho, me habría dejado llevar a un mundo que no me pertenecía, construido sobre ilusiones y esperanzas que nunca me hubiera permitido cultivar. Si perdía el poco equilibrio que tenía, no me habría quedado nada, me habría hundido miserablemente.

—Estoy lista. —Salió por la puerta principal con la barbilla en alto y una mirada orgullosa.

Había bajado la escalera exterior escoltada por los dos leones de piedra como una auténtica reina.

Entró en el Lamborghini como si estuviera subiendo en el más sórdido de los vehículos y yo me senté al volante mascullando maldiciones. Como en los viejos tiempos. Innumerables veces habíamos salido de casa cabreados, para reconciliarnos luego por la noche. Pero esta vez no sería así.

Nos dirigíamos a Las Vegas. No tenía la menor idea de cómo combinar mi día con su presencia, pero la idea de dejarla en casa me resultaba insoportable. Necesitaba tiempo para reflexionar y al mismo tiempo necesitaba tenerla cerca, por razones que aún no sabía explicar. De lo único de lo que estaba seguro era de que Mya corría dentro de mí, como fuego en las venas.

—¿A dónde vamos?

—Al Binion, tengo asuntos que atender.

El Binion's Horseshoe era uno de los casinos más importantes de la ciudad, recientemente había pasado a manos de nuestra familia.

—Conocí a la mujer de tu hermano. Gemma. Casi la confundí con una camarera. Esta ropa es suya.

No me volví a mirarla, ya sabía lo que vestía, la había visto bien antes de que subiera al auto y podría haber citado de memoria lo que llevaba. Sin mencionar el olor. El perfume a fresias era simplemente el aroma natural de su piel. Había soñado con él durante años, noche tras noche. Temía haberlo olvidado y en cambio, tan pronto como lo percibí de nuevo, todo un mundo sepultado había quedado al descubierto. Un mundo de sensualidad, carne y contacto físico.

No respondí nada, no estaba allí para conversar con ella. Su presencia en el auto me ponía nervioso. Era una maldita distracción, eso es lo que era.

Llegamos ante el Binion, una adquisición reciente y, como todas las realidades nuevas, estaba dando algunos problemas. Problemas que estaba allí para resolver.

Víctor y yo no éramos intercambiables; yo prefería ocuparme de los casinos y él de la extracción de metales preciosos. Estaba más predispuesto para el contacto físico que para las

mediaciones diplomáticas y para manejar relaciones delicadas.

No era raro que fuera personalmente a solucionar algo, de hecho lo prefería. El contacto siempre había sido para mí la mejor manera de gestionar los negocios. Sin embargo, esa mañana estaba demasiado nervioso. Llevar a Mya conmigo era una forma de minimizar los daños, aunque no debería dejar que me distrajera. Mya estaba muerta, la mujer que tenía a mi lado era una extraña traidora y mi trabajo era desenmascarar sus verdaderos planes y después enviarla lo más lejos posible de mí.

Dejé el coche al valet y entramos por la puerta principal. El personal me conocía desde hacía poco tiempo, pero ya eran deferentes de un modo que me irritaba. Pedí por el jefe comercial mientras me dirigía a la oficina en el último piso.

Nos alcanzó frente a las puertas del ascensor y los tres entramos en la cabina, Mya, yo y el gerente que había comenzado un monólogo sobre la reestructuración del negocio. Era un tipo distinguido, elegante, de esos que podían resultar atractivos a las mujeres refinadas.

Miré a Mya. Lo estaba observando y sólo ese detalle me puso nervioso.

Eran momentos como ese los que temía, estar en un espacio reducido con ella. La salvación era que ese tipo también estaba allí, de lo contrario yo... ¿yo qué? La habría pegado a la botonera tomándola por el cuello mientras trataba de ahogarla, era lo único que merecía y que podía hacer por ella. Maldición.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor fue una especie de liberación. Corrí hacia la sala de reuniones como si tuviera fuego bajo mis pies. La luz del día era cegadora. Di órdenes de cerrar las cortinas y encender la luz artificial.

—Ponte aquí —ladré en dirección a Mya. No tenía ninguna intención de ser amable con ella. Obedeció ubicándose a mi derecha al tiempo que yo ocupaba la cabecera de la mesa. Mientras esperaba que comenzara la reunión, hice que me sirvieran una copa.

—Bebes demasiado —me regañó sin miedo. Su tono me tomó por sorpresa, no estaba acostumbrado a ser reprendido así. Mis subordinados me temían y nadie se atrevía a desafiarme.

La miré torcido. Verdaderamente no quería mirarla en absoluto, pero era imposible

resistirme. Sus ojos azules eran severos y me observaban sin ningún rastro de miedo. Una sacudida de placer inesperado me golpeó directamente entre las piernas. Una erección prepotente y dolorosa presionó contra la cremallera de mis pantalones. Inspiré por la frustración, agradeciendo al cielo el estar sentado.

—Métete en tus asuntos.

No respondió, no tuvo tiempo de hacerlo porque un grupo de hombres con corbata entró y comenzó a saludar. No me molesté en presentarla, no hubiera sabido qué decir y ella no era nadie para mí. La reunión inició de inmediato; los temas a tratar eran aburridos y yo no estaba concentrado. Su presencia me distraía y me fastidiaba. Mis interlocutores recitaban números y datos, pero yo me sentía irresistiblemente atraído por sus pequeñas manos apoyadas en el cristal de la mesa, por sus piernas cruzadas que podía ver debido a lo transparente de la superficie de trabajo, por el nervioso balanceo de su pie. Todo en ella, incluso los detalles más insignificantes, me distraía.

—¿Puedes parar? —le ordené sin rastros de amabilidad. Trazaba dibujos con el boli en un bloc, pero era yo quien estaba insoportablemente impaciente y en esas circunstancias cualquiera de sus gestos me hubiera resultado fastidioso, incluso que simplemente respirara.

Mya se levantó y se ubicó en el sofá, fuera de mi vista. Avancé un poco más pero sin la concentración necesaria. Su simple presencia me desestabilizaba, sentía sus ojos en mí incluso a pesar de que estaba de espaldas.

Continué la reunión con grandes dificultades. Después de unas dos horas me sentía exhausto y nervioso. No había logrado mucho pero casi era la hora del almuerzo y tenía otras dos citas por la tarde. Despedí a los presentes y pedí que prepararan una mesa para dos en el restaurante del casino. La miré. Aún estaba sentada en el sofá y ostentaba una expresión aburrida. La atmósfera vibraba de energía, algo corría entre nosotros, como un flujo invisible que volvía eléctrico el aire en la habitación. Me sentía como una fiera lista para saltar y tenía la percepción de que para ella era igual.

—Estoy hambrienta —dijo mirándome a los ojos sin ningún pudor. Mantuvo el contacto

visual separando los labios. Sabía que me estaba provocando. No era a la comida a lo que se refería, estaba seguro, las señales eran inequívocas. Y mi cuerpo las recibió todas, preparándose para lo que desesperadamente deseaba.

Lo que yo desesperadamente deseaba. Negarlo no habría sido suficiente para reprimir ese instinto.

Me puse de pie, solo porque ya no era capaz de permanecer sentado. Los ojos de Mya bajaron de mi cara a mi pecho y luego se centraron en la entrepierna de mis pantalones.

Estaba viendo cuánto la deseaba. Lo estaba viendo porque yo se lo estaba mostrando deliberadamente, contra todo buen propósito de mantenerme alejado de ella. Mi cuerpo actuaba en contradicción con mi voluntad y no había nada que pudiera hacer para impedirlo. Y ni siquiera podía alegar como excusa que practicaba la abstinencia, porque no era cierto. Follaba todos los días, sin saltarme ni uno, pero en ese momento sentí que llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Mya también se puso de pie y vino a mi encuentro. Muy cerca de mí, levantó la mirada y esos ojos azules como zafiros me encadenaron a ella y a su rostro. Puso ambas manos sobre mi pecho y sentí una sacudida en mi columna. Había recibido una bofetada, sólo para sentir sus manos en mí. Cualquier otro tipo de caricia podría haberme hecho correrme al instante. Mya bajó con una mano sobre mi estómago y con la otra tomó mi nuca. Estaba en una encrucijada, no sabía qué hacer. —La última vez que tuve sexo fue contigo —susurró mirándome a los ojos.

Esas palabras fueron el empujón que me arrojó al abismo. No tuvo otros hombres, nadie había entrado en su cuerpo. Una oleada de orgullo y posesión llenó mis pulmones. Quería bajar con mi boca sobre ella para darle un beso famélico. Pero no lo haría. No sería diferente a todas las demás. Su sabor era una delicia que había olvidado y que había muerto con ella. La mano de Mya alcanzó mi erección por encima de los pantalones y la apretó de una manera que era a la vez insoportable y placentera.

No era diferente a las otras mujeres, no era diferente. Lo repetí tres veces en mi mente. Pero la batalla estaba perdida. Lo estaba desde hacía tiempo y, mientras presionaba su mano contra mi erección mirándome a los ojos, no tenía ninguna posibilidad de revertir la situación. Y tampoco

hubiera querido hacerlo.

—Quítate esto —dije sin siquiera reconocer mi propia voz.

Mya dio un pequeño paso atrás y se quitó el jersey. Sus pechos estaban libres. Me quedé sin aliento. Eran grandes para un cuerpo pequeño como el de ella, siempre lo habían sido. Magníficos, llenos. Apreté mis manos en puños. La situación estaba escapando por completo a mi control. En medio de un impulso, solo para defenderme de ese asalto sensorial que me estaba quitando lucidez y raciocinio, la empujé con el rostro vuelto hacia la pared.

Eso, mejor. No podía mirarla a la cara o sería el fin. Tomé sus pechos en mis manos mientras mi boca se posaba en su cuello. Había soñado con ese momento durante años, había llorado desesperadamente porque sabía que nunca volvería a ocurrir. En cambio ahí estaba yo, precisamente donde quería estar, con la única mujer con quien quería estar.

—Yo, en cambio, he estado con muchas mujeres —le confesé. La vi tensarse.

—Desde que te fuiste, he estado follado mucho, Mya,.

Sabía que esas palabras la lastimaban. De seguro me lastimaban a mí. Pero no nos ahorraría verdades a ninguno de los dos. A diferencia suya, yo no mentía, no engañaba, no... El razonamiento se perdió por completo cuando se desabrochó los pantalones y los hizo bajar más allá de sus rodillas. Era una pose ultrajosa que sabía a rapidito y estimulaba la parte más brutal y primitiva de mí.

Su culo era un espectáculo que nunca podría olvidar. Trajo a mi memoria las noches que pasamos amándonos. Excepto que ese día sería diferente, me quitaría un antojo como lo hacía cada noche, ella no sería distinta. Sería un polvo de una sola vez. Saqué mi pene dolorido mientras con la otra mano me hundía entre sus piernas.

Un paraíso de calor y humedad me hizo gruñir de placer. Quería devorarla con la boca, olerla, esparcir su esencia por todo mi rostro, pero no hice nada de eso. Simplemente saqué un preservativo de la cartera y me lo puse.

Luego la atravesé con la misma fuerza que usaba con las demás. Me pareció penetrar en un espacio demasiado estrecho y el pequeño grito contenido me lo confirmó. Había sido poco

delicado, carnal, feroz. No podía cerrar los ojos, aunque casi me había obligado a hacerlo. Mis ojos permanecieron bien abiertos en esa masa de cabello rizado que amaba, en ese cuello que me hacía perder la cabeza y que hubiese querido chupar y morder, en la línea del rostro que en tanto había movido inclinándose hacia abajo.

Quería decir algo ultrajante, ofensivo, estaba en mis planes pero simplemente no pude. Mi boca permaneció sellada, excepto para gruñir mi placer. Y quería que ella también lo tuviera, ¡maldición! Lo quería con todo mi ser. Pasé un brazo por delante de su pecho y fui a buscar el centro de su placer un gesto íntimo, que olía a una familiaridad que no nos pertenecía desde hacía mucho tiempo. La estimulé, resistiendo a la tentación de liberar mi orgasmo hasta que la oí jadear más fuerte y las paredes de su coño se apretaron más en torno a mí. Cuando su placer explotó, me dejé llevar al mío, jadeando, permitiendo que me exprimiera hasta la última gota.

Me aparté tambaleándome hacia atrás y Mya se giró, deslizándose de espaldas a la pared hasta sentarse en el suelo. Estaba desaliñada, tenía el rostro sonrojado y lucía hermosísima.

Si hubiéramos sido los mismo de antes, habría enterrado mi cara entre sus muslos y la habría lamido hasta quedar exhausto, llevándola a gozar una vez más.

En lugar de ello me limité a decirle. —El baño está por allá, si quieres lavarte.

El recorrido opuesto, desde la sala de reuniones hasta la planta baja, incluido el viaje en ascensor, me puso increíblemente nervioso. Evité mirarla todo el tiempo, pero saber que ella estaba a mi lado no era algo que pudiera ignorar.

Habíamos cruzado un límite del que sería difícil, sino imposible, regresar. El sexo no me había calmado, todo lo contrario. Desde el momento en que estuve dentro de ella, quería más y más. Pero no así. La quería en una cama, deseaba devorarla y tomar de ella un placer que me había sido negado durante demasiado tiempo.

Aún tenía en mi nariz el olor de lo que había habido entre nosotros y me estaba volviendo loco.

No la había mirado a la cara después de que salió del baño. Bastaba saber que mi mundo

estaba de cabeza y yo de pésimo humor, no había necesidad de más.

Nos habían preparado una mesa junto a la ventana; cuando estuvimos sentados y la encontré frente a mí, estaba tan tenso y exasperado que lo hubiera destrozado todo. Mya miró a su alrededor y luego me miró a mí.

—Tenemos que hablar, Kenneth, o las cosas empeorarán.

Sabía que no se refería a hablar de sexo.

—No tenemos que hablar, eres tú quien tiene que decirme toda la verdad. Tienes que decirme por qué estás aquí.

—Ya te lo dije hoy, no estoy ocultando nada.

—Admitiendo que sea como dices, quiero saber por qué volviste.

No le daría tregua.

—Te lo dije, ahora que mi padre y mi hermano...

—No por qué regresaste a Henderson. ¿Por qué entraste a hurtadillas en mi casa por la noche? ¿Por qué no fuiste a casa de tu padre en Paradise?

Era eso lo que verdaderamente quería saber, lo que me había atormentado desde el momento en que me explicó esa loca teoría sobre porqué había regresado. El deseo de conocer la verdad era un fuego que ardía incesantemente en mi pecho. Bajó la mirada, como si responder le costara trabajo o fuera lo peor que pudiera preguntarle.

—Después de lo que me hicieron, esa ya no es mi casa. Me engañaron, me utilizaron y me obligaron a hacer cosas que no quería. Tomaron mi vida y dispusieron de ella a su antojo en nombre de los intereses. ¿Cómo puedo llamar hogar a Paradise después de todo esto?

Sus palabras consiguieron que mi sangre hirviera con una ira que nunca había sentido. Era una sensación de posesión desenfrenada que, si hasta el momento había mantenido bajo control, después de lo sucedido entre nosotros habría sido imposible contener.

Mya levantó el rostro mirándome con esos ojos grandes y profundos. Cuando abrió la boca ya sabía que cualquier respuesta que diera me devastaría.

—Y además... Quería verte.

Respiré hondo y recibí esas palabras como piedras arrojadas en pleno rostro.

Capítulo 25

Mya

La cara de Kenneth me hizo arrepentirme de haber pronunciado esas palabras. Me atravesó con sus ojos de hielo, congelándome y calentándose al mismo tiempo. Me miraba como si de un momento a otro pudiera perder el control y saltar con su mano alrededor de mi cuello. Imaginé la escena. Kenneth habría sido absolutamente capaz de hacer eso. En lugar de ello, el sonido del cristal quebrado hizo que apartara la mirada de su rostro. El mantel se llenó lentamente de sangre. Había sujetado con tanta fuerza la copa que la rompió. Con rapidez y eficiencia, como si no sintiera ningún dolor, liberó la mano de las astillas y la envolvió en la servilleta. Parecía que nadie lo había notado, probablemente gracias también al hecho de que no había emitido ningún sonido.

—No vuelvas a decir eso nunca más —rugió sombríamente.

—Es la verdad, no me importa si no quieres escucharla.

—Podías haberlo hecho antes, cuando pensaba que era viudo.

—No podía, ¿o no recuerdas esa parte de la historia?

No respondió. Conociéndolo, debía haber comprobado lo que le revelé, pero aún así no podía aceptarlo. No confiaba en nadie, mucho menos en mí.

—Podías encontrar la manera de llamarme. Un llamado, un maldito llamado era lo único que tenías que hacer.

La ira que emanaba de su voz habría asustado a cualquiera. Miré la servilleta. La sostenía con su mano buena mientras lentamente se empapaba de sangre.

—No creo que realmente te hayas dado cuenta —siseé entre dientes sin hacer caso a su amenaza. No, no se daba cuenta de la situación en la que me había encontrado, de lo contrario no

me habría hablado de ese modo.

—¿Qué quieres ahora?

Respiró hondo y luego volvió a formular la pregunta, de manera más incisiva, eficaz, mirándome a los ojos como si pudiera leer mis verdaderas intenciones, lo que realmente tenía en mi corazón.

—Tienes que decirme por qué coño viniste a mí.

No respondí. Era una pregunta justa para la que, sin embargo, de un modo completamente absurdo, no estaba preparada. ¿Qué quería? Ni siquiera yo lo sabía. Tal vez había esperado un tipo de recibimiento diferente, ansiaba ser esperada, ser... amada. Tampoco yo lo sabía. De lo que estaba segura era de que no me sentía capaz de manejar su comportamiento, sus reacciones, como la que tenía en ese momento. Kenneth era instintivo, usaba la cabeza pero era también muy práctico. Lo había visto hacer cosas que podían convertirse en pesadillas por la noche. Era un hombre peligroso y podría haberlo sido también para mí. No lo sabía todavía.

¿Podíamos ser más extraños que antes, incluso después de haber hecho el amor? Sí, porque no habíamos hecho el amor, sólo había sido sexo. El recuerdo me transmitió una sensación cálida entre las piernas. En el momento en que su gran cuerpo casi me presionó contra la pared, me sentí extrañamente en casa, como si finalmente estuviera ocurriendo lo único correcto de todos esos días. Luego la estocada, ruda, profunda. Él había encontrado lugar en mí sin pedir permiso, con una prepotencia que me había hecho perder la cabeza. Y luego había mantenido ese lugar, lo había abierto, con sus embestidas impiadosas e implacables.

Me aclaré la voz, los recuerdos me abrumaban. Un buen polvo, uno de esos con los que deleitaba a las mujeres. Sí, porque él mismo lo había dicho y no tenía motivos para creer que no fuera cierto. La idea de que le hubiera pertenecido a otras tenía el poder de arruinarlo todo, me devastaba.

Ni siquiera me había besado, de hecho, para evitar mirarme a la cara me había hecho girar hacia la pared. Sin embargo, era cierto que había vuelto por él. Era la verdad. Decirle la verdad a Kenneth, que seguramente no me amaba, era correr un gran riesgo. ¿Y yo? ¿Qué sentía por ese

hombre que estaba sentado frente a mí y que técnicamente seguía siendo mi marido? ¿Qué pensaba hacer?

En ese momento llegó el camarero con nuestras órdenes, notó la sangre, colocó los platos frente a nosotros intentando, alarmado, recoger el resto de cristales de la copa.

—Fue un accidente —masculló Kenneth rápidamente para hacer que se marchara de inmediato. El camarero llevó otra copa y una servilleta limpia y aproveché ese momento para recuperar el aliento. No me había dado cuenta de que estar allí con él me ponía tan nerviosa.

—No puedo confiar en ti —dijo finalmente, atravesándome con una mirada dura.

Estaba segura de que realmente lo pensaba y, aunque no debería haberlo hecho, era una certeza que me causaba un dolor insoportable.

Capítulo 26

Gemma

Desde que había muerto el señor Parker no me había apegado tanto a otros pacientes como lo había hecho con él. Quizás dependía de mí o tal vez tenía que ver con la relación especial que habíamos establecido. El señor Parker refunfuñaba y yo también lo hacía, pero siempre me ocupaba de él como si se tratara de un abuelo. El período, a su vez, había estado ligado al momento en el que el bastardo de Sebastian había hecho que hallara una serie de macabras advertencias, un paréntesis de mi vida que no me agradaba recordar. Pero todo se reconducía a mi encuentro con Víctor, y eso habría bastado para hacer que no me arrepintiera de nada.

Si no hubiera sido por cómo habían resultado las cosas entre nosotros.

Descubrir que Víctor no me consideraba lo suficientemente íntima como para compartir asuntos importantes con él me dolía de una forma intolerable. Me parecía que las bases para una relación feliz, basada en la confianza y el respeto, se estaban derrumbando.

—Estás pensativa. —Simon me entregó el plan de turnos de la semana. Lo guardé en el bolsillo del uniforme sin siquiera mirarlo.

—Ahora podrías comprar toda la clínica, si así lo quisieras, pero en lugar de ello estás aquí dejándome programar tus turnos.

—No es exactamente como dices: con mi dinero sólo podría dar un anticipo y tendría que hacer que Víctor me comparara el resto. No me parecería correcto. Sobre todo, ya no sería independiente.

—Qué dura eres. Si encontrara alguien que me mantuviera, me pegaría a él como una lapa viviendo la buena vida.

—Trabajo precisamente para que él no me mantenga —resoplé.

No es que la buena vida no me gustara, pero nunca podría aprovecharla. Tenía mi autonomía, mi modo de actuar y de pensar. Estar sometida económicamente a Víctor me asustaba, me daba la sensación de tener que estar necesariamente de acuerdo con él en cualquier circunstancia. En lugar de ello, reclamé mi derecho a disentir, a discutir. Como había sucedido en aquellos días.

El teléfono sonó con la llegada de un mensaje.

Estoy aquí afuera esperándote.

Fruncí el ceño. Faltaban cinco minutos para que acabara el turno de la tarde. No habíamos hablado en todo el día. En varias ocasiones cogí el teléfono y estuve tentada de escuchar su voz, pero cada vez que estuve a punto de llamarlo me detuve. La brecha que se había creado entre nosotros parecía demasiado profunda para repararla con pocas palabras simples. Víctor no creía que yo estuviera lo suficientemente dentro de la familia como para conocer parte de la información. Estaba segura de que no dudaría en compartirla con Kenneth e incluso con Rachel.

Pero yo no, no entraba en esa categoría, seguiría siendo siempre una extraña y poco más.

Me despedí de Simon, di un rápido parte a mi colega y fui a cambiarme. Cada movimiento se ralentizó, como si quisiera postergar indefinidamente el momento de confrontarme con él. Pero, por mucho procrastinar, pronto estuve lista. Apreté el lazo que sujetaba el abrigo en mi cintura y salí de la clínica.

Víctor estaba allí, esperándome, a un lado de la carretera, solo, frente a su coche. No había guardaespaldas, ni siquiera el infaltable Chris; solo él esperándome, con las manos hundidas en los bolsillos de su elegante abrigo. Me acerqué, repasando lo que le diría, recordándole lo injusto que era su manera de razonar. Estaba lista para hacerlo reflexionar sobre lo absurda que era su forma de considerar el asunto, sobre lo mal que me había sentido. Llegué justo frente a él y tuve que levantar un poco la cabeza para mirarlo a los ojos. Eran oscuros como la obsidiana y su cabello caía desordenadamente sobre su frente, debía haberlo torturado todo el día. Su expresión era seria y su entrecejo estaba fruncido, como si estuviera inmerso en un complicado debate consigo mismo que le hubiera procurado un terrible dolor de cabeza. Instintivamente sentí

la necesidad de acariciar su rostro, para hacer que ese dolor desapareciera. Pero no lo hice. Me mantuve firme, inmóvil frente a él, solo mirándolo.

—Perdóname.

Esa única palabra salió de su boca con su tono habitual, como una orden, sin una pizca de humildad que la acompañara. Mi corazón se derritió porque lo amaba tal como era, incluyendo también su obstinado orgullo.

Me pedía que lo perdonara pero no estaba arrepentido, me pedía que lo perdonara pero se habría comportado de la misma manera otras mil veces más, si hubiera sido necesario.

Tomé una respiración profunda. Si había algo que debía estar claro entre nosotros era que toleraría cualquier cosa, excepto que me hiciera a un lado.

—No me importa el pasado, no quiero que vuelva a suceder en el futuro.

Víctor me miró en silencio. No dijo nada. No haría promesas que no pudiera cumplir. Con un dolor tan agudo que me atravesó el corazón, avancé hasta dejarlo atrás. Si no era capaz de darme esa seguridad, no teníamos mucho más que decirnos.

No regresaría a casa con él.

Fui directo hacia mi auto con la sensación de tener el estómago hecho un nudo.

Sentí que me sujetaban por un brazo.

—Espera.

Me giré furiosa. —¿Espera qué? No soy un objeto frágil que puedes guardar debajo de una campana de cristal. —Por primera vez vi esos ojos duros iluminados por un matiz diferente al habitual. No eran arrogantes sino que se encontraban llenos de indecisión. Estaba derrotado, aunque nunca se retractaría de su postura. Sabía que pedirme que lo perdonara había sido difícil para él, pero necesitaba otro tipo de esfuerzo para despejar todas mis dudas. Necesitaba la voluntad de hacerme sentir parte de un nosotros.

Di la estocada final, no podía haber peor momento pero tenía que decirlo o hubiera explotado.

—¿Cómo podemos pensar en tener un futuro juntos si crees que esta es la forma correcta de

protegerme? ¿Cómo te comportarás cuando yo... —Me detuve mordiéndome el labio pero ya era demasiado tarde.

Un centelleo de entendimiento relampagueó en sus ojos.

—¿Estás embarazada, Gemma?

Era el momento más difícil de mi vida. Tenía que evaluar mi futuro en una fracción de segundo y tomar la decisión correcta. Me estaba jugando todo, nuestra relación, nuestra vida juntos. ¿Era correcto hablar de ello frente a la clínica, de pie, en el medio de la carretera? Respondí guiada por el instinto.

—No, no lo estoy.

Pero Víctor me miraba y no estaba segura de que me creyera. Se tensó.

—Ven conmigo, enviaré a Chris a recoger el auto más tarde.

—Prefiero ir con mi coche, nos vemos en casa.

Le di la espalda y no me detuvo. Sabía cuándo respetar mi espacio y sabía qué, si me obligaba a hacer algo, cualquier cosa, sería el principio del fin.

Con el corazón apesadumbrado, subí al auto para regresar, sola, a casa.

Capítulo 27

Mya

El sexo con Kenneth me había alterado. Había sido breve e intenso, pero suficiente para despertar el recuerdo de nuestra pasión. Su rudeza, el deseo que nos había embargado a ambos y que había tomado el mando sobre la racionalidad, era la prueba de que aún había algo entre nosotros. Aunque Kenneth lo negaría hasta la muerte, estaba segura de ello.

No me había saciado. Ese breve interludio me había dejado con un espasmódico deseo de más. La idea de que él ofreciera a mujeres desconocidas lo que por derecho debería haber estado reservado a mí, me volvía loca. Por mucho que me guardara rencor, su vida había continuado sin mí y esa confesión, hecha en un momento tan delicado, era la prueba. Mientras yo me había macerado en el dolor, él había desfogado el suyo follando sin parar.

Desde que había acabado la pausa en el restaurante no había hecho más que rumiar sobre ello y mi malhumor seguía creciendo.

Después del rápido almuerzo, condimentado con la tormentosa discusión, regresamos a la sala de conferencias donde Kenneth volvió a sus aburridísimas reuniones. Yo me mantuve a un lado, como durante la mañana. Kenneth casi me ignoró, dirigiéndome la palabra sólo cuando era estrictamente necesario y nunca más de lo debido.

—Volveremos a casa después de cenar —me informó mirándome apenas.

No dije nada.

—Reservé una mesa en el Mirage. Luego de la cena tendré otra reunión de trabajo. Ahora tengo que descansar. —Lo vi levantarse de la mesa de la sala de reuniones. ¿Dónde descansaría?

—Tomé una habitación —precisó, visto que por mi cara parecía estar esperando respuestas.

—¿Aquí?

—¿Algún problema? —Levantó una ceja desafiándome.

Me mantienes secuestrada, haciendo nada, atada como si fuera tu perrito, ¿qué problema habría?

Me cuidé mucho de no echarle en cara mis pensamientos. Conocía bien la falta de paciencia de Kenneth y me parecía que con los años ese aspecto no había cambiado en absoluto en él, al contrario.

Pero no era solo eso. Una habitación, había dicho. Una habitación significaba solo una cama. Mi corazón empezó a latir más rápido. Tenía los labios y la garganta resecos.

—No —respondí con la cabeza en alto y disfruté de su mirada, que era dura y penetrante. Lo había pillado varias veces mirándome, en distintos momentos del día. Había algo en mí que todavía lo atraía y el sexo que habíamos tenido era una prueba de ello. Estaba convencida, sin embargo, de que preferiría cortarse un brazo antes que admitirlo, incluso consigo mismo.

—Vamos. —Salimos de la habitación, recorrimos el pasillo y luego subimos al ascensor. Kenneth prácticamente me odiaba y habría hecho cualquier cosa para no volver a tocarme. Estaba segura. Lucharía contra cualquier impulso sexual hacia mí. Podía olvidar un epílogo que no fuera una espalda contra la otra. Y sin embargo, el deseo me atravesaba de parte a parte.

Estaba en mi rincón esperando el timbre que anunciaba que el ascensor había llegado al piso y mientras tanto lo miraba. Me faltaba el aire, tenía que salir de allí. De repente ese fastidio se volvió necesidad y la necesidad se transformó rápidamente en pánico. Mis ojos se abrieron como platos, incapaz de parpadear, llevé una mano a mi cuello y con la otra golpeé la puerta, sin darme cuenta. Busqué a Kenneth con la mirada.

—Tengo que salir de aquí —balbuceé con el poco aliento que me quedaba.

—Me tomó por un brazo y con su otra mano rodeó mi cintura.

—Resiste, estamos llegando al piso.

¿Resistir? Era imposible, me estaba ahogando. Pero Kenneth no había mentido y las puertas se abrieron después de un par de segundos. Me lancé fuera de la cabina con la sensación de que moriría de un momento a otro. Sin embargo, en lugar de morir, sentí dos fuertes brazos que me

rodeaban. Kenneth me cogió, como lo hubiera hecho con una muñeca, empujó delicadamente pero con decisión mis hombros hasta la pared, luego me hizo bajar con la espalda pegada al muro, hasta que me encontré sentada en la alfombra.

—Pon tu cabeza entre tus piernas —ordenó y, mientras lo hacía, ayudó el movimiento. Mantuvo mi cabeza en esa posición durante unos segundos.

—Inhala y luego deja salir el aire, vamos.

Pero no podía hacerlo, sentía que estaba hiperventilando. Entonces, Kenneth levantó mi cabeza con un dedo debajo de mi barbilla.

—Hazlo conmigo. Inhala...

Me encontré con sus ojos transparentes y permanecí anclada a ellos obedeciendo.

—Y ahora exhala... —Hice lo que me decía. Y lo hicimos juntos dos o tres veces.

—¿Mejor?

Asentí, incapaz de hablar. Tomó mi nuca y apoyó mi cabeza en su pecho por unos momentos que parecieron infinitos. Era increíble estar abrazados así. Representaba el contacto más íntimo que había tenido con él desde que regresé. En lo que a mí se refería, un abrazo valía más que el sexo. Lo había echado de menos, a rabiar. Hubiera querido abrazarlo, aferrarme a sus brazos, presionar mis senos contra su pecho, pero no tenía la fuerza para hacer más y me limité a inhalar su olor. Cuando mi respiración se normalizó, Kenneth se puso de pie levántadome con él con un movimiento suave y firme. Sin más aviso me levantó en brazos con una naturalidad que me quitó cada palabra de la boca.

Estaba en sus brazos, de nuevo. Las lágrimas amenazaban con desbordarse al sentir que estaba cuidada, protegida, por él. No tenía más alternativa que sostenerme de su cuello o me caería.

—¿Te sucede frecuentemente? —En su voz había una premura que hasta ese momento nunca había usado y que de repente me hizo volver al pasado.

Apoyé mi cabeza en su pecho, incapaz de mirarlo a los ojos. No quería desnudar mi alma, no delante de él, no podía permitirselo.

—¿Que me falte el aire?

—Los ataques de pánico, Mya —me corrigió resuelto.

Inmediatamente comprendió de qué se trataba y no me permitiría fingir que nada pasaba. Y yo, que creía que podía esconderme de alguna manera.

No respondí.

—¿Puedes alcanzar el bolsillo trasero? Allí está la llave de la habitación.

Extendí la mano e hice lo que me decía. Kenneth siempre había tenido un trasero magnífico y en otras circunstancias probablemente no habría resistido a la tentación de pellizcarlo. Abrió la puerta de una habitación con la tarjeta magnética, sin que mi equilibrio se resintiera. Me llevó adentro y luego se inclinó. Sentí el suave colchón debajo de mí y su rostro se hizo más distante a medida que se levantaba. Me dejó allí viéndolo alejarse, dirigirse hacia la mesa y darme la espalda. Estaba abriendo una botella de agua, oía el ruido. La suite era grande, elegante y tenía una cama matrimonial. Miré hacia arriba, hacia la lámpara con gotas de cristal perfectamente pulido y luego de nuevo hacia Kenneth. Se giró en ese momento y volvió hacia mí con un vaso lleno de agua.

—¿Crees que puedes sentarte?

—Sí —grazné, aunque me hubiera gustado sentir de nuevo sus manos en mí. Apoyé la espalda en una pila de almohadas y tomé el vaso de agua que me ofrecía.

—¿Entonces?

Ah, por supuesto los ataques de pánico, Kenneth no lo dejaría pasar.

—Me ocurre de vez en cuando, desde hace algunos años a esta parte —confesé pasándome una mano por la cara.

—¿Te daban calmantes? En la clínica, quiero decir.

—Sí. Cuando era necesario también me sedaban. Sucedía especialmente al principio, luego dejé de rebelarme de ese modo tan violento, no conducía a nada más que a destruirme. —Eran los momentos en los que gritaba, chillaba y despotricaba contra mi familia. Cuando, después de

intentar escapar, era inexorablemente interceptada y devuelta de nuevo a mi lugar.

Kenneth se sentó en el sillón que estaba frente a la cama y se quitó los zapatos.

—¿Tu familia estaba al tanto?

Se desabotonó la camisa y mis pensamientos lucharon por mantener la coherencia mientras lo miraba. Estaba como hipnotizada. Y no solo por su cuerpo. Me estaba pidiendo noticias de mi pasado como reclusa, se estaba interesando en mí, mi corazón parecía a punto de explotar.

—Los habían autorizado precisamente ellos, para que yo estuviera lo más tranquila posible.

—Bastardos —siseó entre dientes mientras me daba la espalda, se deshacía de su pesado reloj y lo colocaba sobre el mueble frente a la cama. Pero yo lo escuché.

—Puedo darte algo para que descanses mejor, tengo unas gotas —me dijo girándose de repente.

Lo miré. La lengua se me había pegado al paladar por lo pecaminosa que encontraba la visión de su pecho desnudo. Era un concentrado de músculos y fuerza con la piel casi completamente decorada por tatuajes.

—¿Mya? —insistió y mi nombre en sus labios fue lo más sensual que jamás hubiera oído. La idea de ser drogada por enésima vez me provocó un sentimiento de angustia—. No, no lo soportaría, por favor.

Asintió, como si realmente comprendiera mi exigencia.

—¿Tienes frío?

—Algo.

Fue al armario, tomó una manta y la tendió sobre mí. Hubiera preferido su cuerpo a la manta, pero me guardé ese pensamiento para mí. Rodeó la cama y se tumbó sobre ella. No se cubrió, solo entrelazó sus brazos detrás de su cabeza. En la misma cama, físicamente cercanos aunque distantes desde todos los demás puntos de vista, sentí derrumbarse todas mis defensas, y acunada por su olor, el sueño me raptó.

Capítulo 28

Kenneth

No podía irme, no con Mya dormida. Quién sabe dónde podría haber ido durante mi ausencia. Me lo repetí un par de veces. No, no era por eso, lo cierto era que no quería dejarla sola, no después de lo que había pasado en el ascensor.

Me volví hacia ella. La veía tan pequeña e indefensa. En el sueño se había abrazado completamente a mí y no había tenido la fuerza de alejarla, porque eso debería haber hecho. Mantenerla lejos de mí. Sin embargo, su olor trajo a mi memoria años pasados, situaciones a esas alturas terminadas. Todos capítulos que no me podía permitir abrir de nuevo o habría sido el fin. Y luego, su cuerpo así pegado al mío había hecho que me pusiera duro como la roca. Sus pechos presionaban en mi brazo, su muslo doblado estaba apoyado en mí y podía sentir el calor de su coño sobre mi piel incluso a través de la ropa. Mi pájaro estaba listo desde hacía tiempo y yo empezaba a sufrir. Si hubiéramos sido los de antes, habría esperado a que se despertara y hubiera hecho que me cabalgara o la habría puesto en cualquier otra posición que le hubiera apetecido en ese momento. Pero ya no eran así las cosas entre nosotros, así que me levantaría y me haría una paja bajo la ducha. O tal vez dos.

Miré el reloj, en poco más sería la hora de la cena y luego mi cita. Me deslicé poco a poco a un lado, saliendo de debajo de su cuerpo con delicadeza y tomé mi teléfono. El balcón era la solución correcta para no molestar. Abrí la ventana francesa tan silenciosamente como pude e hice mi llamada.

—La reunión queda pospuesta.

Miré a través del cristal en dirección a la cama, donde Mya dormía plácidamente.

—Hubo un imprevisto.

Mi imprevisto reposaba tranquilo y me atraía como el más poderoso de los imanes. Mientras la miraba, me di cuenta de que era inútil mentirme a mí mismo. Mya nunca podría ser como todas las demás mujeres. Nunca. Y, si esa admisión tenía gusto a derrota, debía tomar nota de ello. Fingir no serviría de nada. Ella llegaba directo a mi corazón sin dar demasiados rodeos. Llegaba y basta, y ahí se quedaba, lo quisiera yo o no.

Pero eso no significaba que le permitiría volver a poner un pie en mi vida. Guardaría mi debilidad para mí. Revestiría a mi corazón de hielo, como bien sabía hacer, y seguiría adelante. Sobreviviría, después de todo siempre lo hacía. Sobreviviría también a ella.

Colgué y encendí un cigarrillo, luego llamé al servicio de habitaciones para ordenar la cena.

Capítulo 29

Mya

Abrí los ojos de repente. Era de noche, las luces de la ciudad brillaban detrás del gran ventanal. Me quedé dormida después del ataque de pánico. ¿Y Kenneth? Había hablado de una cita tras la cena. Me levanté lentamente para ir a la otra habitación de la suite.

Estaba al teléfono, con un cigarrillo encendido entre los dedos, de pie, me daba la espalda, de frente al gran ventanal que daba al Strip. Su voz se confundía con el programa de entrevistas que estaban transmitiendo en la televisión.

—Aún tengo que descubrirlo.

¿De quién hablaba?

Largo silencio.

—Si es necesario, me ocuparé de ello. En el desierto o en el mar, no habrá diferencia.

Carajo, ¿estaba hablando de mí? ¡Enterrada en el desierto o despedazada y arrojada al mar! No podía ser verdad, no podía creer algo así. No hablaba de mí. Kenneth nunca lo habría hecho...

Un sollozo subió a mi garganta y atrajo su atención. Kenneth se giró y colgó el teléfono. Vino a mi encuentro sin intentar ocultar la conversación. No tenía ninguna intención de atenuar los indicios de su crueldad.

—¿Hablabas de mí? —lo provoqué con la barbilla en alto para ocultar esa mezcla de sensaciones que se arremolinaba en mi estómago. El miedo era como un ácido poderoso y corrosivo.

—No debería interesarte —respondió seriamente. Dio una última calada a su cigarrillo y lo aplastó en el cenicero. No me estaba mirando sino devorándome. Su mirada era depredadora y

exigente y en pocos instantes consiguió darme una sensación de calor en lugares ocultos de mi cuerpo.

—Tengo hambre. —Lo espíé para ver su reacción.

—Ya cené —dijo señalando el carrito de servicio a la habitación. Arrogante y desconsiderado como de costumbre. Por supuesto, eran más de las once, obviamente había cenado.

—Pero yo no —repliqué. Fui hacia el carrito y destapé la bandeja. Allí estaba el hueso de lo que debía haber sido un gran filete, debidamente roído. Había quedado alguna que otra patata, estiré mi mano para coger una, pero Kenneth me detuvo con un firme agarre en mi muñeca.

Levanté la mirada y lo encontré erguido sobre mí.

—Vamos.

Me empujó hacia la entrada.

—Ponte los zapatos y vamos a buscar algo.

Tal vez poco antes estaba realmente hablando de mi muerte, pero nunca permitiría que comiera sobras.

Una hora después casi había acabado un plato de tagliatelle con crema y bebido una coca cola. Kenneth había tomado una cerveza.

Simplemente habíamos bajado al restaurante del hotel. Mi ropa estaba toda arrugada y mi cabello desordenado, pero no me importaba. Kenneth, en cambio, estaba más atractivo que nunca con pantalones y camisa negra; con una abundante porción de su cuello tatuado a la vista, atraía las miradas de todos, especialmente de las mujeres. Luego, las mismas mujeres me miraban y en sus ojos leía curiosidad, además de envidia.

No quería volver más pesado el ambiente, pero el tiempo que tenía a disposición con Kenneth era poco. No sabía cuánto duraría esa repentina vocación de hacerme de niñera, cuánto tardaría en comprender que decía la verdad y cuánto cambiaría eso las cosas. Probablemente no las cambiaría, para él yo era una mentirosa y seguiría siéndolo. La conversación que había

escuchado por teléfono poco antes quizás no fuera sobre mí, pero no me hacía sentir tranquila. En nuestro medio no se podía tener escrúpulos a la hora de hacer cosas tan aberrantes; sin embargo creía que Kenneth nunca llegaría a hacerme daño seriamente, o algo peor. Lo miré a la cara. Ojos que eran frialdad en estado puro, labios sellados en una expresión increíblemente cabreada.

—¿Qué hiciste mientras yo estaba... lejos? —pregunté sin pensar. Estaba cansada de las estrategias, las encerronas, los engaños. Estaba cansada y punto.

Tomó un largo sorbo de cerveza. Los labios adheridos al vaso, su manzana de Adán se movía arriba y abajo sobre el intrincado patrón de su cuello mientras tragaba. De repente necesitaba hidratar mi boca también.

—Mientras estabas muerta —me corrigió. Tragué. Era cierto, no podía imaginar lo que debía haber sido para él.

—Primero, odié a mi hermano. Quería matarlo. Luego, cuando comprendí que tu familia estaba detrás de todo, te odié a ti y me alegré de que ya no estuvieras en mi vida. —Lo dijo mirándome a los ojos, sin ahorrarme ni una gota de dolor.

Eran palabras difíciles de digerir pero sabía que eran ciertas. No tuve el valor de preguntarle si finalmente había entendido que yo no había tenido parte activa en toda esa historia. Era un riesgo demasiado alto. Escucharme responder que no era cierto, hubiera sido el equivalente a recibir una bofetada en la cara y en ese momento no tenía fuerzas para soportarlo.

—No sabía nada —me dije principalmente a mí misma, total estaba segura de que a Kenneth no le importaba esa parte.

—No puede hacer ninguna diferencia para mí.

Lo dijo como si sintiera un dolor vivo en ese preciso momento, un sufrimiento que se renovaba de manera implacable y poderosa.

Aprecié su sinceridad. Había pasado por un verdadero suplicio, se sentía demasiado traicionado para poder perdonar. Y hasta podía comprenderlo. ¿Pero quién comprendería cómo me había sentido yo? ¿Quién acogería mi sufrimiento y curaría mis heridas? Probablemente

nadie. Era la víctima de toda esa absurda historia y nadie me salvaría.

—Termina de comer.

Levanté la mirada para observar su expresión. Por primera vez su tono no era acusatorio como lo había sido hasta ese momento, era un tono de disgusto. Probablemente le daba pena, siempre que un hombre como Kenneth pudiera sentirla. Podía darle pena como un perro o un gato herido, pero nada más.

—He comido suficiente —respondí. A pesar de que en ese momento lo que deseaba era poner la cabeza en la almohada y tal vez tomar ese somnífero que quería darme antes, para apagar todo pensamiento y olvidar por un momento aquello en lo que se había convertido mi vida.

Capítulo 30

Mya

Suspendida la reunión, Kenneth decidió regresar a Henderson para pasar la noche. O lo que quedaba de ella.

El viaje fue breve y silencioso, excepto por la música clásica que llenaba la cabina del Lamborghini. Agradecí a ese soprano de voz maravillosa por el simple hecho de llenar el silencio entre nosotros y acunarme delicadamente, aligerando mi estado de ánimo por unos momentos. Esa noche estaba triste, no enfadada, no estaba determinada como de costumbre, sino solo triste. Finalmente era consciente de que estaba luchando una batalla que nunca podría ganar, no importa cuánto me empeñara.

Darme cuenta de eso por primera vez era deprimente, como si hubiera depositado todas mis esperanzas en una apuesta que sólo podría perder.

Villa Caruso estaba a oscuras. Kenneth abrió la puerta y nos encontramos en el ingreso. Fue ese el momento exacto en el que deseé que me llevara a su habitación, pero ese pensamiento no debía siquiera haber cruzado su mente. Subimos la escalera uno junto al otro y en silencio. Pasamos por su dormitorio y ambos entramos en el de invitados. La odiosa habitación amarilla. De hecho, solo fui yo quien entró, Kenneth se quedó en el umbral y estaba a punto de cerrar la puerta cuando lo llamé.

—Kenneth...

Me miró sin preguntarme qué quería, mejor dicho, preguntándomelo únicamente con sus ojos.

Me hubiera gustado hacer que me diera algunas de esas gotas para dormir que me había ofrecido antes. Pero aturdirme no habría sido una buena idea. Me había ocurrido tantas veces y

no era una solución, nunca lo era.

—Nada —dije. Él no agregó una palabra más y se fue, cerrando la puerta. Me acerqué al cristal de la ventana. Unos minutos después oí que los perros habían sido liberados.

Kenneth aún no confiaba en mí.

Capítulo 31

Mya

Mi corazón latía a un ritmo que no era normal. Si seguía así moriría, lo sentía. Era un latido doloroso y frenético que no podía regular. No entendía de dónde venía toda esa angustia porque me resultaba difícil determinar dónde me encontraba. De repente todo estuvo claro. Estaba en la clínica, en Canadá. Dos enfermeros aparecieron como salidos de la nada. Que eran enfermeros lo sabía por el uniforme y las máscaras que les cubría la cara hasta casi los ojos. Tan pronto como los vi, empecé a gritar y el espacio oscuro alrededor de mí se iluminó. Grité aún más fuerte cuando me atraparon. Uno de los dos tenía en su mano una prenda, una camisa de fuerza. Grité con todo el aire que tenía en mi cuerpo, pero mientras más me debatía ellos más podían retenerme. Mi corazón explotaba en mi pecho. Chillé fuerte, lo más fuerte que podía.

Me encontré sentada en el medio de la cama, con la frente bañada de sudor y el cabello pegado al rostro. Estaba en la habitación amarilla, solo era la habitación amarilla. Me miré, no tenía ninguna camisa de fuerza. Pero me faltaba el aire, me parecía que estaba a punto de desmayarme. El pánico subió a mi garganta como agua que me quitaba el aire ahogándome. Moriría en esa habitación y en ese momento. La desesperación me dio la fuerza para levantarme e ir hacia la única persona que podría salvarme.

Me lancé hacia la puerta y corriendo recorrí el pasillo iluminado solo por la luz de la luna que se filtraba a través de las ventanas. Lo único en lo que podía pensar era que nunca llegaría a tiempo, moriría antes. Estaba segura de ello, pero a pesar de todo avanzaba lo más rápido que podía, desesperada.

Llegué corriendo a la habitación de Kenneth y giré el pomo de la puerta irrumpiendo como un tornado. Estaba oscuro pero sabía donde dormía porque, aunque todo había cambiado, la

cama estaba en la misma idéntica posición que cuando esa era nuestra habitación.

Había hecho un ruido infernal porque vi en la oscuridad iluminada por la luna la silueta de Kenneth sentándose repentinamente. Sin saber lo que estaba haciendo, me lancé sobre él. Su cuerpo cálido fue lo primero que encontré al zambullirme. Debió haber abierto los brazos porque sentí el muro de músculos tensos y el cosquilleo de los vellos de su pecho en mi rostro. Me aferré a ese calor sólido y reconfortante, mientras mi corazón no dejaba de latir demasiado rápido. Sus brazos me rodearon.

—Mya, ¿qué sucede?

Su voz áspera llegó a mis oídos.

—Me estoy muriendo —susurré sin fuerzas. Me sentía completamente vacía. Me abracé con aún más ímpetu a él y lo sentí envolver sus brazos alrededor de mi espalda en un abrazo total. Me estaba muriendo, pero en sus brazos.

—Respira lentamente —me susurró al oído, hablándome a través de mi cabello. Luego se tumbó de lado, colocándose en la misma posición que él. Estaba con mi rostro apoyado en su corazón y completamente encerrada entre sus brazos. Sus latidos eran fuertes y regulares.

—Concéntrate en tu respiración. Escucha mi corazón y respira a su mismo ritmo. Así...

Tomó aire por la nariz y luego lo expulsó por su boca. Hice lo mismo, junto con él. Una, dos, tres veces. Su corazón latía regular y fuerte. Me concentré en eso con los ojos cerrados y vacié mi mente de todos los pensamientos de muerte.

—Estás conmigo, nada puede pasarte. —Sus manos empezaron a acariciar mi espalda. Ese toque me calmaba, me hacía comprender que estaba presente y a mi lado.

—Soñé... —dije con la nariz en su cuello. Olía a hombre, a cama, a seguridad. A casa. Me acurruqué más cerca de él.

—Qué... —preguntó sin detener el movimiento hipnótico de sus manos. Su caricia era un bálsamo benéfico.

Hablé con mi boca en su cuello.

—Estaba en la clínica, me estaban atando... —Me detuve, incapaz de continuar.

—Estás conmigo, nadie te hará daño. —Y esas palabras fueron las únicas que quería escuchar y que podían darme el beneficio que deseaba. La presión de la angustia comenzó lentamente a aflojarse y tomé consciencia del hecho de que Kenneth estaba desnudo. Completamente. Esa certeza, unida a la necesidad de contacto que imploraba, me empujó a frotarme más contra él y aferrarme a su cuerpo. Con el muslo me topé con la erección de granito que tenía entre las piernas. Lo escuché inhalar sufriendo.

—No hay nada que pueda hacer al respecto —dijo con los dientes apretados.

Sabía que había ciertas cosas que no podían controlarse, pero la idea de que era yo quien provocaba esa perturbación me reconfortó. Tal vez podría haber sido cualquier otra en esa misma situación, sin embargo no importaba. En ese momento era yo quien estaba en su cama. Y él era mi marido. Mi corazón comenzó a latir con fuerza pero a un ritmo diferente, ya no el de la angustia sino el de la excitación. Bajé con una mano a lo largo de su pecho, luego lentamente sobre su estómago. Sentí sus músculos abdominales tensarse a mi paso, con el miedo de que me detuviera con su férreo agarre.

Pero no lo hizo.

Encontré su miembro largo, grueso y duro y lo agarré. En respuesta, Kenneth suspiró y me pareció el sonido más excitante que pudiera oír. Su carne estaba caliente. Comencé a moverlo haciendo que se deslizara arriba y abajo y tomando en la palma sus testículos, sopesándolos suavemente.

—No lo hagas —dijo con los dientes apretados, pero jadeaba.

No respondí. No pararía. Llevaba siglos sin tocarlo y lo extrañaba tanto como era posible. Liberé también mi otra mano y bajé a agarrar sus pelotas mientras movía el miembro hacia arriba y hacia abajo. No me echaría de su cama, estaba segura. Estaba vulnerable, como yo lo había estado hasta ese momento. Y como todavía lo estaba.

—¿A qué le temes? —susurré buscando sus labios.

Tomó mi cara y me empujó contra el colchón. Me inmovilizó con sus ojos mientras mi mano continuaba moviéndose sobre él.

—¿Qué quieres, Mya? ¿Lo que tienes en tu mano? Porque de mí podrás tener solo eso —lo dijo con los dientes apretados, mientras no dejaba de tocarlo. Tenía fuego en sus ojos y una expresión atormentada.

¿Qué quería?

—Quiero que me beses —respondí simplemente. Fue lo primero que se me pasó por la cabeza y lo más cierto. Kenneth miró mis labios, como si estuviera atormentado o indeciso y yo no interrumpí el ritmo con el que lo tocaba, esperando que cediera. Y lo hizo. Bajó sobre mi boca devorándome.

Mientras lo hacía, tomó mis brazos y sujetó mis muñecas por encima de mi cabeza. Ese beso fue un regreso a casa, una reconciliación con él, conmigo misma y con el mundo. Me pareció que todo volvía a su sitio y que yo por fin tenía el lugar correcto en toda esa historia. Tomó mi boca mientras frotaba su pelvis contra la mía. Podía sentir la dureza y el largo de su deseo, sus ganas.

Devoró mi boca y luego mi cuello. Pero fue cuando se pegó a mi pezón, chupando, que sentí todas mis terminaciones nerviosas encenderse. Chupó como si pudiera alimentarse de mi pecho, con esa fuerza suficiente para tenerme en vilo entre placer y dolor. Alternó entre uno y otro en una danza que me hizo perder la cabeza.

Luego bajó, besando mi vientre y mi ombligo. Sabía a dónde quería llegar y mi pecho se llenó de emoción. No era solo por la sensación maravillosa que recordaba, sino por la intimidad de ese gesto, esa conexión tan profunda que teníamos cuando ponía su boca sobre mí.

Kenneth me miró y me olió. Una oleada de vergüenza me envolvió. No me había preparado para ese encuentro, todo había sido repentino, temía tener un olor desagradable o, en todo caso, simplemente no fresco. Pero mientras las ansiedades se superponían en mi cabeza, una caricia húmeda llegó para disiparlas, acompañada de un rugido complacido. Kenneth exploró mi intimidad con calma, lamiendo las paredes y concentrándose en la parte más sensible de mí. Recordaba lo bueno que era, pero mis recuerdos no estaban a la altura de la realidad.

Quizás había practicado durante mi ausencia... Dejé ese pensamiento a un lado. No debía

interesarme. Aquí y ahora y eso es todo. No debería haber pensado en nada más.

Hundí mis manos en su cabello y empujé su cara contra mí en el intento por encontrar mayor satisfacción, sin embargo Kenneth me lo impidió. Unos segundos más y habría alcanzado el orgasmo pero, así como yo lo sabía, también él debía sospecharlo. Se arrodilló en la cama y comprendí lo que quería. Estaba gloriosamente excitado frente a mi cara. No había necesidad de que me dijera qué hacer. La agarré y chupé la punta, para luego tomarla en mi boca tanto como pude. Y fue una empresa, tal como recordaba. Pude hacer entrar apenas la mitad y solo por poco. Kenneth no me permitió continuar por mucho tiempo. Se sentó y estiró el brazo hacia la mesa de noche. Ah, por supuesto, el condón, no podía estar limpio después de cuatro años de sexo indiscriminado.

Enterré también ese pensamiento o habría sentido deseos de llorar. Lo vi desenrollar el preservativo y ponérselo. Luego me tomó por la cintura y me bajó sobre él. Lentamente. Estaba lubricada pero terriblemente apretada.

—Despacio... —imploré mientras me empalaba. Se detuvo. Apoyé mis manos en sus hombros e inhalé para contener el dolor de la invasión. Avanzó lentamente, un centímetro a la vez, hasta que estuvo dentro hasta la empuñadura. Me sentía llena y necesitada aún de algo. Ese algo fue el movimiento que hice retrocediendo y luego hundiéndome todavía más. Eso, eso era lo que necesitaba. Tomó un ritmo lento que me regaló con cada embestida un pico de placer siempre superior al precedente. El movimiento se hizo poco a poco más rápido, hasta convertirse en una verdadera cabalgata. Lo miré, debajo de mí, tenía las manos en sus hombros, Kenneth mantuvo los ojos abiertos, transparentes y muy abiertos en mí, adorándome. Nunca podría olvidarme de ese momento. Nuestros cuerpos estaban unidos y también nuestras almas lo estaban, conectadas una a la otra.

Me detuve, incapaz de alcanzar el orgasmo de esa manera. Nunca lo había sido, Kenneth lo sabía. Debió leerlo en mi cara porque me giró y aterricé con la espalda en el colchón. Se zambulló entre mis piernas. Recibí la visita de su lengua y luego dos largos dedos entraron en mí. Me sentí perdida en esa estimulación absurda y sin tregua. El orgasmo llegó como una oleada

fuerte e imparable. No podía detenerlo y tampoco hubiera querido hacerlo. Cabalgué la ola del placer gritando, sin preocuparme por quien pudiera oírme. Y, cuando la sensación comenzaba debilitarse, Kenneth se colocó sobre mí, cubriéndome con su cuerpo y entrando en mí. Empujó apenas dos o tres veces antes de echar su cuello hacia atrás y dejarse llevar también él por el placer. Se quedó sobre mí y luego salió. Rodó sobre su espalda llevándome sobre su pecho.

Volvió su rostro hacia mí y presionó sus labios en mi sien en un beso silencioso y totalizante.

—¿Y ahora? —pregunté sin fuerzas.

—Ahora duerme, Mya —respondió. Y yo, no sé de qué manera o por qué razón, verdaderamente me quedé dormida plácidamente.

Capítulo 32

Kenneth

Esa mañana Rachel me estaba esperando, estaba seguro de ello. Acababa de salir de su estudio, pero yo habría puesto ambas manos en el fuego dispuesto a asegurar que había estado espiando mis movimientos para poder interceptarme. Y lo había logrado.

Nuestros caminos se cruzaron cuando yo bajaba la escalera y ella recorría el pasillo hacia la entrada principal.

—Kenneth, tengo que hablar contigo.

El tono era siempre autoritario, decidido, de ultimátum.

—Ahora no, tengo prisa.

Era cierto, como también era cierto que no tenía ningún deseo de hablar con ella sobre lo que había sucedido con Eric Preston. Mucho menos de Mya. Solo podían ser esos dos argumentos con los que pretendía acorralarme y era el último de mis deseos.

—También tengo prisa, voy de salida, puedes llevarme.

La usual arrogancia de mi abuela. Se ubicó a mi lado con ese molesto sonido de sus zapatos de tacón en el piso de mármol.

—Pero si ni siquiera sabes a dónde voy.

—Tengo prisa por hablar contigo, no por ir a algún lado.

—Goldstrike —mascullé.

—Estará bien —me liquidó. Había ganado. La minera era un sitio en medio del desierto donde no había nada, excepto todo lo necesario para extraer el oro. Y ella quería ir precisamente allí. Rachel era imposible, pero sabía que no me dejaría en paz sin llegar al fondo de todo lo que tenía en mente. No podía evitarla hasta el fin de mis días, igual daba enfrentarla.

Tan pronto como subió al auto, encendió un cigarrillo. La imité. Estaba nerviosa pero no se lo iba a poner fácil.

—¿Que piensas hacer con ella? —rompió el silencio aspirando profundamente.

—No es asunto tuyo. —Le debía respeto a mi abuela y nunca lo olvidaría, pero no podría contenerme por mucho tiempo más. Después de lo que había ocurrido entre Mya y yo la noche anterior, estaba confundido y ni siquiera yo sabía qué decisión tomar. Por supuesto, no compartiría mis incertidumbres con ella, podía olvidarse de ello. El recuerdo de Mya en mi cama, tal como la había dejado esa mañana, me provocó una punzada en mi pecho, como si alguien estuviera exprimiendo mi corazón. Alejarme había sido lo más difícil, pero también la única opción posible. Era cierto que tenía trabajo que hacer, pero también era cierto que debía mantenerme algo alejado para aclararme las ideas. Su presencia me confundía, me quitaba la lucidez.

—¿Recuerdas lo que su familia... —solo habíamos hecho un breve tramo después de atravesar el portón de la propiedad y detuve el coche con una frenada, de esas que dejaban marcas en el asfalto.

—Si estás aquí para darme consejos que no he pedido sobre cómo manejar a Mya o las relaciones con lo que queda de la familia Leone, te advierto que puedes bajar. Sé lo que hacer, en ambos casos.

Mi abuela no se mostró perturbada.

—No era de eso de lo que quería hablarte. Al menos no sólo de eso.

Ni siquiera pestañeó ante mi arranque. Sabía la *nonna*, en el fondo siempre sabía qué camino tomar para salvarse. Reanudé la marcha.

—Sabes lo que pienso sobre Mya y los Leone, pero no me corresponde a mí conducir a la familia. A propósito, a Eric lo dejaste bastante mal.

Era inevitable que tuviéramos que enfrentar ese punto. No me iría con rodeos, tenía que comprender las consecuencias de sus acciones.

—No me parece que tengas muy en claro que no te corresponde a ti conducir a la familia.

Lo que tramaste con Eric fue imperdonable. Si no hubiera mencionado tu nombre, lo habría matado.

Por primera vez vi a mi abuela preocupada. Pero la conocía y sabía que no lo estaba por ella misma y tampoco por Eric. Nadie era más importante que la familia y, en lo que se refería a sí misma, nunca había temido nada.

—Víctor me odia —dijo sin más preámbulos. Finalmente había descubierto sus cartas. Eso era lo que realmente la turbaba, el hecho de que mi hermano no pudiera perdonarla. Encendió un segundo cigarrillo inmediatamente a continuación de haber apagado el primero.

—¿Y qué quieres de mí?

Sabía lo que quería pero no estaría dispuesto a concedérselo.

—Que hables con tu hermano y hagas que comprenda que era necesario.

Inhalé tratando de calmarme y haciendo acopio de toda la paciencia que me quedaba, que no era demasiada.

—No puedo hacerlo.

—Sí, puedes.

—Víctor tiene razón, cometiste un enorme error. Pusiste en duda su juicio. Deberías haberle dicho a él que Riko era un infiltrado de los Espinoza, no a Eric. Le negaste información valiosa, incluso para el futuro. Con un solo golpe pusiste en peligro la vida de un aliado, minaste la autoridad del jefe de familia de los Caruso y...

—...qué, dilo total lo pensaste.

Inhalé sacando lo que había en mi alma y fue como arrancar algo con cruel ferocidad.

—No confiaste en mí.

Esa verdad me quemaba en la lengua y a la altura del pecho como fuego. Rachel, mi abuela, sangre de mi sangre, la persona que más había cuidado de mí en la vida, no consideró que pudiera manejar ese asunto. Porque era demasiado inestable.

Poco confiable.

No sabía si me lastimaba más el hecho de que ella pensara eso o el hecho de que fuera

verdad.

—Yo no...

—Tú pensaste que no sería capaz de manejar la situación.

No respondió, todo se podía reprochar a mi abuela excepto el hecho de ser una hipócrita. No lo era.

—Y tal vez tengas razón. Pero eso no puedo perdonarlo, primero a mí mismo y luego a ti. Y no puedo ayudarte con Víctor, lo siento.

Todo era cierto: que no podía ayudarla con mi hermano y que lo sentía. Pero más allá de eso, no había nada que pudiera hacer por ella.

Continuamos en silencio hasta Goldstrike, yo sumido en mis pensamientos y ella con la cara vuelta hacia la ventanilla.

Una vez que llegáramos, me reuniría con el equipo que se ocupaba de las extracciones y para ella llamaría a Chris, que podría llevarla a donde quisiera.

Capítulo 33

Mya

Habíamos hecho el amor.

Había sido diferente a la vez anterior. Si en la habitación del hotel había sido sólo sexo furioso y rabioso, la noche anterior habíamos hecho el amor. Estaba segura de ello, conocía la diferencia. Y a partir de ese momento toda la situación se había complicado. Kenneth nunca me perdonaría, era la más triste de mis certezas, así como sabía también que ese evento no programado haría que la crisis que estábamos atravesando, se profundizara aún más.

Hasta ese momento nunca me había perdido de vista ni un sólo día, una mísera hora. El hecho de que fueran las once de la mañana y me encontrara sola en su habitación suponía que él había tenido un compromiso al que no había podido renunciar y en el cual yo no podría haber estado presente, de lo contrario me habría llevado con él.

Había engañado el tiempo con la nariz pegada a la ventana, pensando.

Era absurdo que me mantuviera secuestrada así, ya no lo permitiría. Había pasado el momento del dolor, a continuación había aflorado la rabia y no permitiría ser tratada como la culpable de mi secuestro y mi presunta muerte. Era la víctima, incluso un niño se habría dado cuenta de ello.

La testarudez de Kenneth al no admitirlo había superado todos los límites y, si hasta ese momento lo había soportado, desde ese día en adelante ya no lo toleraría más.

Sería lo primero que dejaría en claro tan pronto como lo viera aparecer en la puerta. Si todavía tenía que pensar en cómo lidiar conmigo no era un problema mío. Había llegado el momento de tomar las riendas de mi vida en mis propias manos, ya no podía soportar ser prisionera. Tenía muchas situaciones que enfrentar. Las había dejado a un lado por mi prioridad,

que era Kenneth. Había corrido a él relegando todo a un segundo plano. Pero no estaba segura de haber tomado la decisión correcta.

En lugar de presentarme frente ante él impotente e indefensa, podría haberme recompuesto y haberlo enfrentado con más fuerza y preparación. Después de todo, yo era Mya Leone, criada a pan, dignidad y sentido del honor. Tendría que enderezar la espalda y sacar a relucir el deseo de luchar. No podía consentir que me acorralaran de nuevo, no.

Lo primero entre todas las cosas a hacer era regresar a mi casa. Es decir, villa Leone, en Paradise.

Mi padre y mi hermano estaban muertos, había un testamento que abrir, propiedades que conocer y administrar. Mi apellido representaba un imperio y, si hasta ese momento había sido excluida como posible administradora de un patrimonio así, las cosas cambiarían. Estaban mis primos, pero yo era la heredera directa y legítima.

Escuché que el pomo giraba y un nudo cerró mi garganta. La puerta se abrió y Kenneth apareció. Tenía los pantalones llenos de polvo y el cabello despeinado. Sus ojos transparentes inmediatamente me atraparon, hipnotizantes. En un momento olvidé mis planes.

—¿Qué hiciste?

—Estaba en el desierto. Todavía tengo que lavarme.

Siguió un breve momento de silencio.

—Pensé que querías salir de aquí.

—¡Por supuesto que quiero salir de aquí, pero no como sacas al perro, Kenneth! Sabes que no podrás seguir así para siempre.

Sin decirme nada fue al baño. No se molestó en cerrar la puerta. Si hubiera querido mirar, podría haberlo hecho. Me senté en la cama. Desde allí podría ver solo algo. No todo de él desnudándose. Pero vi claramente su hermoso trasero y la espalda musculosa decorada con tatuajes mientras entraba en la ducha. El agua comenzó a correr y el vapor se formó de inmediato, así que cuando levanté la mirada sólo podía distinguir su silueta desnuda. Lo había visto en decenas de ocasiones, lo había soñado infinidad de veces. El recuerdo de la satisfacción

que había conseguido darme me hizo apretar las piernas y me encontré incapaz de pensar sin perder la cabeza. Esperé a que terminara la ducha. Salió con un albornoz. Se entrevía algo de su cuello musculoso y tatuado. Me miró y me temblaron las piernas. Fue al vestidor y se quitó la bata. Comenzó a vestirse, ignorando por completo mi presencia, como si no estuviera en la habitación o simplemente como si fuéramos una pareja normal de marido y mujer. Pero no lo éramos, no había nada de normal entre nosotros.

—Tenemos que ordenar algo para el almuerzo —dijo sin volverse.

—Si no es un problema, prefiero preparar el almuerzo yo misma. Ya no soporto no hacer nada. —Tenía la garganta completamente seca.

Kenneth se giró y me miró indeciso con las manos en las caderas. Era un espectáculo de seducción insostenible. Sus ojos me miraban como si pudieran entrar en mí. Era un modelo de fuerza y sexo en estado puro. Mi cabeza daba vueltas.

Resoplé para falsear el efecto que tenía en mí. —No pondré veneno en tu plato, puedes vigilarme si eso te deja más tranquilo.

—Vamos —dijo, y era su manera de responder que sí.

Ambos salimos de la habitación, la casa estaba silenciosa.

—¿No hay nadie?

—El servicio tiene el día libre, Rachel está en el hospital y se supone que Víctor y Gemma están fuera por el fin de semana. Siempre que resistan juntos hasta el domingo.

—¿Problemas? —pregunté, como si interesarme por ellos fuera lo más normal del mundo.

—Quizás —respondió. De acuerdo, no agregaría más, insistir habría sido inútil.

La cocina estaba equipada y limpia. Abrí el congelador. No era una gran cocinera, pero una cosa sabía hacer, burritos. Había tortillas de farro ya listas y agradecí al cielo por eso, nunca hubiera sido capaz de comenzar la preparación desde cero. Saqué el pollo trozado del congelador mientras Kenneth tomaba de la despensa los pimientos, la cebolla y el repollo. Puse a cocinar la carne y aproveché la espera para picar la verdura. El aroma de la comida estofada empezó a liberarse y a difundirse en la cocina, embriagador e intenso.

—¿Puedes abrir un poco la ventana, por favor?

Kenneth obedeció en silencio. Por el rabillo de mis ojos vi que observaba mis movimientos mientras me movía entre los fogones y el fregadero. Su mirada era ardiente y sentía que me quemaba. Abrió un cajón, sacó manteles individuales y los colocó en la mesa, luego fue el turno de platos, copas y servilletas. Puse a cocinar las verduras. Había algo extremadamente tranquilizador en esa rutina doméstica, una serie de ruidos apagados y dulces inmersos en el silencio de las palabras. Cocinar juntos era algo íntimo, casi familiar. El roce de nuestros cuerpos en forma casual mientras nos movíamos por la cocina era un estímulo continuo, un aguijón que me recordaba lo que había habido entre nosotros.

Kenneth tomó las salsas del congelador y dos cervezas. Nuestro silencio era extraño, lleno de confianza, de conocimiento, casi de intimidad. Reconfortó mi corazón. Mientras enrollaba el relleno en la masa, Kenneth se ubicó detrás de mí para ver en qué punto estaban las operaciones y ese ligero roce de su cuerpo contra el mío me dio una especie de vértigo. Me hubiera gustado darme la vuelta y estrellarme contra sus labios, tomar su cuerpo y saciarme de él, para extinguir un hambre aún más poderosa de aquella que sentía en mi estómago.

Puse los burritos en dos platos y coloqué uno debajo de su nariz. Luego me senté al mismo tiempo que Kenneth hacía lo mismo. Le di un mordisco y no pude evitar gemir suavemente. Y, mientras bebía un sorbo de cerveza, me pareció que una esquina de su boca se estaba curvando hacia arriba. Finalmente veía una parte de él que aún no me había mostrado. Desde el día de mi regreso no había sonreído y ese atisbo de sonrisa me pareció lo más hermoso que pudiera existir. Reconocí al instante esa expresión casi de chiquillo, pícaro, que tenía el poder de hacer mojar las braguitas de cualquier mujer. De seguro las mías. Sus ojos parecían haber abandonado su habitual expresión de tormento y por fin estaban límpidos, un azul e inigualable espejo de aguas calmas.

Lamentaba romper ese hechizo con temas desagradables, pero sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar el asunto.

—Estoy aquí desde hace varios días. Tengo que ir a mi casa.

Lo vi ponerse rígido de repente. Sus ojos transparentes se volvieron un mar tormentoso, los rasgos de su rostro se endurecieron súbitamente.

—Tengo que hacerlo —agregué, antes de que pudiera protestar.

Apretó los dientes e inhaló, como si se estuviera dominando.

—Te acompañaré. —Esa rendición inmediata me levantó el ánimo. Creía que tendría que luchar para conseguir esa concesión, en lugar de ello todo había sido sencillo y natural. Asentí. No lo admitiría, pero la idea de ser escoltada por Kenneth era un alivio. No sabía lo que encontraría y, fuera lo que fuera, no hubiera querido enfrentarlo sola.

—No puedo volver a mi casa después de todo lo que pasó vestida así. —También estaba ese aspecto que no debía subestimarse. Veníamos del mismo ambiente, en familias como las nuestras la forma era también sustancia. Si me hubiera presentado desaliñada o descuidada, habría disminuido el impacto inicial de mi llegada. Y no quería que eso sucediera.

Kenneth me estudió, sabía que comprendía. Incluso aunque me hubiera gustado mucho poder decir que el atuendo no importaba, ambos sabíamos que no era en absoluto cierto.

—Y como no tengo ni un centavo, tendrás que darme tu tarjeta de crédito.

Kenneth arqueó las cejas mientras masticaba, su expresión era entre escéptica y divertida. Dos veces y en el curso de pocos minutos había visto su rostro relajarse como no sucedía desde hacía tiempo.

Esa visión desarmaba mi alma.

Tenía un deseo terrible de aligerar un poco el ambiente y el hecho de que estuviéramos sentados uno frente a otro como una pareja normal, hablando de compras triviales, hacía que mi corazón se sintiera ligero. Tal vez realmente había una esperanza para nosotros, si ambos hubiéramos creído en ello con todas nuestras fuerzas, quizás habría sido posible.

Capítulo 34

Kenneth

Lo había dicho en un arranque de posesión y ahora tendría que cumplir con mi compromiso: acompañar a Mya a su propiedad. La idea me llenaba de rabia pero lo había prometido y de todos modos era necesario. Su padre y su hermano llevaban ya más de un mes muertos, a consecuencia de una venganza en la que la familia Caruso no estaba involucrada. A pesar de que lo merecieran por el engaño que habían orquestado, no fuimos Víctor y yo quienes ordenamos su muerte. Habían sido otras familias rivales. Tal como estaban las cosas, no habríamos intervenido en ninguna represalia, a pesar del vínculo entre Mya y yo. La muerte de los Leone era merecida, todos lo sabíamos. Creía que Mya, en su corazón, también lo sabía, aunque nunca lo admitiría. Por otra parte, nunca soñaría con pedirselo. Por mucho que los odiara, respetaba su luto.

Su repentina muerte había abierto un nuevo paréntesis, hecho de asuntos que resolver y relaciones que manejar. Técnicamente Mya era la heredera de la familia Leone. No había otros hombres en la línea de sucesión directa. Un par de primos se habían ocupado del funeral y de las actividades urgentes de la familia, pero a parte de eso, no había una verdadera conducción. El mando le correspondía a ella o a mí, en tanto su marido.

Estaba esperando que Mya saliera de la casa. Me encontraba ya en el Lamborghini y sentía como si estuviera viviendo un guión ya visto. En los tiempos en los que estábamos juntos, siempre se demoraba más de la cuenta y peleábamos continuamente por ese motivo.

Para luego hacer las paces en el dormitorio.

Cuando la vi salir por la puerta principal me di cuenta de que los gastos hechos con mi tarjeta de crédito estaban justificados.

Cualquier prenda que llevara debajo del abrigo negro anudado a la cintrera, debía ser

igualmente elegante. Los zapatos negros con tacones altos y finos, el cabello peinado hacia atrás para dejar al descubierto su rostro y los ojos maquillados la volvían agresiva y sensual. Los labios llenos de pintalabios rojo enviaron una sacudida directo entre mis piernas que me puso duro inmediatamente. Se subió al auto con el rostro tenso.

—No estés nerviosa —le ordené, aunque el nervioso era yo. Por el efecto que me provocaba verla arreglada como en los viejos tiempos. Fue un salto al pasado, como si no hubiera transcurrido ni siquiera un día desde nuestros momentos turbulentos pero apasionados. Si hubiera tenido que seguir mi instinto, en lugar de ir a villa Leone, la habría hecho subir a mi regazo, allí en el coche, y habría tomado su coño, cuyo simple olor me excitaba y me hacía doler la polla.

—Te parece fácil —espetó. Parpadeé para despertarme de ese sueño erótico. Ella estaba en lo correcto.

—Soy yo quien se está metiendo en un nido de serpientes en el que no he entrado en años y en el que ni siquiera sé qué encontraré. O a quién.

No tenía idea del efecto que tenía en mí, de la turbación que me provocaba. Acomodé el bulto en mis pantalones.

—Es tu casa. Quien quiera que esté allí, no tiene más derecho que tú. Además, estoy yo.

No respondió. No creía tener en mí un aliado y, a decir verdad, tampoco yo estaba completamente seguro de ello en el fondo. Lo único que sabía era que nunca la enviaría sola a ese lugar, aunque se tratara de su casa.

Ella nunca volvería a estar sola.

Ese pensamiento atravesó mi cerebro y mi corazón en el mismo momento.

—¿La villa está cerrada? —preguntó.

—No. Tus primos deberían estar allí, hay asuntos que atender.

Ella no hizo ningún comentario pero sabía bien que la cosa debía haberla irritado. Mya no tenía un temperamento sumiso, luchaba como una leona, someterla no era sencillo.

—¿Saben que has vuelto? ¿Te has puesto en contacto con ellos? —Si lo hubiera hecho,

habría sido a escondidas de mí.

—¡No, no podría haberlo hecho, prácticamente me has secuestrado! La única persona con la que me he puesto en contacto has sido tú.

Golpeado y hundido.

La villa de la familia de Mya se encontraba en Paradise, a unas quince millas de Henderson. Recorrimos ese breve trayecto en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Sabía dónde estaba la propiedad, había estado allí muchas veces en los tiempos de nuestro breve compromiso y nuestro aún más breve matrimonio. En el portón automático el ojo de la cámara nos enfocó y las alas de hierro se abrieron lentamente. Avanzamos con el coche. Villa Leone era una construcción imponente, un cuerpo único que se extendía más a lo largo que a lo ancho. Se trataba de un edificio antiguo, comprado cuarenta años atrás por la familia y mantenido en su máximo esplendor. La aparente tranquilidad del jardín no debía inducir al engaño. Al igual que en villa Caruso, debía haber *personal* en todas partes, listo para cumplir con su deber en caso de invitados no deseados.

Alguien se había tomado la molestia de esperarnos en la puerta de casa. Ese tipo de recibimiento, afuera, no era habitual. Era indicio de inseguridad, si no es que de miedo. Eran tres.

—¿Qué carajo está haciendo De Blasio con tus primos? —murmuré antes de bajar.

Russel De Blasio, el hijo de Frank, estaba junto a los primos de Mya, John y Mitch Leone.

Los tres vestían trajes negros y elegantes. El olfato me decía que habíamos interrumpido una reunión de negocios y que no estaban nada contentos con nuestra visita.

—¡Mya! —La pantomima comenzó de inmediato, porque esos malditos nunca hubieran podido admitir frente a mí que la muerte de Mya había sido un engaño, habría sido el equivalente a una sentencia de muerte. Los Leone se habían salvado de nuestra ira sólo porque habían perdido una hija y no existía dolor más grande que ese. Su engaño había sido vengado con el peor de los castigos. Pero si se hubiera descubierto que sabíamos que Mya no había muerto como me habían hecho creer, sino que simplemente había sido segregada en Canadá, habría sido un asunto completamente diferente.

John parecía una versión joven de Danny De Vito, misma altura y complexión. Fue a su encuentro abrazándola, luego fue el turno del otro, Mitch que tenía un rostro que recordaba el hocico alargado de un ratón. Russel de Blasio no se atrevió a tocarla, se limitó a un movimiento de su cabeza y un par de frases superficiales. Los tres estaban pálidos como fantasmas mientras gritaban ante el milagro de verla viva, sana y salva en medio de ellos. Me extendieron saludos formales, a los cuales respondí con un asentimiento de cabeza. Sentí una furia penetrante ante la idea de Mya enfrentando sola a esos tres. Pero no lo estaba, nunca más lo estaría. Al menos mientras tuviera aliento en mi cuerpo.

—Te ofrecemos nuestro más sentido pésame por la muerte de tu padre y tu hermano — balbucearon terminando uno la frase del otro. Su falsedad era vergonzosa. Probablemente no esperaban nada más y probablemente también habían subestimado la iniciativa de Mya. Ni siquiera habían tenido en cuenta que, muertos los jefes, la heredera legítima pudiera regresar de Canadá y reclamar lo que era suyo. Habían considerado que estaba fuera de juego desde el principio, subestimando su carácter, tenacidad y ambición.

—Gracias —respondió— estoy aquí para arreglar las cosas.

Esa afirmación despertó una mezcla de indecisión y vergüenza. John se aclaró la garganta y Mitch se aflojó apenas el nudo de la corbata como si se estuviera asfixiando. Se miraron a los ojos.

—Estamos aquí para ayudarte, Mya. Hemos cuidado de la situación familiar como si fuera nuestro principal interés. Mejor dicho, lo es. Después de todo, estabas muerta y verte hoy es un milagro... —Al decirlo, Mitch me miró y se secó la frente con un pañuelo arrugado.

Mya lo interrumpió sin ceremonias. —Lo comprendo y os agradezco por haberse ocupado del funeral y de todo lo demás mientras todavía estaba en el extranjero. Pero ahora he regresado y tomaré las riendas de la situación.

El primero en intervenir fue John, dejando caer finalmente sus cartas.

—¿Tú? ¿Sola?

—Ella no está sola, tiene un marido. —Mi voz llamó la atención de los tres.

John Leone habló lentamente, escogiendo con cuidado las palabras, como si caminara por un campo minado. —Kenneth, con todo el respeto que te tenemos, con lo que sucedió entre nosotros, no creo que los Caruso sean los más indicados para tomar las riendas de esta familia.

Siguió un silencio que fue de hielo. La respuesta tajante estaba en la punta de mi lengua, lista para ser escupida, pero se me adelantaron.

—Las riendas de esta familia las tomaré yo, no los Caruso. —Mya atrajo y sostuvo la mirada de todos, orgullosa. Mitch, con su cara de rata, se entrometió.

—Nosotros estaremos a tu lado y también Russel nos ayudará. Pero él tiene que mantenerse fuera o el resto de los hombres se rebelarán contra esta decisión. Tu padre y tu hermano no hubieran aprobado tu elección.

Me hubiera gustado darle un puñetazo en la cara a ese roedor, pero me contuve. No era mi momento, sino el de Mya y, si hubiera intervenido en su lugar, habría dado un duro golpe a la credibilidad que estaba intentando construir frente a sus familiares. Esos imbéciles necesitaban ver que se trataba de una mujer que no podía ser gobernada. Ni siquiera por su marido. Especialmente por su marido. Que siempre actuaría por iniciativa propia y que yo estaría a su lado solo para respaldarla en cualquier tipo de decisión que hubiera tomado.

Los acuerdos que luego haríamos hecho en privado, Mya y yo, serían una historia completamente diferente, nunca habría permitido que se enfrentara sola a esas serpientes de cascabel.

Mya enderezó su espalda y habló con un tono que no admitía réplicas.

—Mi padre y mi hermano están muertos, así que, poco importa lo que hubieran querido. En cuanto a mí, no necesito de los Caruso, no necesito de nadie. Estoy vivita y coleando, como podéis ver, y simplemente recuperaré lo que es mío.

Capítulo 35

Mya

No había sido fácil digerir aquel encuentro en casa de mi padre. Me sentí traicionada, por enésima vez. Incluso en esas circunstancias, no había sido dueña de mis decisiones, una vez más alguien me estaba utilizando para sus propósitos fines.

—No tengo intenciones de cederle la familia a mis primos o a los De Blasio —casi grité. Estaba furiosa. Habíamos hablado durante el trayecto en coche, pero para mí la discusión aún no había terminado. Hervía de rabia y frustración. Esos chacales no eran mi familia, eran aprovechadores sin escrúpulos. Pero de ahora en más yo tendré aún menos escrúpulos que ellos.

Kenneth había cerrado la puerta principal de villa Caruso un golpe seco.

—Yo me ocuparé de ello.

Me giré para enfrentarlo.

—¡No! Quiero hacerlo sola.

—No eres capaz. —Lo dijo tranquilamente, mientras deslizaba las llaves de casa en su bolsillo, como si estuviera constatando lo obvio. Hizo que la sangre se me subiera al cerebro y por un momento la vista se me nubló por la furia.

—¿Quién lo dice? ¿Tú?

No respondió. Entonces lo perseguí, prácticamente chocando contra él, mientras me daba la espalda. Estaba furiosa y las palabras salieron de mi boca sin control, como un río embravecido.

—Son los hombres como tú los que le hacen la vida difícil a mujeres como yo —escupí. Pero él ni siquiera se dio la vuelta. Entonces, lo tomé por los hombros e hice que se girara hacia mí, reclamando su atención. Lo logré sólo porque me lo había permitido, estaba segura. Encontré esos ojos transparentes llenos de una determinación que conocía bien. Me di cuenta como en una

visión de que quería que estuviera de mi lado y no en contra.

—¿Entendiste? —le grité. Luego le di unos golpecitos con el índice en su pecho, tres veces seguidas, sólo para provocar su reacción. Sin darme ningún aviso, Kenneth me acercó a él bruscamente y me besó. No fue un beso romántico y tampoco delicado. Fue un beso rudo, lleno de pasión y necesidad. Su lengua se movía dentro de mí exigente y fuerte, reclamando todo lo que podía de mí mientras yo me rendía a ese asalto. Lo necesitaba, tenía una puta necesidad de ello.

Cuando se alejó estaba aturdida. Mis labios hormigueaban y mis ojos estaban húmedos. La mirada de Kenneth era puro fuego.

—Cámbiate, tenemos que salir.

La salida era al Marquee Nightclub, un local nocturno en el que Kenneth tenía una reunión de negocios. Se trataba de una gran sala principal dividida en pequeños salones separados entre sí. De ella se ramificaban otros ambientes en las inmediaciones, llenos de luces de colores. La música era agradable y no demasiado alta como para no permitir que pudieran oírse unos con otros. Las camareras eran todas mujeres, guapas y sonrientes. Los invitados parecían seleccionados, hombres deportivos en su mayoría jóvenes y mujeres impecables, todas sonrisas, moda y encanto.

—¿Este lugar es tuyo?

—No, estoy aquí para ver si vale la pena hacer una oferta y comprarlo.

—¿Y vale la pena?

—Lo sabré al final de la noche.

Quedaban algunas mesas libres. Kenneth me escoltó hasta uno de los saloncitos.

—Ordena lo que quieras para beber, no tardaré —dijo dejándome sola.

Todavía hervía de rabia por lo ocurrido en casa de mi padre. La situación aún no se había aclarado y, si había algo que necesitaba, eran certezas. Mi vida no era sólo Kenneth, no podía girar todo en torno a él. Volver a Henderson significaba también volver a ser una Leone a todos

los efectos. La muerte de mi padre y mi hermano podría haber sido la oportunidad adecuada para ocupar el lugar que me correspondía y siempre me había sido negado. Había pasado mi vida oyendo qué hacer, con quién casarme, cómo actuar. Incluso morir me había sido impuesto. Pero ese período había terminado. Finalmente tenía la oportunidad de mandar, primero sobre mí misma y luego a todos aquellos que estaban bajo las órdenes de los Leone.

Perdida en mis pensamientos, seguí a Kenneth con la mirada. Se adentraba entre los clientes esquivando cuerpos perfectos y ropas elegantes y apuntaba directo a la barra. Una vez que llegó, se dirigió al camarero y este le sirvió una copa.

Me buscó con los ojos.

Le devolví la mirada.

Desde esa distancia, su atractivo era magnético, un polo de atracción. Lo primero que impactaba de Kenneth era su tamaño. Parecía un luchador, uno que hubiera sido capaz de derribar a cualquier oponente sin demasiado esfuerzo. Toda mujer hubiera querido experimentar el toque gentil de esas manos despiadadas en su cuerpo. A través de la camisa apenas desabotonada se veía una porción del fuerte cuello cubierto por intrincados diseños. Y luego, los ojos, dos gemas engastadas en un rostro duro. Sus labios, tan crueles y al mismo tiempo tan suaves, exigentes y posesivos.

Mientras nos mirábamos a distancia y yo lo devoraba con los ojos, llegó un hombre, mayor que él y distinguido. Kenneth se puso de pie, apuró el contenido de su copa y lo siguió.

Fue extraño que me hubiera dejado sola, no era el guión que habíamos seguido hasta ese momento. ¿Se había asegurado de que no diera un sólo paso sin él y luego, de repente, toda esa libertad? Di unos cuantos sorbos a mi bebida mientras miraba a mi alrededor. Un tipo se estaba acercando, se dirigía directo a mí, estaba segura. Tenía ese aire esperanzado de quien se lanza a una aventura esperando tener éxito. No estaba mal, tal vez sólo apenas algo más joven. Ni siquiera pensé por un momento en darle una oportunidad. Mi marido era el único para mí, no podía más que admitirlo. Habría sido una locura buscar otra cosa cuando tenía a un hombre como Kenneth a mi disposición. Enderecé la espalda, preparándome para pensar en alguna línea

simpática con la que liquidarlo. Lo único que faltaba era que Kenneth al regresar me encontrara con otro.

Pero no tuve tiempo de hacerlo porque el tipo fue interceptado. Un muchachote rubio que podía tener unos veinte años apareció de la nada. Tenía la barba corta y dos hombros macizos que lo hacían parecer un luchador. Su rostro era serio, me atrevería a decir que tenía el aspecto de un asesino en serie con cara de chico bueno.

—La señora está acompañada —dijo expeditivamente. El tipo me miró y luego miró al chico salido de la nada, decidiendo que no había necesidad de meterse en problemas por mí. Le dio la espalda a mi mesa y se alejó. El rubio estaba también a punto de hacer lo mismo, cuando me levanté y cogí su brazo. Bajo mi toque sentí un haz de músculos duros. Nunca se había vuelto hacia mí, ni una sola vez.

—¡Oye!

Se giró.

—¿Qué sucede? ¿Quién eres? —pregunté a quemarropa.

—Vuelve a sentarte —me liquidó y dio media vuelta sobre sus talones para desaparecer por donde había venido.

—¿Quién crees que eres para poder hablarme así y cómo te permitiste entrometerte?

—Oye, estoy haciendo mi trabajo. Mi jefe es Kenneth Caruso y respondo sólo a él. Ahora regresa a sentarte, nadie volverá a molestarte.

No le habría sacado nada a ese tipo. Parecía tan leal a su causa que no podría haber hecho o dicho nada para hacerle cambiar de idea. Me desplomé en el silloncito. Lo único que podía hacer era beber, así que ordené otro cóctel.

Observaba a la gente bailar y coquetear. La atmósfera estaba cargada de un aire de conquista, como si coquetear fuera el objetivo de todos los presentes.

Al menos, había podido beber sin que mi guardaespaldas rubio tuviera nada que decir. Después de treinta minutos estaba un poquito achispada y algo aburrida. Miré a mi alrededor. Todos parecían divertirse excepto yo. La única persona que me interesaba había desaparecido y

tenía un Cerbero listo para salir de las sombras y atacar a cualquiera que se atreviera a acercarse a mí.

Llevé la mirada a la barra y vi a Kenneth que estaba sentado y comprobaba su teléfono. Enderecé los hombros. ¿Cuándo había vuelto? Estaba solo y tenía una copa en la mano. ¿Por qué no se volvía hacia mí? Todo sucedió de prisa. Una rubia de cabellos muy cortos y vestido lencero se le acercó. Le hizo una sonrisa y se dirigió al barman, probablemente ordenándole algo de beber. Kenneth volvió a guardar el teléfono en la chaqueta, negó con la cabeza y ella se rio. ¿Qué coño estaba pasando? Algo dentro de mí encendió como una mecha. Me levanté de un salto. Me hubiera gustado comportarme como una señora, ser superior e irme, pero el muchachote rubio nunca me lo hubiera permitido y además no era lo que realmente quería.

Lo que literalmente ansiaba era tomar a esa mujer por el cuello y a Kenneth a bofetones. No necesariamente en ese orden.

Marché decidida hacia la barra y nadie me detuvo. Pero mientras atravesaba el gentío, Kenneth metió la mano en la chaqueta, sacó su teléfono, miró la pantalla y se alejó llevandoselo a su oreja.

Estuve indecisa durante unos segundos: podía seguirlo a él o marchar hacia ella. La idea de hacer de perro faldero detrás de Kenneth me repugnaba y no podía tolerar la idea de tener que volver a mi lugar. Entonces decidí confrontarla a ella. Cuando estuve lo suficientemente cerca como para ver que era un palmo más alta que yo, tenía la piel ambarina y las tetas altas y firmes asomando por el escote, me di cuenta de que me miraba con curiosidad.

—¿Qué quieres? —le dije en forma poco educada.

—¿Quién eres? —respondió frunciendo el ceño.

No estaba obligada a decírselo, que era la esposa del tipo increíble con el que estaba tratando de acostarse.

—¿Qué quieres de él? —Señalé con la barbilla en la misma dirección en la que Kenneth se había alejado.

Sonrió triunfante. —Lo mismo que tú quieres, pero yo lo vi primero, así que esta noche me

lo quedo yo.

Una punzada atravesó mi pecho a la altura del corazón. No eran celos, al menos no solamente eso, era un dolor físico realmente insoportable. Me tambaleé.

—Total, dicen que nunca va dos veces con la misma mujer, la próxima vez lo tendrás.

Ofuscada por ese sentimiento desconocido que me confundía, me esforcé por poner en orden la información. Tragué la bilis. Tenía que usar esa situación a mi favor y ganar una ventaja. Si tan sólo hubiera podido vencer el deseo de arrancarle los ojos...

—De acuerdo, no quiero estropearle los planes, puedes tenerlo tú esta noche —exhalé relajada, tanto como puedes estarlo con un dedo en el culo.

La rubia me miró casi con compasión, como si nunca hubiera temido que yo pudiera ser una verdadera competidora para ella.

—¿Viene aquí a menudo? —pregunté.

—¿Ojos de hielo? Va a todos los clubes del Strip y folla como un loco, todas las noches.

En mi garganta se formó un nudo. Mientras yo sufría bajo el estricto control de mis familiares torturadores, convertida en un peón en sus planes de conquista, Kenneth follaba como un loco. Todas las noches. Eso había dicho la tipa. Se llevaba a la cama a mujeres como ella, hermosas, curvilíneas, sedientas de sexo. De su sexo.

—Pero nunca dos veces la misma, ¿entiendes?

—A-já —respondí, faltándome las palabras. La cabeza me daba vueltas. Él mismo había dicho que había follado mucho, pero imaginarlo y verlo eran dos cosas diferentes.

—Y esta noche me toca a mí, me dijeron que es un toro. —Me guiñó el ojo. Sabía cómo era Kenneth en la cama, había estado allí antes que ella y más de una vez. Tan solo recordarlo hizo que apretara las piernas.

Precisamente mientras hablábamos, la rubia miró por encima de mi hombro.

—Ahora vete, ya viene.

Inhalé hinchando mi pecho con una sensación de calor que lo hizo arder. Sentía como si tuviera una hoguera a la altura del esternón.

Di un par de pasos para regresar a mi lugar, pero sentí que alguien me sujetaba del brazo. Kenneth me hizo prácticamente girar hasta tenerme pegada a él. Me miraba con el entrecejo fruncido, como si no comprendiera lo que estaba pasando.

—¿A dónde vas?

Señalé a la rubia que se había acercado.

—Te dejo a tu amiguita que quiere que la follen. Se rumorea que eres un toro —le dije mirándolo fijamente a los ojos. Sostuve su mirada, desafiante. Me perdí en esos iris transparentes que hurgaban en mí. Estaba incrédulo, como si no pudiera entender lo que me fastidiaba. Por el rabillo del ojo vi a la chica acercándose aún más. Le puso una mano en el brazo y sentí que me ahogaba.

Kenneth la fulminó con la mirada.

—No esta noche.

Estaba furiosa. No, *no y punto*. ¡*No esta noche!* ¡Quizás otra noche sí!

La escena era surrealista. La chica estaba asombrada y tenía dificultades para aceptar que había sido descartada, Kenneth parecía absolutamente indiferente, como si no acabara de rechazar una oferta sexual sino un canapé. Yo, no sabía qué cara tenía, pero me sentía enfadada, frustrada, alterada.

Mientras estaba en Canadá, viviendo una vida que no era la mía, construida pertinentemente por mis familiares, alienada de toda forma de contacto humano verdadero, Kenneth había dado rienda suelta a sus más perversas fantasías. Sólo para mí ese período de separación había sido un verdadero sufrimiento. Él se había consolado rápidamente y mucho. Si algo había habido entre nosotros la noche anterior, era sólo porque yo estaba al alcance de su mano. Había querido darle a mis fantasías una apariencia que en realidad no existía, era solo una ilusión que desaparecería a la primera oportunidad. Si esa noche Kenneth había rechazado la propuesta de esa mujer, no significaba nada. Siempre podría aceptar todas las otras que vendrían en el futuro.

—Mi reunión ha terminado, vámonos. Quédate aquí un momento, necesito hablar con Chris.

Chris debía ser el muchachote rubio que me había dejado como guardia. Lo vi alejarse entre el gentío y sentí una sensación de abatimiento. Ya no sabía qué era lo que realmente quería. Había llegado a Henderson cargada de buenas intenciones y me encontré con una bienvenida que decir fría era poco. Kenneth me había etiquetado inmediatamente como su enemiga, no tenía sentido que me quedara con él para hacer que me tratara como tal. Nuestros progresos sólo habían sido físicos. El hecho de que hubiéramos encontrado nuevamente una magnífica comprensión sexual no podía subvenir los cuatro años que habíamos pasado separados. No sustituía el respeto, la complicidad, la estima.

Él había seguido adelante y yo no podía soportarlo.

Miré a mi alrededor, tenía mi bolso colgado al hombro, lamentablemente el abrigo estaba en el pequeño salón que habíamos ocupado, tendría que dejarlo allí. Me dirigí hacia la salida con la certeza de que en poco más Kenneth me cogería por un brazo y me congelaría con esos ojos gélidos. Pero tenía que intentarlo, tenía que apostar todo en esa miserable oportunidad que poseía.

Atravesé la multitud, bajé un piso y luego otro más, hasta llegar a la salida. Me pareció un milagro ver el cielo azul sin que nadie me hubiera detenido. El frío me golpeó como centenares de agujas clavándose en mi piel. Pero no había tiempo para preocuparse por eso. La calle estaba llena de taxis, me subí en el primero y me encontré con la mirada del conductor en el espejo retrovisor.

—¿A dónde la llevo, señorita?

Era una pregunta para la que no estaba preparada, pero no tenía tiempo que perder.

—A Paradise, luego le daré indicaciones.

El taxista puso en marcha el coche. No tuve el valor de girarme para comprobar si Kenneth estaba ya en la calle buscándome. En lugar de eso, me deslicé aún más abajo a lo largo del respaldo del asiento. La casa de mi padre era la elección equivocada. Ya no era mi casa, allí se habían mudado mis primos, ahora en complicidad con los De Blasio. Por muy doloroso que fuera admitirlo, Kenneth tenía razón, sin la ayuda de su familia nunca hubiera podido hacerlo.

Además, la casa de mi padre no podía ser el lugar correcto para ocultarme de él, habría sido el primer sitio donde iría a buscarme.

De repente todo me pareció carente de sentido, incluso el plan de coger en mis manos las riendas de la familia. Estaba cansada de luchar, no quería seguir sufriendo. Ya no estaba segura de que las armas a mi disposición fueran suficientes para librar esa batalla. Luchar eternamente también por Kenneth era demasiado para mis fuerzas. Había dado bastante y ya no concedería nada más de mí misma.

Había otra alternativa, pero era algo tan radical que incluso me resultaba difícil pensar en ello. Sin embargo, debía tomar una decisión. Y no tenía tiempo.

—He cambiado de opinión, por favor, lléveme a...

Capítulo 36

Kenneth

¿A dónde coño había ido? Había hablado con Chris durante no más de dos minutos y ella ya no estaba en la barra. Su abrigo todavía descansaba sobre el silloncito. Quizás podía encontrarla en el baño. Corrí a buscarla con un presentamiento desastroso vibrando a lo largo de mi columna vertebral. Entré en el baño de señoras, seguido por las miradas algo sorprendidas y algo cómplices de quienes estaban dentro. Abrí todas las puertas, pero de ella no había rastro. Hecho una furia volví a la barra, aún estaba allí la chica rubia de cabello corto que había intentado acercarse a mí poco antes.

—¿Viste a la mujer que estaba conmigo?

Me miró resentida sin responder.

—¿La viste? —tomé del brazo y le hablé a pocos centímetros de su cara.

—¡No y déjame! —Se zafó de mi agarre y se lo permití. Corrí hacia la salida. Mya se había ido y yo había perdido minutos preciosos buscándola dentro del club. Tomé el coche y lo puse en marcha. Experimenté una profunda sensación de frustración al darme cuenta de que no tenía la menor idea de dónde buscarla.

Calma.

Calma.

Calma.

Ciertamente no regresaría a Henderson. Villa Caruso había sido para ella una prisión.

Debía haber ido a su casa. A Paradise. Entré en la carretera y presioné el pie en el acelerador. La atraparía de nuevo inmediatamente. Tomé el teléfono.

—Chris, reúne a una decena de hombres. Voy camino a Paradise, a villa Leone, nos vemos

en el ingreso. No entren sin mí.

El blitz había resultado un fracaso. Mya no estaba en la casa de su padre. Había irrumpido con mis hombres, había puesto la villa patas arriba y había enfrentado la ira de Mitch y John. El único atenuante que tenía era que seguía siendo mi esposa y buscarla, incluso allí en la mitad de la noche, se encontraba entre mis derechos.

Pero esa iniciativa ciertamente no consolidaría nuestras relaciones. Por el contrario, habría complicado aún más todo. No me había disculpado. Me había marchado intimándolos a que se comunicaran conmigo inmediatamente si ella aparecía. Era una recomendación vana, no lo harían, ni ellos ni ella. Estaba seguro de eso.

Lo cierto era que le había perdido la pista.

Regresé a villa Caruso en perfecto silencio. No tenía ganas de escuchar música clásica, no tenía ganas de nada, salvo de fumar y beber hasta perder los sentidos. Quizás eso me habría ayudado. Pero, ¿a qué? A olvidar todo el desastre que había creado y del que yo era el único responsable.

Crucé el portón y estacioné de manera indigna. No tenía paz y sabía que no encontraría ninguna. Era esa perspectiva la que me hacía sentir mal.

Abrí la puerta de casa. El estudio de Víctor estaba vacío por su ausencia, podía ir a emborracharme allí. ¿Por qué coño no tenía yo también un estudio en esa maldita casa?

Porque había abdicado al poder, por eso. Porque siempre estaba borracho y, en esas condiciones, me volvía inestable, poco confiable. Esa era la razón por la que no podía liderar a la familia. Me serví de beber, una vez y a continuación otra. Luego hice a un lado el vaso y atacé directamente a la botella.

Capítulo 37

Gemma

Nunca había estado en Santa Bárbara. Un sueño de casas blancas y palmeras altas y delgadas, un estilo colonial que hacía pensar en Andalucía. El calor, las gaviotas en lo alto, una playa que parecía no tener fin y que quizás realmente nunca terminaba.

Víctor estaba diferente ese día. Por primera vez no lo veía con un traje elegante sino con una camisa de lino blanco y un par de pantalones claros, gafas de sol ocultando sus hermosos ojos oscuros y rizos alborotados por el viento. Era el retrato de la sensualidad masculina, vigoroso y atractivo. Lo amaba. Desesperadamente. Sin embargo, era también una mujer con los pies en la tierra, siempre lo había sido, y comprendía que no bastaba alejarse de Henderson y tomar unas vacaciones para desarmar todos los nudos en los que se había entrelazado dolorosamente nuestra vida.

—Venir aquí no resolverá nuestros problemas —dije admirando esas maravillosas vistas.

Víctor se detuvo y lo imité. Uno frente al otro, tomó mi rostro entre sus manos y habló mirándome a los ojos. Lo sentí como si estuviera dirigiéndose directamente a mi alma, con una intensidad vibrante y magnética. En ese preciso instante, antes incluso de que hablara, con sólo mirarlo pensé que no podría vivir sin él. Ni aunque fuera la persona más malvada del mundo. Era para mí el aire, mi aliento, la razón de mi existencia.

—He sido un imbécil, Gemma. Pero eres lo más preciado que tengo.

Sus palabras me dejaron sin aliento porque venían del corazón y de una persona que nunca se disculpaba con nadie, excepto conmigo, que no mostraba a nadie su lado vulnerable, sino a mí. Que no amaba a nadie, sino a mí.

—No quiero que me trates como lo más preciado. Quiero que me trates como a una persona

en la que puedes confiar, con quien puedes compartirlo todo. Incluso las cosas más secretas.

—Sólo quiero protegerte —replicó, como si lo que hubiera dicho fuera secundario en relación a su objetivo, como si no pudiera comprender su importancia. Tenía el ceño fruncido en una expresión casi de dolor que lo volvía mil veces más vulnerable de lo que alguna vez me había parecido. En ese momento me di cuenta que su punto débil, el único punto débil que tenía en su vida, era yo.

—Si me dejas afuera, acabarás perdiéndome, Víctor.

Mi corazón sangraba al pronunciar esas palabras, pero no estaban demasiado alejadas de la verdad. Amaba a Víctor, pero no me hubiera gustado vivir una vida en segundo plano, al reparo de su realidad.

—No sucederá.

—Depende solo de ti.

Sus ojos, que tanto amaba, brillaban con una amarga conciencia. Víctor era un hombre peligroso y yo lo estaba desafiando en un terreno minado. Sabía que no aceptaría ningún tipo de chantaje de parte de nadie. Pero yo tenía una influencia particular sobre él. Me amaba y me lo perdonaría. Debería descubrir sólo hasta qué punto.

—No puedo perderte, Gemma.

—Entonces, no me excluyas —le supliqué.

Sosteniendo mi rostro entre sus manos, se inclinó hasta que nuestras frentes se tocaron.

—En realidad, estamos aquí por una razón...

Lo vi separarse de mí y arrodillarse lentamente. Sacó una caja de terciopelo azul de su bolsillo y la abrió. En su interior brillaba un diamante tan luminoso como nunca había visto en mi vida. Me llevé las manos a la boca, no podía creer lo que estaba pasando. Mi corazón pareció detenerse frente a esa escena.

—Eres la única persona ante la que me he arrodillado y me arrodillaré jamás. Cásate conmigo, Gemma. Sé mi esposa.

Abrí la boca para decir algo pero no salió ningún sonido. En medio de tanta gente, en ese

maravilloso lugar, sólo podía ver al hombre al que amaba perdidamente, de rodillas frente a mí, haciendo realidad un sueño.

Era el mismo que me había apuntado un arma cuando apenas nos conocimos, el mismo que me había contratado como su falsa prometida para rechazar una propuesta de matrimonio, el mismo sin el cual no podía vivir.

—Yo...

—Cásate conmigo —insistió con su voz profunda y esos ojos oscuros y tempestuosos que parecían leer dentro de mí.

—No hay necesidad de un matrimonio para darte la certeza de que siempre estaremos juntos.

Lo dije sin quererlo realmente. Casarme con él habría sido lo que verdaderamente deseaba.

—No te lo estoy pidiendo para ponerte una soga al cuello, te lo estoy pidiendo porque te amo.

¿De verdad seguía haciendo preguntas?

—Cuando me presenté herido en tu puerta, nunca hubiera pensado que encontraría a una mujer increíble recibíendome. Me salvaste en esa ocasión y lo haces todos los días, quiero estar contigo por el resto de mi vida.

El recuerdo de cómo nos habíamos conocido era indeleble en mi mente y así permanecería para siempre.

—¡Sí, sí, sí! —repetí con una alegría incontenible que hacía que mi corazón latiera fuerte. Sólo en ese momento el rostro de Víctor se relajó en una maravillosa sonrisa y pensé que no necesitaba nada más en la vida para ser feliz.

Capítulo 38

Kenneth

Era como haberla perdido de nuevo. Y esta vez era únicamente mi responsabilidad. No tenía a nadie a quien culpar, nadie con quien enfadarme, sino conmigo mismo.

Después de la solemne borrachera en el estudio de Víctor, a la mañana siguiente me arrastré con dificultad hasta la ducha. Me había tomado dos aspirinas y una cantidad de café que probablemente me mantendría despierto por varios días seguidos.

Una vez recuperada la lucidez, me había pegado al teléfono. Había contratado dos investigadores privados, los mejores. Tenían la orden de informarme cada doce horas y su mandato duraría hasta que encontraran a Mya.

Habría gastado cualquier cifra para recuperarla.

Había contactado a los enchufes de la familia en la estación de policía, apelando al poder persuasivo del dinero, y liberé a mis hombres para que vigilaran la villa de Paradise, en caso de que Mya decidiera regresar a casa de su familia en algún momento. No me importaba cuánto me costaría. Lo único que me importaba era que volviera a mí.

Ya no quería emborracharme con alcohol y tampoco drogarme con sexo, lo único que verdaderamente quería era encontrarla de nuevo. Y habría puesto toda mi energía en hacerlo.

Lúcido. No dormiría, no comería, no haría nada, si primero no la encontraba. Y la traía de regreso a mí.

Bajé al estudio de Víctor y comencé la ronda de llamadas telefónicas con los investigadores y mis hombres. Habían pasado unas buenas dos horas cuando escuché girar el pomo de la puerta. Una voz de mujer y otra más profunda, masculina. Víctor y Gemma abrieron, sin saber que yo estaba allí dentro.

—Kenneth, ¿qué está pasando? —Sus rostros se transformaron de alegres a sorprendidos. Noté el momento exacto en el que la alegría se había convertido en preocupación, para ambos.

—Mya se fue —dije sin rodeos, era inútil ocultar la verdad.

—¿Escapó?

—Le perdí la pista anoche en el Marquee.

—¿Fuiste a buscarla a Paradise?

—Sí, pero sus primos no saben nada, alerté a nuestros hombres para que mantuvieran la villa vigilada y contraté a dos investigadores privados. La encontraré.

—Te ayudaré a organizar la búsqueda. Estaré aquí en un momento, el tiempo que tome llevar el equipaje arriba.

Asentí. Víctor dio media vuelta para salir y Gemma lo detuvo tocando su brazo.

—Te alcanzo en unos minutos, tengo que hablar un momento con Kenneth.

Levanté la cabeza, era extraño. Gemma no me soportaba y yo nunca había sentido mucha simpatía por ella, al menos no hasta que tuve claro que mi hermano le importaba. A partir de ese momento, cambié de opinión, pero ciertamente no nos habíamos vuelto amigos. Nos ignorábamos mutuamente, incluso si en mi interior no estaba en su contra. Si exteriorizaba eso o no, era otra historia. Un destello de luz llamó mi atención. Llevaba un gran diamante en el dedo anular izquierdo, estaba a punto de convertirse oficialmente en una Caruso. Una de nosotros.

—Kenneth, sé que no somos amigos, pero eres el hermano de Víctor y en estos meses he podido comprender que eres una persona leal y protectora con tu familia.

No respondí y dejé que continuara.

—Conocí a Mya y las cosas entre nosotras no fueron precisamente bien, rápidamente me hizo entender que ella es la señora Caruso de esta casa, después de Rachel obviamente.

—No por mucho tiempo —la corregí señalando su mano con un gesto de mi barbilla.

—Parece que sí —sonrió— pero no la culpo. Ella y yo no nos conocemos de nada y por lo poco que hemos hablado, no puedo decir que haya sido amor a primera vista, aún así hay una

cosa que quiero decirte. Sé que estás mal porque ella se fue y sé también que harás todo lo posible para recuperarla. Sin embargo, incluso si lo lograras, no servirá de nada.

Sus palabras me dejaron de piedra. Pensaba que todo ese discurso acabaría dándome ánimo y no con una conclusión tan desalentadora.

—No puedes encarcelar a un pajarito en una jaula y creer que pueda ser feliz sólo porque a ti te gusta tenerlo ahí. No puedes tener a Mya cerca de ti como si fuera un trofeo o un rehén. Si no tienes intenciones de considerarla como tu pareja, no la busques. Déjala libre de escoger.

Me dio la espalda y puso una mano en el pomo de la puerta, luego se volvió de nuevo.

—Te lo digo porque tu hermano intentó hacer lo mismo conmigo y casi nos perdemos. Espero que lo que nosotros hemos aprendido también pueda serte útil a ti.

Se fue dejándome solo. Me desplomé en el sillón. ¿Qué quería?

No le había dado a Mya ninguna oportunidad. La había tratado como a una traidora desde el principio. La había mantenido conmigo como un apéndice de mi cuerpo, como un perrito faldero siempre disponible para seguirme. Lo necesitaba y no se lo había dicho. La había castigado por el terrible dolor que había sentido cuando había sido golpeado por su presunta muerte.

Sin embargo ella no tenía la culpa, había tratado de demostrarlo por todos los medios, pero yo había estado demasiado cegado por mi egoísmo. E, incluso cuando lo comprendí, no había hecho nada para reparar los errores que estaba cometiendo. Quería ser compensado por mi dolor infligiendo más dolor, sanar mis errores cometiendo otros errores.

Gemma tenía razón y debería haberle agradecido por haber tenido las pelotas para decírmelo en la cara. Todo había sido culpa mía.

Capítulo 39

Kenneth

Eric ya no estaba en el hospital desde hacía algún tiempo. Había regresado a su casa para la convalecencia. Se trataba de una visita difícil, pero los deberes la mayor parte del tiempo tienen un sabor desagradable. No veía a Eric desde el día en el que lo había molido a golpes en la mina. Lo dejé al borde de la muerte e incluso habría acabado con él, si no hubiera confesado la verdad. No me arrepentía pero tampoco estaba orgulloso de ello.

Bárbara me recibió en la sala de la espléndida villa de piedra. La última vez que había estado en su casa había sido en ocasión de la fiesta en la que Víctor había presentado a Gemma como su prometida, provocando un follón con los De Blasio.

Obviamente, Bárbara no sospechaba de mi participación en la golpiza a su marido. De haberlo sabido, no hubiera tenido esa sonrisa estampada en la cara ni ese aire tan acogedor. Y no podría haberla culpado.

—Oh, Kenneth, qué feliz estoy de verte. —También el abrazo estaba más allá de cualquier sospecha. Si hubiera sabido la verdad, como mínimo me habría hundido un cuchillo entre los omoplatos.

—¡Lo que le pasó a Mya es algo absurdo! ¡Esos malditos Leone merecerían una muerte lenta y dolorosa! Pero ahora ella ha regresado y no podría haber sucedido mayor milagro.

—Sí —respondí con el familiar puñal clavado en el corazón que sus palabras solo habían contribuido a remover sin piedad. Me sentía al borde del abismo, a punto de arrojarme en la más oscura desesperación.

—¿Cómo está Eric?

—Cómo quieres que esté, muy asustado —suspiró.

Me llevó al centro de la sala e hizo que tomara asiento. Nos sentamos en los sofás, uno frente al otro.

—Trabaja regularmente con su fisioterapeuta, especialmente en las piernas y ahora puede moverlas mucho mejor, pero hubo un momento en el que los médicos temieron lo peor.

Por supuesto, tal como lo había golpeado, nada podía ser más fácil que correr el riesgo de una parálisis total y definitiva.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente por lo que hiciste por él, pidiendo ayuda y todo lo demás.

—Sí, creo haber hecho bastante —corté en seco. No creía que fuera tan difícil tolerar lo ocurrido esa noche. Me había comportado aún peor en mi vida, pero el dolor que sentía por Eric era sincero.

—Iré a ver si puede bajar.

La detuve. —No, Bárbara, así está bien. Solo quería saber de él y con lo que me has dicho tú es suficiente...

Hizo un gesto con la mano mientras se levantaba del sofá. —Pero no, estaba de muy buen humor esta mañana, estoy segura de que querrá saludarte.

Miré a mi alrededor mientras Bárbara desaparecía escaleras arriba. Si mi dignidad no me lo hubiera impedido, me habría marchado en ese mismo momento, escabulléndome sin siquiera saludar. Pero no podía, tenía que enfrentar las consecuencias de mis actos.

Bárbara regresó unos minutos después con una expresión de pesar en el rostro.

—Lo siento, Kenneth, dice que no se siente muy bien. Y sin embargo, estaba tan fresco esta mañana. Sabes, últimamente sufre mucho de cambios de humor.

—No te preocupes, Bárbara, dile que le dejo mis saludos y también dile que... nada, no le digas nada más.

—Me pidió que te transmitiera un mensaje, eso sí.

Me detuve, inmóvil.

—Dijo que hoy no se sentía preparado, pero que tan pronto como esté lo suficientemente fuerte será él quien acuda a ti.

—Entiendo.

—Él realmente te tiene mucho cariño.

No creía que ese fuera el verdadero sentido del mensaje que Eric había querido enviarme, pero no era el momento de ponerse a discutir.

Me marché pensando que cada acción traía consigo una reacción. Siempre y en cualquier caso, pero más en nuestro mundo. Eric había obedecido a mi abuela y nos había ofendido a Víctor y a mí. Pero con lo que le había sucedido se había reestablecido el equilibrio. Solo que, no era tan sencillo hacer coincidir la realidad de esta situación con los estados de ánimo de las personas involucradas. Comenzando por él. Había sobrevivido, no podía hacer nada contra los Caruso, pero las cosas ciertamente no volverían a ser como antes.

Capítulo 40

Kenneth

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, me dirigí al yacimiento de Goldstrike.

Había programado hacer un viaje de trabajo, pensaba que podía resolver los pendientes en el transcurso de la jornada. Sin embargo, si era necesario me quedaría también a pasar la noche. Esa mañana ya había hecho el balance de la situación con los investigadores, los dos, y luego con mis hombres. Víctor me había obligado a reducirlos a la mitad, la villa de Paradise no era lo único para controlar. La vida continuaba a pesar de la desaparición de Mya y había también otros negocios que llevar a cabo y que necesitaban recursos.

Aunque era lo más importante para mí, no era el único que tomaba decisiones y los hombres necesitaban una tregua. Habían pasado quince días desde esa maldita noche en la que Mya desapareció y mi dolor no había menguado ni siquiera un poco. Al contrario, había crecido, como un brasero que arde en el pecho día y noche, un tormento sin fin.

Había dado tan por sentado que había escapado de mí, que ni siquiera había contemplado la hipótesis de que pudiera haberse alejado en contra de su voluntad. De verdad, esta vez. El no saberlo era el estado de ánimo más angustioso. Me sentí como si hubiera caído nuevamente en el período posterior a su muerte. Y sin embargo, aún no había aprendido nada de la vida. Al menos, no las cosas importantes.

Llegué al yacimiento y me presenté. El equipo no me esperaba, las visitas siempre se hacían en forma sorpresiva y por lo general era Víctor quien se ocupaba de esas operaciones. Yo siempre estaba demasiado ocupado bebiendo o follando o teniendo resaca.

Los referentes presentes ese día en el sitio no me conocían. Rápidamente les aclaré que desde ese momento tendrían que tratar conmigo.

Estuve todo el día en la mina. Al atardecer estaba hambriento y cansado, una combinación que me desalentó fuertemente de ponerme nuevamente en viaje, especialmente si debía estar allí otra vez a la mañana siguiente. Hice que me aconsejaran un lugar para dormir, un pequeño motel en la carretera. Era el más simple y básico que había visto en mi vida, pero en términos generales era limpio. El dueño me indicó un lugar cercano donde podía comer un bistec y beber una cerveza. No veía la hora de llenar mi barriga y luego irme a la cama, para recibir las actualizaciones sobre Mya al día siguiente.

Cada vez era una nueva decepción, la enésima.... Pero nunca me rendiría. Gastaría hasta el último centavo para encontrarla, incluso si las palabras de Gemma siempre resonaban en mis oídos. Aunque la encontrara, mejor dicho, cuando la encontrara, no podría retenerla conmigo contra su voluntad.

El lugar era una simple cafetería de carretera, nada que no hubiera visto antes, pero podría haber sido cualquier cosa, me habría importado un pimiento. Necesitaba llenar mi estómago y necesitaba desesperadamente también llenar mi pecho. Pero ese tipo de dolor tendría que conservarlo conmigo, porque allí dentro no había nadie que pudiera haberlo aplacado de alguna manera.

Ordené un bistec y unas patatas y luego fijé la mirada en el vacío pensando en mis cosas. Era difícil hacer planes con el estado de ánimo que tenía. Era complicado pensar en pasar otra noche sin saber qué había sido de Mya. Llegó mi cerveza y tomé dos sorbos. El alcohol no me habría hecho sentir mejor. Hacía quince días que no me emborrachaba, había jurado que me mantendría lucido para continuar buscándola. Colapsando en el sofá o en un baño público, no habría aumentado mis posibilidades de encontrarla. Llegó mi bistec y lo comí con voracidad. Cuanto antes terminara, antes me iría a dormir, antes llegaría el día siguiente, un nuevo día para buscar a Mya.

Dejé un billete en la mesa y tenía la mirada baja en el plato vacío cuando vi un par de jeans entallados entrar en mi campo visual. Levanté la vista y encontré una porción de vientre descubierto y un piercing en el ombligo. Luego dos tetas que desafiaban la fuerza de gravedad

envueltas en una camiseta de algodón blanca y una melena de cabellos largos y castaños, algo salvajes, enmarcando un hermoso rostro.

—¿Buscas compañía?

Habría sido imposible decir que no. Tenía una belleza que habría resucitado a un muerto, suave, con los labios hechos para concretar acciones pecaminosas. Pero no se me ocurrió ni siquiera una. El sexo para mí era Mya, la deseaba con todo mi ser de una manera dolorosa. Esa chica era guapa, pero no la deseaba. Me puse de pie y ella tuvo que doblar el cuello para mirarme a la cara.

—No, gracias —respondí.

—¿Estás seguro? —Sentí que me sujetaba por un brazo.

—Sí, estoy seguro.

Me soltó el brazo y me fui. Si había algo de lo que verdaderamente estaba seguro era de que ya no quería a nadie en mi cama.

Ni en mi vida.

En ambas solo quería a Mya.

Capítulo 41

Kenneth

Había llegado a Goldstrike hacía aproximadamente una semana. El sitio se presentaba como una gigantesco abismo dentro de una hondonada salpicada de construcciones. Se trataba de una gran mina a cielo abierto y dos sitios subterráneos. El mineral de las tres capas extractivas era molido, oxidado en un autoclave, por lo tanto trabajado en un circuito de cianuración de carbono. El oro recuperado era transformado directamente en el sitio y enviado a refinerías externas para convertirlo en lingotes. Estaba allí para una mediación, acompañado de los hombres de mi escolta.

El teléfono sonó en el bolsillo de mi chaqueta. Solo advertí la vibración en medio de ese ruido tan fuerte. Un número desconocido.

—Sí

Ninguna respuesta.

—¿Hola? —de nuevo nada. Colgué. Debían haberse equivocado. Alguien llamó mi atención y tuve que dejar el teléfono y hablar con uno de los compradores.

El día pasó de manera frenética, sin que mi corazón dejara de sentirse pesado ni por un minuto. Cuando por la noche regresé al motel, me metí en la ducha, quitándome el polvo debajo del agua caliente e intentando que se llevara también la angustia que me afligía. Salí con la piel arrugada y tan cansado que sólo deseaba apoyar la cabeza en la almohada y dormir. Encendí la televisión y me acosté en la cama. Le daría un par de mordiscos al sándwich que había comprado en la calle...

El teléfono comenzó a sonar. Me volví rápidamente hacia la mesa de noche. Número desconocido.

—¿Sí?

Ninguna respuesta.

—¿Hola? —De nuevo nada.

—Mya, ¿eres tú? —No sé por qué pensé en llamarla. Esperé con todas mis fuerzas que pudiera ser ella. Pero al mismo tiempo sentí un puto miedo. Y si no podía hablar, y si se estaba en peligro, y si...

Mil pensamientos pasaron por mi mente a la velocidad de la luz. Hice una oración silenciosa para que pudiera ser ella, sana y salva. En realidad, no sabía quién estaba al otro lado.

Si la esperanza me hacía soñar con que pudiera ser Mya, el cinismo y la desconfianza me empujaban a ser cauteloso. Podrían haber sido mis adversarios, listos para burlarse de mí y explotar mis debilidades, incluso los capullos de sus primos. Podría haber sido cualquiera. Pero, ¿cómo apagar la esperanza una vez que se encendía? Imposible, no se podía.

Traté de conciliar el sueño pero sentía que una extraña agitación bullía en mi interior, una sensación que era al mismo tiempo de esperanza y de dolor.

Era todo lo que tenía en ese momento, después de semanas de silencio y angustia, y me aferraría a ello con cada ápice de mis fuerzas.

Capítulo 42

Kenneth

Había estado en Goldstrike otros dos días y mi teléfono no había recibido más llamadas del número desconocido. Había llegado al punto de comprobarlo varias veces durante la jornada, como una compulsión, pero no había llamadas perdidas. Tenía un gusanillo en el cerebro, algo que me decía que llegara al fondo de esa historia y no tendría paz hasta que no lo hiciera. Me arriesgaba a estrellarme contra un muro de decepción, pero no tenía otra alternativa.

De regreso en Henderson, llamé inmediatamente a Chris para activar a nuestro experto informático.

—Dice que no es algo simple.

Estaba sentado en el estudio de Víctor, con mi hermano detrás del escritorio y Chris junto a la ventana. El infaltable cigarrillo quemaba entre mis dedos.

—No me importa si es simple o complicado, quiero que lo haga.

—Tiene que coger la tarjeta del teléfono.

Le entregué el aparato.

—Puede coger todo. Lo único que me importa es que rastree la llamada y cuando lo consiga quiero que me avisen, en cualquier momento del día o de la noche.

—Ok, jefe.

Chris tomó el teléfono y salió del estudio.

—¿Crees que sea ella?

—No tengo idea de quién esté detrás de esta historia pero no puedo excluirlo. No cerraré ningún camino.

Mi hermano asintió.

—Me dijeron que visitaste a Eric.

—Sí, pero no quiso verme. No sé si lo superará, sólo sé que no se podría haber actuado de otra forma.

—Absolutamente.

—¿Cómo debemos proceder con los Espinoza?

Víctor juntó las manos sobre su estómago. —Llevo un tiempo pensando en ello. Tengo un plan pero quiero que se refine hasta el más mínimo detalle. Tengo sed de venganza, Kenneth.

Podía entenderlo, para ciertas cosas éramos iguales, él y yo. Lo que habían intentado hacer no podía olvidarse, yo lo habría apoyado en cualquier movimiento que decidiera hacer.

Hubo un breve silencio, luego dije lo que había estado pensando desde hacía un tiempo.

—Víctor, necesito mi propio espacio. Quiero tener un estudio aquí, en la casa, un lugar donde poder ocuparme de los negocios.

Los ojos de mi hermano se iluminaron con una luz poderosa. Era orgullo, satisfacción. Todo lo que habría ansiado ver. Quién sabe cuánto tiempo llevaba esperando un pedido de esa clase. Nunca se me había pasado por la cabeza, pero por primera vez en mi vida sentía verdaderamente esa exigencia.

—El ala este de la casa me parece ideal para hacerlo. —Pronunció esas palabras con un nudo en la garganta y fingí no darme cuenta de ello porque tenía la misma sensación.

—Había pensado en el mismo sitio.

—Haremos quitar el invernadero y en su lugar pondremos tu estudio.

—Bien.

Nunca habíamos hablado de ese tema, no había habido necesidad, me había autoexcluido prácticamente solo. Desde que Mya había salido de mi vida por primera vez, había caído en un estado depresivo que me había vuelto un bruto cavernícola. Había resuelto todo a puñetazos y disparos, escondiéndome detrás de un dolor que no quería mostrar a nadie pero que de todos modos gritaba de todas las maneras posibles.

En el momento en que Mya salió nuevamente de mi vida, no quería repetir el mismo error. Tomaría en mis manos mi existencia, atravesaría ese dolor, no dejaría que me gobernara.

Quería encontrar la fuerza en el estar herido, deseaba que el sufrimiento no me derrotara sino que me fortaleciera. Y así sería.

Quería reconstruir mi vida a toda costa.

Capítulo 43

Kenneth

El teléfono sonó y el sonido fue como un disparo para mí.

Abrí los ojos inmediatamente. Estaba en mi dormitorio. El timbre provenía del aparato nuevo, el que Chris me había procurado en reemplazo del mío mientras este estaba en manos del experto. Me froté la mano en la cara y tomé la llamada antes de que dejara de sonar.

—Jefe, lo han localizado.

Lo que me provocaron las palabras de Chris fue algo indescriptible. Una sensación que floreció en mi pecho, como una esperanza, una sensación de renacimiento, algo que no podía controlar y que casi hizo que mi corazón estallara. Pero era demasiado pronto para alegrarse. No era seguro que fuera Mya quien llamaba. Hasta que no tuviera la certeza, no podría ilusionarme.

—¿Dónde?

—La llamada proviene de las cercanías de Los Ángeles.

Los Ángeles. Mya podía estar en Los Ángeles. O cerca. Siempre que se tratara de ella.

—¿Dónde exactamente?

Es imposible decirlo exactamente, pero fue triangulada en una zona. En general, el campo se achicó bastante.

—Bien, gracias Chris. Mañana temprano quiero teléfono e información.

Colgué con un sentimiento de esperanza que hubiera querido frenar pero, siendo sincero, era complicado hacerlo.

Apagué la luz, sabiendo que habría sido casi imposible volver a dormir. Al día siguiente partiría a primera hora para Los Ángeles, esperando tener suerte esta vez.

Capítulo 44

Mya

El tiempo era hermoso, ventoso y sin esa humedad que quitaba el aliento. Después del trabajo, cuando no me sentía demasiado cansada, venía al muelle.

El carrousel al estilo de los años veinte siempre ejercía una fuerte atracción sobre mí, combinada a una pizca de melancolía. Los caballos tallados a mano, iluminados por infinitas luces, me hacían pensar en algo triste y no es que tuviera que esforzarme mucho para encontrar cosas tristes en mi vida.

Incluso había estado tentada de subir una vez, el precio para los adultos era de dos dólares.

La noria, sin embargo, seguía siendo mi favorita. Desde allí arriba se podía admirar todo el muelle y las personas parecían pequeñas como hormigas.

Comí un helado de Soda Jerks y continué el paseo. Había alquilado un pequeño piso en la zona de Colorado Avenue. Después del trabajo esa era mi rutina: muelle, helado y luego a casa frente a la televisión, sin ver verdaderamente nada. La encendía para no escuchar el silencio ensordecedor y no pensar. Mi piso estaba en la planta baja, con un pequeño living comedor y un dormitorio aún más diminuto. Lo más hermoso era el aroma del océano, la vista, aunque fuera acortada, el saber que hubiera sido suficiente salir a cualquier hora del día o de la noche para ver el cielo sobre el agua y respirar, incluso en los momentos en los que me parecía imposible.

Me quedé en el muelle hasta que el sol pareció zambullirse en el agua. Volver al piso temprano era angustiante. Trataba de permanecer fuera lo máximo posible para distraerme con la gente que pasaba, con el carrousel, para no penar. Era más sencillo mientras estaba en medio de las personas o en el trabajo. Pero cuando me encontraba sola, me parecía imposible no hacer

volar mi pensamiento a Kenneth.

Y mi corazón siempre se rompía. Cada vez. Era como renovar un dolor inagotable. Había puesto fin a nuestra historia, lo había decidido sola. No había alternativas, aunque Kenneth se había obstinado en continuar con esa relación perversa que había nacido entre nosotros. Habíamos cambiado demasiado para continuar estando juntos. Cuatro años y medio no habían pasado sin dejar huella, lo habían hecho, definitivamente. Nos habíamos vuelto dos piezas que ya no encajaban. Los sucesos que habían sacudido nuestras vidas nos habían cambiado. Nunca más volveríamos a ser los mismos, ni yo, ni él.

El teléfono sonó. Cada vez que lo hacía daba un salto, como si pudiera buscarme alguien que no fuera por trabajo. Había encontrado fácilmente empleo en un centro de yoga, uno de muchos. Mi tarea era limpiar. Daba casi risa, considerando que hasta ese momento había tenido una vida que decir privilegiada era poco. Princesa de una de las familias mafiosas más importantes de Nevada, acostumbrada al lujo, a los coches deportivos, a las tarjetas de crédito con fondos ilimitados, había terminado limpiando. Pero si quería escapar de los hombres que Kenneth seguramente había desatado, tenía que mantener un perfil bajo y, sobre todo, no hacer movimientos que pudieran rastrearse. Con los medios que tenía, dar conmigo le hubiera tomado un día. Quizás. O quizás no. Tal vez ya se había rendido, ya había entendido que no valía la pena perder más tiempo conmigo y había abandonado hace tiempo la búsqueda.

En esas condiciones ya no podía estar con él. No podía seguir viviendo de rencor, no podía ver marchitarse mi amor, asfixiado por los recuerdos del pasado y envenenado por el arrepentimiento. Más bien hubiera preferido perderlo, con todo el dolor que significaba. La fuga había enviado al demonio también el plan de recuperar mi lugar dentro de la familia Leone. Mis primos debieron haberse reído a carcajadas al pensar que había ido a reivindicar mi posición y había acabado huyendo. Linda imagen había dado. Y sin embargo, esa me parecía una consecuencia secundaria respecto a todo el resto. Ocupar el lugar en la familia era importante, pero no a costa de mi vida y no podía prescindir de la ayuda de Kenneth para enfrentar la codicia de mis primos.

El timbre era solo la notificación de un correo electrónico, me adjuntaban el horario de trabajo de la semana siguiente. La llamada que tanto hubiera querido recibir, en ese teléfono, nunca llegaría porque era yo quien lo había impedido. Tenía un nuevo número, era parte de las precauciones que me había impuesto.

Pero, había algo, una grieta en esa organización capilar que había conseguido montar. Y era la nostalgia. Sentía una nostalgia increíble de su voz y entonces, de vez en cuando, lo hacía. La cosa más infantil e irreflexiva que podía hacer. Llamaba a su número en modo privado, sólo para escucharlo decir “sí” al otro lado. Era una locura, pero lo necesitaba. Escuchar su voz áspera era como una caricia en la piel, un bálsamo para el alma.

Lo hice una vez más. Pero el teléfono sonó y nadie respondió.

Miré el aparato.

Esa falta de respuesta me pareció una traición, pero al fin y al cabo ¿qué podía pretender? Era bastante que Kenneth no hubiera bloqueado el número molesto. No habría habido nada extraño en ello.

Con la cabeza gacha y el corazón lleno de tristeza me dirigí a casa.

Capítulo 45

Kenneth

El corazón estaba estallando en mi pecho. ¿Qué corazón? Aquel que ni siquiera creía tener y que en ese momento latía enloquecido como un desenfrenado. No podía creerlo: era ella.

Había llegado a Santa Mónica la noche anterior y había tomado una habitación en un hotel en las proximidades del muelle. La localización de la llamada indicaba esa zona. No podía dormir, así que salí a dar un paseo a orillas del mar. La playa era infinita

Con solo dos horas de sueño en mi haber, estaba afuera de un instituto de yoga cerca del muelle. Había muchos por ahí y este se parece a los demás. Estructura de madera, gente yendo y viniendo. Estaba allí desde las ocho de la mañana, camuflado en una mesa de café, con unas gafas y una gorra de béisbol. No era un gran disfraz, pero prácticamente todo el mundo llevaba sombrero y gafas. Luego de tener la geolocalización pude afinar mi búsqueda. Ser parte de una familia criminal proporcionó medios poderosos. Nuestro hacker había logrado acceder a ofertas y solicitudes de empleo y a la firma de nuevos contratos en el área. El nombre de Mya Leone estaba presente en ese lugar: un centro de yoga. Estaba limpiando pero no sabía qué horario tenía. Tomé otro café mientras esperaba y miré el reloj: las once.

Nada. La gente iba y venía pero ella no. Incapaz de permanecer sentado por más tiempo, pagué la cuenta y me levanté. Moviéndome apenas, podía continuar vigilando la puerta principal. Caminé un poco, de un lado a otro, luego me detuve

Había pasado otra hora, sentí que me estaba volviendo loco. No podía dejar mi posición, no podía consentir que se me escapara. Si realmente estaba allí dentro.

En el colmo de la exasperación y la frustración crucé la calle y entré al centro. Me invadió un olor a cera y miel. Suelo de pizarra y mostrador de madera con una chica detrás. A mi

izquierda había una ventana de cristal que daba a la calle, a mi derecha tres dispensadores de bebidas ocupaban la pared.

Entré impulsivamente, tal vez con la esperanza de toparme con ella. Pero ella no estaba allí. La chica detrás del mostrador levantó la cabeza.

—¿Puedo ayudarte?

Estaba en una encrucijada. Podría haberme hecho pasar por alguien interesado en los cursos, intentando obtener información. Pero no era propio de mí. Fui mucho más directo y sencillo.

—Estoy buscando a una persona que trabaja aquí. Se llama Mya Leone.

La chica me miró con recelo. —¿La nueva empleada de limpieza?

—Exacto.

—Hoy no está, es su día libre.

Mierda, había esperado inútilmente.

—¿Mañana a qué hora la encuentro?

La chica se movió incómoda en su taburete.

—Lo siento pero no puedo dar ese tipo de información.

De acuerdo, eso era más de lo que esperaba obtener. Trabajaba allí. Tendría que regresar. Quizás la recepcionista le habría advertido que un hombre la estaba buscando, o quizás no. Podría haberle ofrecido dinero para que no dijera nada, pero ese no parecía el mejor método. Tenía más posibilidades de que omitiera mencionarlo fingiendo indiferencia. Si hubiera intentado comprar su silencio, podría haber resultado sospechoso. Tenía que tener paciencia.

A la mañana siguiente estaba de nuevo frente al centro. Con mayores esperanzas que el día precedente. Me había ido a la cama deseando que el amanecer llegara pronto, cosa que obviamente no sucedió. La noche había sido un goteo de horas y minutos. A las ocho ya estaba afuera, en el bar del día anterior, tomando el segundo café del día.

Pasé cuatro horas sentado, de pie, caminando. Cuando pensé que no podía soportarlo más,

manteniendo siempre la mirada fija en la entrada del centro, la vi. Y casi se me doblan las rodillas. Mya.

Llevaba un par de pantalones y una sudadera azul, se estaba soltando el cabello que tenía recogido con una goma y sacudía su rizada cabellera. Algo se detuvo en mi pecho, tal vez mi corazón, no sabía qué otra cosa era. Se dirigió hacia un kiosco y compró algo de comer. Parecía...triste, no podría haber descrito de otra manera la expresión seria y su boca curvada hacia abajo.

La vi sentarse en un banco y morder un bocadillo. La espíe desde lejos sintiéndome devastado por una serie de sensaciones encontradas. Quería ir a su encuentro, tomarla en brazos, besarla. Pero estaba allí no porque ella lo quisiera, sino sólo porque le había dado caza. Recordé las palabras de Gemma y me obligué a mirarla desde lejos.

Mya terminó su sándwich y se limpió las manos y la boca. Luego bebió un sorbo de agua de una botella que tenía dentro de su bolso. Al final, sacó su teléfono. Lo miró. Le dio vueltas entre sus manos y volvió a guardarlo en su bolso.

Quedé encantado viendo esa escena. Podría haberla mirado para siempre.

Como si hubiera tenido un cambio repentino de opinión, volvió a sacar el móvil, digitó algo y se lo acercó a la oreja. Después de un par de segundos, el teléfono que estaba en mi bolsillo sonó.

Mi corazón dolía cuando saqué el aparato. Miré la pantalla.

Número desconocido.

—Hola —mi voz casi se quebró.

La vi llevarse una mano a la boca y entrecerrar sus ojos.

—Mya, eres tú —dije tratando de mantener la voz baja.

Negó con la cabeza pero no pronunció ningún sonido. Era mi oportunidad pero mi cerebro se había vaciado completamente. No sabía qué decir, qué hacer. Me sentía bloqueado, a merced de sensaciones desconocidas.

—Si eres tú, te lo suplico no cuelgues. Por favor... Solo quiero saber si estás bien. Solo eso.

La vi inhalar y mirar a lo lejos. Hacia el mar.

Luego colgó el teléfono y se echó a llorar.

Algo se rompió dentro de mí en ese mismo momento.

Capítulo 46

Mya

Me sentía destruida, devastada. Escuchar la voz de Kenneth era lo más maravilloso y, al mismo tiempo, lo más terrible que podía sucederme. Lo echaba de menos a rabiar, como el aire, no podía estar sin él. Sin él me sentía apagada, sin entusiasmo, sin perspectivas, sin deseos de vivir.

Me arrastré a duras penas hasta el final de mi turno y, una vez fuera, intenté repetir mi rutina habitual, empezando por el acostumbrado helado en el muelle. Pero tenía un nudo en el estómago, a pesar de que no había comido nada en todo el día.

Mi acostumbrado paseo no consiguió darme esa pizca de serenidad que me regalaba todas las tardes. La razón estaba clara. Había tenido una probada de la felicidad y no podía vivir sin ella. Aunque sólo fuera oír su voz era algo que removía mis entrañas, me hacía daño, me recordaba lo que había perdido.

El teléfono sonó cuando llegó un correo electrónico. Inspiré con resignación. Un momento... no era el típico aviso del centro de yoga sobre los turnos. Era un estudio notarial de Las Vegas. Me comunicaban que la apertura del testamento de mi padre estaba prevista para la próxima semana. Leí apresuradamente y guardé otra vez el teléfono, presa de la confusión. El testamento. Era algo en lo cual no había mínimamente pensado, ni siquiera durante mi estancia en Henderson; y sin embargo, era un acontecimiento crucial. Yo era la heredera directa de mi padre y mi hermano. Mis primos, por mucho que desearan con toda sus fuerzas conducir la familia, no podrían haberme precedido en ese sentido. Ya la fuga repentina y sin explicaciones debía haber hecho que se regodearan. Si no me hubiera presentado a la apertura del testamento, habría perdido toda credibilidad.

Regresé a mi piso con una sensación de opresión en el pecho. No era sólo Kenneth, de quien había huido, era de toda mi vida, complicada, de la que no podía renegar. Mi apellido, la herencia que representaba, las responsabilidades que conllevaba.

Había escapado repentinamente de todo lo que me hacía sufrir, pero no podía quedarme oculta para siempre, al final tendría que tomar una decisión.

Capítulo 47

Mya

Esa noche no conseguía conciliar el sueño. La noticia de la apertura del testamento me había causado una especial inquietud. Había sido como un despertador, una campana de alarma, la señal de que el tiempo de esconderse había terminado.

Pero no era solo eso. Me sentía sola, por fuera y por dentro. La falta que me hacía a Kenneth era tan fuerte que me dejaba sin aliento. Sentía que no podía soportarlo.

Lo echaba de menos siempre, pero en ocasiones el dolor era tan intenso que parecía quitarme el aire. Como esa noche.

Darí un paseo por el muelle para combatir el sentimiento de inquietud y apaciguar mi ánimo.

Salí de casa y me dirigí hacia la playa. Lo lindo del muelle de Santa Mónica era que incluso de noche todo estaba tan vivo, lleno de luces. Era maravilloso. Lástima que toda esa maravilla no tocara también las fibras sensibles de mi corazón.

Preso de una sensación de abatimiento que nunca había experimentado, cogí el teléfono para llamar a Kenneth. ¿Qué hora era en Henderson? Ya ni siquiera me lo preguntaba. En mi infinito egoísmo solo quería escuchar su voz y, si estaba pastosa por el sueño, sería incluso mejor, haría que sintiera ese estremecimiento en la espalda que tanto echaba de menos. Marqué su número. Lo sabía de memoria. Luego la espera para escuchar su voz después de los tonos.

—Sí...

Su timbre, seguro, decidido, me reconfortó en lo más profundo de mí. Era diferente, era sólido, sin titubeos.

—Mya —dijo con seguridad. Estaba seguro de que era yo. Mi corazón se detuvo al oírlo

pronunciar mi nombre. Me regodee unos instantes en la maravillosa sensación del abrazo de su voz. Casi sentí que estaba junto a mí, que podía percibir el calor de su cuerpo y la potencia de su toque.

—Kenneth —dije y decir su nombre fue como ir al encuentro de una liberación. Su respuesta llegó inmediata, como una flecha disparada directo al corazón.

—Te echo de menos —pronunció lentamente. Me parecieron las palabras más hermosas que alguna vez hubiera oído, las más verdaderas, las que necesitaba desesperadamente.

—Te amo —respondí porque era el sentimiento que me había despertado su declaración. Era cierto. Esas dos palabras tan simples y tan profundas habían salido de mis labios con una naturalidad inesperada. Lo amaba, no podía vivir sin él. Siempre lo había sabido, solo tenía que admitirlo ante mí misma. De repente esa separación, la fuga, la clandestinidad, me parecieron todos obstáculos superables. Nos bastaríamos el uno al otro. Superaríamos todas nuestras diferencias con la fuerza del sentimiento que nos unía.

Crucé la calle perdida en la maravillosa sensación de haber abierto finalmente mi corazón. Sentía que me había quitado de encima un fardo muy pesado. Había esperanzas. Si Kenneth me amaba, me quería con él, no tendría miedo de nada, enfrentaría la vida con la frente en alto. Con él a mi lado, no habría obstáculo que no hubiera podido superar. Regresaría a Henderson, afrontaría la apertura del testamento de mi padre, seríamos él y yo, borraríamos los fantasmas del pasado y recibiríamos con los brazos abiertos un futuro juntos.

—¡No! ¡Detente! —escuché gritos sin comprender realmente lo que estaba sucediendo.

Todo ocurrió de repente. El sonido de los frenos estridentes dentro de mis oídos y después el impacto, tan fuerte, tan aterrador...

Capítulo 48

Kenneth

No podía creer que fuera cierto. Mya caminaba con el teléfono presionado a su oreja y al mismo tiempo cruzaba la gran avenida sin mirar. Fue un momento, una fracción de segundo en la cual sentí que toda la sangre fluía hacia abajo y mi voz se ahogaba en un débil gemido. El auto frenó, deteniéndose a pocos centímetros de ella. Me lancé a la carrera zigzagueando entre los otros coches para ir a su encuentro. Esos pocos segundos interminables me parecieron infinitos mientras el aire empezaba a faltarme y con él cada gota de energía que tenía en el cuerpo. Sus ojos cuando me vio... Nunca podría olvidarlos. Se abrieron mucho, llenos de asombro.

—Kenneth —la oí exhalar.

—¿Estás bien?

Estaba sentada en el asfalto entre mis brazos. Sentí que se me encogía el corazón, como si un gigante estuviera apretándolo en su puño con fuerza. El peligro que corrió era algo que no podía entender, algo tan grande y aterrador como para dejarme sin palabras y sin aliento.

—¿Qué haces aquí?

—Te he buscado, encontrado, seguido. No podía dormir y fui a apostarme afuera de tu piso. Luego, vi que salías y vine tras de ti. Estoy aquí porque te amo.

No sabía de dónde habían salido esas palabras pero sabía que era verdad. Estaba ahí porque la amaba. La había buscado, me había desesperado, había llorado por su desaparición. Todo por ella, no podía vivir sin Mya y la mera idea de poder enfrentar tal destino me dejaba sin aliento.

Los coches comenzaron a pitar en protesta por el atasco que habíamos creado y tuvimos que abandonar el centro de la calzada.

—¿Cómo me encontraste? —Su voz estaba llena de emoción, aún no sabía si aceptaría lo

que había venido a proponerle.

—Nada podría alejarme de ti. —Esas palabras que alguna vez me hubieran parecido banales e imposibles de pronunciar, adquirirían un significado especial. Todas ellas estaban llenas de verdad, estaban impregnadas del sufrimiento que me había vuelto esquivo durante todos esos días. Pensaba que decir cosas así te debilitaba, en cambio ahora estaba seguro de que con ella a mi lado sólo podía ser más fuerte.

Mirándola a los ojos, rodeando sus brazos con las palmas de mis manos, con el perfume de su cabello moviéndose delante de mi cara, dije lo que realmente sentía.

—No quiero presionarte, Mya. Sólo necesitaba verte, saber que estabas bien. Necesitaba decirte que te quiero en mi vida, como mi esposa, y que esperaré el momento en que tú también lo quieras. Y no porque sea generoso sino porque soy egoísta y no puedo vivir sin ti.

Capítulo 49

Mya

Llegamos en silencio a mi pequeño piso. Ambos estábamos ansiosos y silenciosos por el mismo motivo. En el momento en el que Kenneth cerró la puerta a sus espaldas no le di más tiempo. Me presioné contra él hundiendo mis manos en su cabello y arrastrándolo hacia mi boca. Cuando nuestros labios se tocaron, fue como respirar de nuevo después de interminables minutos en apnea. Mi cuerpo era fuego, ardía con un calor que venía de lo más profundo de mi ser y sólo pedía ser alimentado.

Me aparté por un momento, asaltada por un pensamiento que fue como un rayo.

—Sabes que conmigo solo podrá ser complicado, ¿verdad?

Encontré un par de ojos de hielo que sonrieron con picardía. Recordaba esa sonrisa, tenía el poder de encender algo dentro de mí.

—¿Crees que conmigo no lo es?

—Me sumergí nuevamente en sus labios saboreando el gusto de ese beso que tanto había echado de menos. Me aparté de nuevo jadeando.

—Será casi imposible de manejar, mis primos harán todo lo posible para impedir que ocupe el lugar que me corresponde. La próxima semana se abrirá el testamento y...

—¿Y qué?

—No quiero oírte responder a una mujer otra vez, *no esta noche*.

La sonrisa desapareció de sus labios, sus rasgos se volvieron serios y decididos.

—Todas mis noches serán tuyas. Los días, las tardes. Siempre y solo tuyas por el resto de mi vida. Enfrentaremos todo juntos, tú y yo. Siempre estaré a tu lado. Tuve la fortuna de encontrarte, dos veces. Ya no dejaré escapar ninguna oportunidad contigo. Y ahora basta de

hablar.

Y diciendo esto tomó mi boca en un beso posesivo y me llevó al dormitorio.

Capítulo 50

Gemma

—Te agradezco por haberme dado la oportunidad de venir aquí hoy.

Las palabras de Magdalena De Blasio sonaron huecas en mis oídos. Esa mujer nunca se rendiría. Mi instinto me lo decía. Estaba sobriamente sentada en el sofá del salón de villa Caruso y acababa de hacer tintinear su taza de café contra el platillo.

Habían pasado varias semanas desde que había anunciado que quería venir a recuperar los regalos de su boda cancelada con Víctor. Había esperado su visita con una mezcla de ansiedad y deseo de enfrentarla. En ese momento, con un anillo en el dedo, me sentía más fuerte e insolente. Esa mujer ya no me daba miedo.

—Nunca te habría negado el derecho de recuperar los regalos.

Me miró estirando sus labios rojos en la parodia de una sonrisa. Ambas sabíamos que se trataba de una excusa. Los regalos, Magdalena, ni siquiera sabía qué eran; su único interés era poner un pie en la villa. Si había sido una estrategia para encontrarse con Víctor, le había resultado mal porque mi futuro marido no estaba allí.

Habíamos discutido sobre ese asunto largamente y él no era partidario de que yo la recibiera. Pero mi opinión era distinta: quería demostrarle, a ella y a mí misma, que era yo la vencedora de esa partida.

Y, si Magdalena era tan estúpida como para enfrentar una humillación así con tal de volver a encontrarse con Víctor, no podía impedirlo.

—Esta casa es maravillosa. —Miró a su alrededor con ojos llenos de admiración. Falsa. Escudriñó mi anillo con mirada rapaz pero no dijo nada, su cara permaneció impassible mientras

registraba la presencia de esa piedra preciosa que adornaba mi dedo anular izquierdo.

Algo andaba mal en su actitud. De repente me pregunté si no había estado demasiado segura de mí misma.

—Sí, lo es —me limité a comentar.

—Siempre me gustó y esperaba ser su dueña. Pero el destino decidió otra cosa. —Esa falsa capitulación me puso en alerta. Me hubiera gustado rebatir que no era el destino, sino Víctor quien me había escogido a mí, pero me mordí la lengua. Era extraño que hubiera ido allí para ofrecerme su propia derrota en bandeja de plata.

No había crecido en una familia mafiosa, pero a fuerza de frecuentar a Víctor, algo había aprendido y en ese momento estaba segura de que Madalena De Blasio me estaba tendiendo una gran, grandísima trampa. Hasta que revelara sus cartas por completo, con anillo o sin anillo, no podría estar tranquila.

Epílogo

Kenneth

—¿Se puede saber a dónde vas?

Rachel estaba al pie de las escaleras, con una pequeña maleta de Gucci a su lado. Lucía elegante como siempre, con un traje sastre color borgoña y zapatos con tacón.

La última vez que habíamos hablado fue cuando la había llevado conmigo en el coche hasta la mina. Me había implorado que arreglara las cosas entre ella y Víctor, pero yo me había negado.

Mya se acercó más a mí y rodeé su cintura con un brazo. Tenía que quedar claro que ella también era la señora Caruso y sería parte plena de mi vida. Mi abuela la miró con indiferencia y luego respondió dirigiéndose solo a mí. Era su manera de dejarla afuera.

—Me voy.

—¿Unas vacaciones? —pregunté con ironía. Sabía bien que todo podía ser excepto eso.

—No tengo tiempo para vacaciones. Una misión, más bien.

—¿Qué clase de misión? —Su repentina decisión me intrigaba y al mismo tiempo me alarmaba. Rachel era impredecible, además de muy peligrosa. Estaba seguro de que había aprendido la lección y aún más seguro de que nunca actuaría en contra del interés de la familia. Pero también sabía que era capaz de tomar decisiones importantes y estar a ciegas no me permitía estar tranquilo.

—Una recuperación.

No agregó más y pasó junto a nosotros, en su camino hacia la puerta principal.

Me miró a mí y luego a Mya, hablándole directamente a ella.

—Espero haberme equivocado contigo.

Y se marchó.

Mya suspiró, como si hubiera tenido que enfrentar una prueba.

—Podría haber ido peor.

—Sí, podría...

Pero mi mente ya estaba concentrada en un interrogante fundamental: ¿en busca de quién iría? Tenía una sospecha y la perspectiva no me tranquilizaba en absoluto. Vi la puerta cerrarse detrás de Rachel.

Ya era hora de que Mya conociera la novedad.

—Ven. —Cogí su mano.

—¿A dónde?

—Estás a punto de descubrirlo.

La conduje a lo largo del pasillo que llevaba al jardín de invierno. En las semanas anteriores se habían hecho algunos trabajos y finalmente todo estaba listo.

—¿Qué dices?

Estudié hasta el más mínimo detalle de su expresión mientras abría la puerta de mi nuevo estudio. Estaba sorprendida, excitada, admirada. Y yo me sentía feliz de que le gustara lo que a mí me gustaba, de que nos alegraran las mismas cosas.

—Este espacio es todo mío, desde aquí es desde donde quiero empezar de nuevo.

El mobiliario era muy diferente al del estudio de Víctor. Nada de madera oscura, sino sólo metal, distintas tonalidades de gris y escritorio de cristal. Mya miró a su alrededor, luego se detuvo en mí.

—¿No hay carrito de licores?

Me acerqué y envolví su rostro entre las palmas de mis manos. —No más adicciones para mí, de ningún tipo, lo único de lo que necesito eres tú.

La besé. Fue un roce de labios contra labios que encendió de inmediato la mecha.

—Necesito que recuperes la confianza con mi cuerpo —dije besando su cuello— quiero que me chupes, me lamas, me explores como quieras. Lo necesito, joder, Mya. Soñé con tu boca en

mi polla prácticamente todas las noches. —Me gustaba hablarle sucio, me gustaba que conociera todos mis deseos más íntimos y lujuriosos.

Dejó escapar una pequeña risita mientras recibía mis famélicos besos. Tenía que acostumbrarse a mi deseo insaciable. Sentí que estiraba una mano y la ponía en mi ingle, sondeando cuán excitado estaba realmente. Abrí las piernas para que pudiera tocarme mejor. Estaba duro como el acero.

—Efectivamente debo recuperar la confianza con él y tranquilo que le dedicaré todas las atenciones que se merece. —Continuó frotando su mano contra mis pantalones, frotaba y apretaba en un masaje que me estaba haciendo perder la cabeza.

—Podríamos probar la resistencia del sofá...

—Me gustaría, pero tenemos que irnos.

Tenía razón. Era el día fijado para la apertura del testamento. Estaba nerviosa, lo comprendía. La hipótesis más probable era que su padre la hubiera desheredado o le hubiera reservado una porción marginal del patrimonio. Ambos lo sabíamos, sin necesidad de decirlo en voz alta. Quería romper todo con solo pensarlo, porque Mya no lo merecía, pero debía contenerme. Era su batalla, no la mía, debería ser apoyo y sostén si necesitaba de mí, nada más.

Con dificultad me retiré y acomodé lo mejor que pude el dolorido pájaro en mis pantalones. Habría sido duro llegar hasta la noche. Tomé las llaves del auto, pero antes de abrir la puerta me detuve un momento para mirarla a los ojos.

—Lo que sea que contenga el testamento, lo enfrentaremos juntos. Nadie puede quitarte lo que te pertenece.

—Lo único que quiero y que realmente me pertenece eres tú —susurró acariciando mi mejilla. Y supe en ese preciso momento que estaríamos listos para enfrentar juntos cualquier obstáculo.

Agradecimientos

Queridas chicas, como habéis podido comprobar, si habéis seguido leyendo hasta el final, aún quedan muchos nudos que desatar en esta maraña. Pero os había anticipado que sería como una telenovela, así que, ¡el resto de la historia, podéis leerlo en la próxima entrega!

Gracias por haber llegado hasta aquí y gracias por todo el afecto que me demostráis siempre.

Si queréis, pronto nos leeremos y, siempre si queréis, podéis contactarme en mis redes sociales que son estas:

[Mi página de Facebook](#)

[Mi perfil de Facebook](#)

[Mi Instagram](#)

[Mi sitio](#)

[Mi TikTok](#)

[Mi e-mail](#)

Un gracias de corazón a todas vosotras.

Gwendolen Hope

En exclusiva: el primer capítulo de Schiavo della passione

El tercer volumen de la serie “La historia de la familia Caruso”

Capítulo 1

Kenneth

Aún faltaban treinta minutos para que comenzara la ceremonia. En teoría, tiempo más que suficiente para escuchar a esos malditos de John y Mitch Leone.

Que les dieran. Si hubiera podido, me habría levantado del escritorio para posicionarme lentamente a sus espaldas, siguiendo los ojos arrogantes pero atemorizados de ambos, y habría comprimido esos inútiles cuellos entre el bíceps y el antebrazo. Fuerte, hasta hacer que perdieran el conocimiento. Incluso quizás hasta hacer que se asfixiaran. Por completo.

Si tan solo hubiera podido.

Estábamos en mi estudio, en Villa Caruso, yo detrás del escritorio y ellos sentados frente a mí. Ambos sudaban profusamente, a pesar del aire acondicionado al tope. Uno parecía la versión joven de Danny De Vito, mientras que el otro tenía una cara que recordaba la de un ratón. Los pies de John no tocaban el suelo, mientras que las piernas de Mitch eran demasiado largas aún cuando estaban cruzadas. Acaricié de nuevo la idea de eliminarlos a ambos en lo inmediato.

Pensándolo bien, podría haber usado el cuchillo o la pistola. Sin embargo, habría sido inoportuno crear un desastre de cuerpos y sangre precisamente el día de la boda de mi hermano. Quedaba excluido. Mi esposa nunca me lo habría perdonado.

Alguien llamó a la puerta y, sin esperar a que dijera adelante, entró. Sabía ya quién era, era la única que podía permitirse tal libertad. Cualquiera otra persona hubiera esperado, con deferencia, la autorización para pasar. Pero no ella. Ella no pedía permisos.

¿Cómo era posible que cada vez que la veía me dejaba sin aliento?

Y ese día, ella estaba aún más hermosa que de costumbre, más excitante y más fascinante que todas las mujeres que había visto. El vestido que era una verdadera obra de arte de color verde esmeralda, la abrazaba de tal manera que me pregunté cómo hacía para respirar.

Pero por otro lado, el efecto era devastador. No hubiera sabido describir de otra manera la sensación que me producía tan solo admirarla. Se podía ver exactamente dónde comenzaba y terminaba su pecho florido, dónde el vientre se degradaba hacia abajo. Sin bragas, definitivamente, no había ningún indicio. Significaba que su coño liso y húmedo estaba libre y listo. Me tensé. Tenía que dejar de pensar en ella en esos términos o no llegaría al final de la velada.

Mya era pequeña, incluso demasiado pequeña para mi cuerpo sólido y macizo. Me encantaba dominarla, tal como me encantaba cuando era ella quien tomaba el mando. Era suficiente que lo quisiera, le habría dado cualquier cosa, todo tipo de juego, en cualquier momento del día o de la noche. Si hubiera entrado por esa razón, habría tenido una excusa aceptable para echar a sus molestos primos. Pero sabía que no estaba ahí para el sexo.

—Te estaba esperando —dijo, mientras seguía sus movimientos con la mirada. Avanzaba hacia mí. Se inclinó para poner su cara al nivel de la mía y depositó un beso con sus labios cerrados en mi boca. Luego dirigió un saludo cordial pero frío a sus primos. La tentación era hacer que se sentara en mis piernas, justo sobre mi polla palpitante, pero me contuve con enorme esfuerzo.

Las formas eran sustanciales. Si les hubiera dado a entender a los Leone que Mya era un juguete sexual para mí, habría disminuido su importancia frente a ellos. En cambio yo, quería darle importancia, porque la merecía. A mis ojos siempre la había tenido y no habría permitido que nadie la considerara menos de lo que realmente era para mí. Mya conducía a la familia

Leone. Lo habría hecho con todos los derechos hasta que se abriera el testamento de su padre. Después de ese evento, nadie sabía lo que pasaría. La voluntad del viejo seguían siendo un misterio.

Dos semanas antes había sido convocada al estudio notarial, pero el notario había caído enfermo. La apertura del testamento se había pospuesto hasta el día después de la boda de Víctor. En menos de veinticuatro horas habríamos conocido los últimos deseos de mi difunto y odiado suegro. Y en consecuencia, el destino de su familia.

Me puse de pie y le cedí la silla, luego me ubiqué a sus espaldas. Cada gesto era una metáfora silenciosa pero elocuente. Siempre estaría detrás de ella, sin importar lo que pasara, Mya podría contar conmigo. Siempre.

—¿Qué es tan urgente? —dijo con un tono que me puso la polla en posición de firmes. Por fortuna, el alto respaldo del sillón me ocultaba, pero no pude evitar lamerme los labios. La reacción de sus primos fue, en cambio, de temor mezclado con repentino asombro. No estaban acostumbrados a que una mujer estuviera a cargo.

—Vinimos por el asunto de la mina de Cortez.

Cortez era un punto de extracción muy interesante dentro del Estado. Mya no me había mencionado que lo tuviera en la mira.

—No es nuestra prioridad en este momento. —Su respuesta estaba en línea con lo que yo sabía.

—No es directamente para nosotros. Pero los De Blasio quieren una tajada del pastel y tendremos que apoyarlos.

Mya se mantuvo con la espalda recta y la voz firme, aunque estaba seguro de que ese comentario debía haberla irritado bastante.

—No le daremos nuestro apoyo a los De Blasio antes de haber verificado cuáles son todas las demás partes interesadas. —Era obvio que se refería a mí y a mi familia. Cortez era un sitio bastante codiciado y, además, se encontraba en un territorio en el límite entre los controlados por los Caruso y los De Blasio.

Mitch hizo un ruido desdeñoso. —Esa clase de tratativa puedes hacerla en la cama con tu marido esta noche. Tenemos que decidir rápidamente si dar nuestro apoyo...

Inmediatamente dejé de escucharlo. ¿De verdad ese cretino creía que podía permitirse salidas como esa? ¿En mi casa? Casi sentí pena por su absurda ignorancia.

—Te aconsejo que moderes tu lenguaje —intervine. Bastaron esas pocas palabras para verlos palidecer a ambos. Pero el miedo, aún siendo un eficaz disuasivo, no pudo sofocar su arrogancia. Esa siempre emergía, a pesar de todo. Estaban allí por un motivo y no se rendirían fácilmente.

Fue John quien habló. —No queríamos faltar el respeto, Kenneth, es solo que es obvio que llegareis a acuerdos entre vosotros, después de todo estáis casados. Pero con Frank De Blasio y su hijo nos hemos expuesto, no podemos retirar nuestro apoyo. No sin tener una razón válida para hacerlo.

—Os habéis expuesto antes de estar seguros de quién mandaba. Y, como por el momento mando yo, digo que no. —La voz de Mya era firme. Su actitud me llenó de orgullo. Cuando actuaba así, la reconocía como mi leona.

—No está dicho que seas tú quien deba continuar tomando las decisiones. —Mitch había perdido una buena oportunidad para guardar silencio.

—¿Me estás amenazando en mi casa?

—No, solo digo que será la voluntad de tu padre la que decida por la familia y que pronto lo sabremos. Mis respetos.

Mitch se puso de pie y lo mismo hizo su primo. Los encontraríamos poco después en la ceremonia, pero ya no se hablaría de negocios.

Se marchaban insatisfechos. Eso era seguro. Pero se trataba de una pulseada que no involucraba sólo a la mina de Cortez. Esa era la punta del iceberg. Si Mya no hubiera vencido esa primera batalla, habría sido difícil continuar con la vida dentro de la familia Leone. Lo único seguro era que, tras ese breve intercambio, era intuible que estuvieran en su contra.

Cuando abandonaron la habitación, Mya exhaló. Su expresión cambió de repente. De

combativa y amenazadora se convirtió en triste. Era como si acabara de quitarse de la espalda el peso de un fardo enorme. No soportaba ver esa sombra de preocupación en su rostro.

—La apertura del testamento es mañana. Todo podría cambiar, en un minuto podría perder el control de mi familia. —Era su cruz. Ese no saber estaba consumiendo sus nervios.

Hice girar el sillón giratorio hasta que la encontré frente a mí, luego me agaché para que mi cara estuviera a la altura de la suya. Mya tenía una belleza que siempre me hechizaba. Ella tan delicada, yo tan rudo. Ella tan decidida, yo tan impulsivo. Éramos hielo y fuego, una combinación explosiva. Y la amaba, desesperadamente, como un loco. Habría hecho cualquier cosa por mi esposa y agradecía al cielo cada mañana que ella de alguna manera hubiera aparecido nuevamente en mi vida. Creerla muerta durante tanto tiempo me había convertido en un desastre. Hubo días en los que nunca creí que alguna vez vería la mañana siguiente. Desde que ella había regresado, yo también había renacido.

—Yo siempre seré tu casa, tu familia, pase lo que pase.

Mya sonrió de una manera que me dejó completamente indefenso. Era capaz de matar a un hombre a sangre fría y con mis propias manos, pero ante la sonrisa de mi esposa estaba desarmado. Completamente. Ella era la única capaz de hacer lo que quisiera conmigo. La única en el mundo.

Sentí la caricia de su mano en mi rostro. Amaba cuando me tocaba. Una vez, incluso, había dejado que me abofeteara, con tal de sentir su toque. Ese momento había quedado grabado indeleblemente en mi mente. Acercó su rostro al mío y me besó. La dejé hacerlo por sólo unos segundos, luego tomé el control de ese beso. No pude resistirme. Sujeté su nuca y exploré su boca con avidez, estropeando su labial. Nunca tenía suficiente de ella, la deseaba siempre, continuamente.

—No me estropees también el cabello —me regañó sonriendo.

Gruñí con frustración. Si no hubiera sido por la boda de mi hermano, habría girado la llave de la puerta del estudio y nos hubiéramos tomado una hora de diversión solo para nosotros. Pero Víctor finalmente se casaba con Gemma. Me puse de pie, de modo que el bulto en la entrepierna

de mis pantalones quedara justo a la altura de su cara.

—Mira lo que has hecho —le dije, observándola desde lo alto. Por toda respuesta, me apretó lo suficiente como para procurarme la dosis justa de placer perverso. Inspiré mirándola a través de mis ojos entrecerrados. Estaba literalmente loco por ella. Mya sabía estrujar mi corazón exactamente como estaba sosteniendo en su mano mi pájaro en ese mismo momento. Era delicada y al mismo tiempo decidida.

—Me ocuparé de eso luego —respondió con picardía, dándole otro buen apretón. Quería gruñir, aullar a la luna, hacer cualquier cosa que implicara usar lo que tenía entre mis piernas. En lugar de eso, debería haberlo dejado todo para más tarde. Después de la ceremonia, después de la recepción. Pero la noche llegaría y entonces...

Lee las novelas de Gwendolen Hope

[Leo Morris](#)

[Andrew](#)

[El guapo del Silver Ring](#)

[Cuestión de honor](#)

[Respect](#)

[El regreso de Michael Mancini](#)

[Salvaje](#)

[Con toda el alma](#)

[Solo Mía](#)

[¿Confías en mí?](#)

[Un hombre peligroso](#)

[Dame un motivo](#)

[Tuyo para siempre](#)

[Nunca me rendiré](#)

[Il capo](#)